

Cosmópolis



Madrid. Abril 1929

Precio: 1,75 ptas

BAL
DRICH

N.Y.-28.

TABLEAU
d'ALFRED de DREUX
COLLECTION HERMÈS

DRAEGER

HERMÈS

SILLERO
24, FAUBOURG SAINT-HONORÉ
PARIS

CHANTILLY, ST-CYR
SAUMUR, BIARRITZ
CANNES, PAU

NUESTROS ELEGANTES LLEVAN...

<p>ALHAJAS DE LA Joyería Hispano-Franco-Alemana Montera, 23. Teléfono 16.118.</p>	<p>LENTES DE LA CASA ULLOA CARMEN, 14 - TELEFONO 54.586</p>	<p><i>Chocolates</i> LA AURORA Preciados, 27 Teléfono 13.860</p>
<p><i>Agua de Colonia Concentrada</i> ÁLVAREZ GÓMEZ Sevilla, 2 Teléfono 11.387</p>		<p><i>Flores</i> FAUSTO ARROYO Churruga, 19 Teléfono 18.068</p>
<p>ARTICULOS DE DEPORTES CASA MELILLA BARQUILLO, 8 duplicado Teléfono 12.400</p>		<p><i>Guantes</i> VARADÉ Montera, 12 Teléfono 17.857</p>
<p><i>Artículos de piel y viaje</i> ESCOSURA Arenal, 21 Teléfono 14.916</p>		<p><i>Impermeables</i> NEW ENGLAND Carrera de San Jerónimo, 29 Teléfono 15.342</p>
<p>AUTOMÓVILES «CHEVROLET» MOTOCAR, S.A. Plaza del Callao, 4 Teléfono 19.332</p>		<p>Medias Ketty "LA GLORIA DE LAS MEDIAS" SERRANO, 8. MADRID</p>
<p>DULCES <i>para bodas y cruzamientos y bombones de la</i> Casa Hidalgo Barquillo, 9 Teléfono 16.105</p>		<p>OBJETOS DE ESCRITORIO DE LA CASA AYORA Concepción Jerónima, 15 y 17 - Teléfono 74.307</p>
<p><i>Calzados de lujo</i> AYALDE Marqués de Valdeiglesias, 2</p>		<p><i>Pieles de la</i> Peletería Colom Génova, 17 Teléfono 30.982</p>
<p><i>Camisas de</i> CASA ALFARO Av. Pi y Margall, 8 Tel. 54.497</p>		<p>APARATOS CINEMATOGRAFICOS DE LA CASA KODAK PUERTA DEL SOL 4 TELÉFONO 14.236</p>
<p>ARTÍCULOS DE LIMPIEZA Y LINOLEUM DE MANUEL VÁZQUEZ Conde Xiquena, 2. Teléfono 15.023</p>		<p><i>Sombreros</i> BRAVE Montera, 6 Teléfono 17.865</p>
<p><i>Corsés</i> MADAME X Travesía Arenal, 2 Teléf. 52.993</p>	<p><i>Vestidos</i> MONFORT Avenida Conde de Peñalver, 5 Teléf. 18.044</p>	<p>TRAJES DE BENÍTEZ ★ INFANTAS 42 TELÉFONO 17.149</p>



Agente: Horacio Rodríguez - Plaza de Canalejas, 6 - Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PLATA MENESES

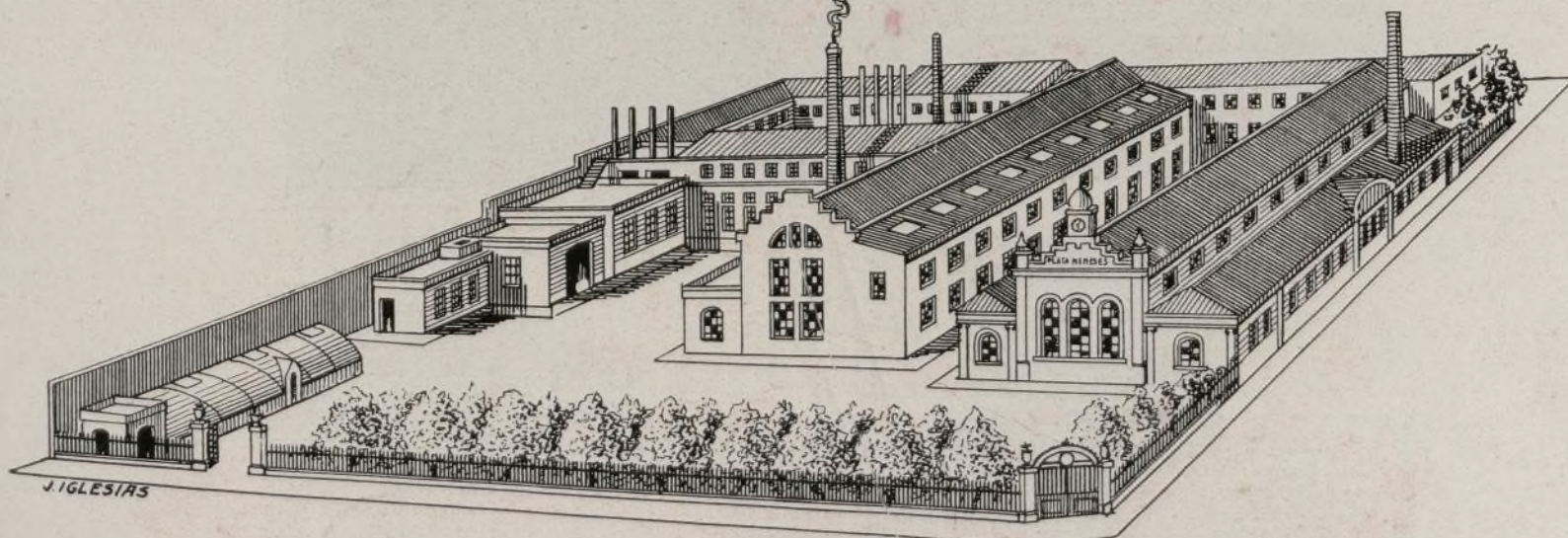
VIUDA E HIJOS DE EMILIO MENESES, S. EN C.
GRAN FÁBRICA NACIONAL DE ORFEBRERÍA RELIGIOSA, CUBIERTOS Y ORFEBRERÍA GENERAL DE MESA



Marca de fábrica registrada desde 1840

ÚNICO DESPACHO EN MADRID: PLAZA DE CANALEJAS, 4
Casas en BARCELONA, Fernando VII, 19; SEVILLA, Sierpes, 8; BILBAO,
Bidebarrieta, 12; VALENCIA, Paz, 5

DIRECCIÓN POSTAL: APARTADO 186 · MADRID



Fábrica: Calles de Don Ramón de la Cruz y Núñez de Balboa

Solicitamos representantes en las Repúblicas sudamericanas · Remitimos catálogos gratis con sólo mencionar esta revista.

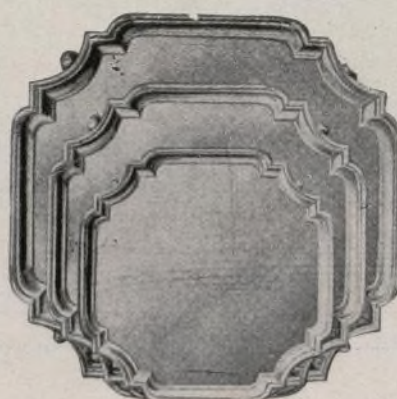
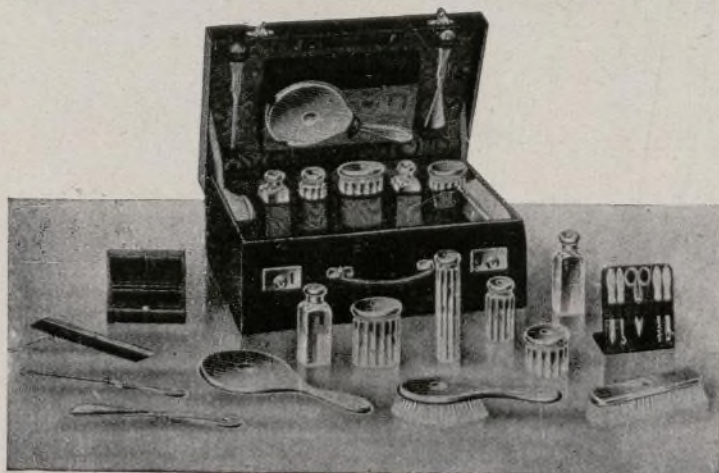
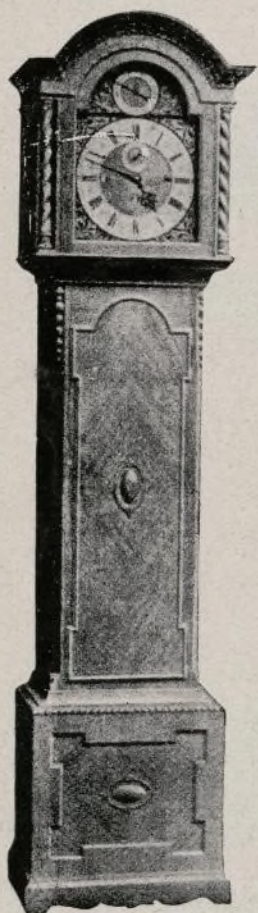


BROOKING

JOYERO

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 17

MADRID



Cosmópolis

Redacción y Administración
Alcalá, 44 y 46 (Entrada Marqués de Cubas, 1) MADRID.
Teléfono: 13546 - Apartado de Correos: 490
Dirección telegráfica y telefónica: Cosmópolis

Precio de suscripción:
España y América: un año 19 pesetas
un semestre 10 pesetas
Extranjero: un año. 25 pesetas

SUMARIO

LITERATURA

- «La tragicomedia de Pepín Cárdenas», novela corta original de ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN, ilustrada por BALDRICH.
- «Jorge Montemar, repórter-detective», continuación de la novela de aventuras, original de SEE ADCOME.
- «Tres cartas», cuento original de RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ, ilustrado por A. COBOS.
- «Sevilla, risa de España», crónica original de PEDRO RISTORI MONTOJO, con dibujos de MARTÍNEZ DE LEÓN.
- «Los últimos conquistadores de América», crónica original de MANUEL GRAÑA.
- «Una emoción violenta», cuento de nuestro concurso, original de GABRIEL GREINER.
- «Demasiada perfección», cuento de nuestro concurso, original de MANUEL LÁZARO.
- «Instantáneas de Barcelona», por EQUIS.
- «Vislumbres de la República de Bolivia», crónica original de MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.
- «Oración», poesía original de MANUEL CHACÓN SECOS, ilustrada por MANCHÓN.
- «Visitas y confesiones de personajes famosos.—El Marqués de Bradomín», por RAFAEL MARQUINA.

MODAS

- «Los modistos de París».
- «Una adaptación original del pantalón»; y
- «Los más modernos dibujos de la elegancia infantil», comentarios a la última moda, con ilustraciones de dibujos y fotografías.

TURISMO

- «Hacia Sevilla.—Algunas estampas del renacimiento andaluz.—Torreperogil, Sabote, Úbeda», crónica original de HERMÓCRATES DE TUGIA, ilustrada con diversas fotografías.

DEPORTES

- «Crónica deportiva», original de RIENZI, con diversas fotografías.

CINEMATÓGRAFO

- «Ante la pantalla: la risa de las «estrellas», crónica original de ADAME MARTÍNEZ, ilustrada con fotografías.
- Concurso cinematográfico.

TEATROS

- «He aquí el tinglado de la antigua farsa», crónica de teatros original de J. DE LA CUEVA, ilustrada con fotografías.

EXTRANJERO

- «Carta de París», crónica con fotografías, original de VÍCTOR VALJEAN.

ARTE

- «Cartones de Leonardo», crónica original de A. BOTÍN POLANCO, con fotografías.
- «El poema de la luz de Igual Ruiz», crónica original de RAIMUNDO SANDOVALES DE PEAL, con fotografías.

LOS ESCRITORES NUEVOS

- «Hemos recibido su trabajo y...» (correspondencia de la sección).
- «Caída de sol.—Fugacidad», poesías originales de CELIA DE ALBORNOZ, con un dibujo de A. G. y B.
- «Díptico», versos originales de FÉLIX FERNÁNDEZ FOURNIER, con un dibujo de JANSEN.
- «Impresiones de un tapiz», poesía original de MARÍA DE LA CONCEPCIÓN DÍAZ DE RÁBAGO PASEYRO, ilustrada por PERALS.
- «De mi dietario emotivo», versos originales de LUIS CIGÜEÑO, con un dibujo de J. PUEYO.
- «Soneto» original de A. M.^a CAPDEVILA, ilustrado por COBOS.

INFANTIL

- «Mariposita y Don Abejorro», cuento original de RALAAL, ilustrado por SERNY.
- «Sección recreativa», dibujos de SERNY.
- «Un chiste malo», por SERNY.

PASATIEMPOS

- «Sección criptográfica», por FRAMARCÓN.

Extracto del contenido del presente número en tres idiomas

«Fashion Page», are encouraged with the last models from Paris and the most striking characteristics of the latest feminine elegance, well illustrated with photographs and drawingspage 11	La section de Modes décrit les derniers modèles de Paris et les plus remarquables nouveautés de l'élégance féminine, illustrées par des dessins et photographiespage 11	La section pour enfants publie un conte original de M. Ralaal illustré par M. Serny dont le titre est «Le petit papillon et M. Abejorro» (Mariposa y Don Abejorro). Nous y insérons en outre d'autres dessins délicieux à découper également de M. Serny . page 102
«The Tragi-comedy» of Pepín Cárdenas is the title of an interesting and pleasing Short-Story, by the inspired poet and novelist Enrique López Alarcón illustrated by Baldrichpage 23	«La tragicomedia de Pepín Cárdenas» (La tragicomedia de Pepín Cárdenas) est le titre d'une amusante et intéressante nouvelle, composée par le poète et romancier inspiré M. Henri López Alarcón, illustrée par M. Baldrich.page 23	Dans la section amusante de cryptographie monsieur Framarcón continue avec son habileté accoutumée d'intriguer nos lecteurs . page 105
The young poet Manuel Chacón Secos, offers his inspired fragrance with the poem «Oration» illustrated by Manchónpage 28	Un jeune poète, M. Manuel Chacón Secos, offre son inspiration dans une «Oration» illustrée par le crayon de M. Manchónpage 28	In unserer Abteilung «Modas» bringen wir die neuesten Pariser Modelle aufSeite 11
«Tourist Section» here we publish the second stage of the lovely itinerary of art along the banks of the Guadalquivir, titled Some suggestions of the andalusian regeneration, by Hermócrates de Tugia with several photographspage 30	La section du tourisme publie sa deuxième étape d'un itinéraire enchanteur et pittoresque le long du fameux Guadalquivir sous le titre «Quelques images de la Renaissance andalouse» (Algunas estampas del Renacimiento andaluz) par M. Hermócrates de Tugia, avec plusieurs photographies.page 30	«La tragicomedia de Pepín Cárdenas» ist der Titel einer kurzen Novelle von Enrique López Alarcón, mit Bildern von Baldrich. Seite 23
Manuel Graña, offers his homage of admiration to «The last conquerers of América» in his beautiful chroniclepage 36	M. Manuel Graña rend hommage d'admiration aux «Derniers conquérants de l'Amérique» (Los últimos conquistadores de América), dans sa belle chronique du même titrepage 36	Ein junger Dichter, Manuel Chacón Secos liefert uns einen Beitrag «Oration», welchen Manchón illustrierte.Seite 28
«Smiles from the Movie Stars», is the title of the beautiful movie-chronicle of the, «On the Screen section» published by the famous critic Adame Martínez onpage 39	«Le rîe des étoiles» (La risa de las estrellas) est le titre de la belle chronique cinématographique que l'excellent critique monsieur Adame Martínez publie dans la section «Devant l'écran (Ante la pantalla)»page 39	Hermócrates de Tuggia bringt dieses Mal seinen Reisebericht unter dem Titel, «Algunas estampas del renacimiento andaluz» mit vielen Lichtbildern.Seite 30
«Leonardo's Cartoons» is the title of the original chronicle by A. Botín Polanco, in which he deals with the most modern drifts of artpage 43	M. A. Botín Polanco a écrit la chronique qui a pour titre «Cartones de Leonardo» dans laquelle on disserte sur les tendances les plus modernes de l'artpage 43	Manuel Graña bringt seine Verehrung für die letzten Eroberer Amerika's in einer Abhandlung die sich «Los últimos conquistadores de América» betitelt.Seite 36
«Three Letters», illustrated by Cobos, portray the history of a sentimental love story By R. Láinez Alcalápage 47	«Trois lettres» (Tres cartas), illustrées par M. Cobos, nous entretiennent d'une sentimentale histoire d'amour, écrite par M. R. Láinez Alcalá.page 47	Der Kinobericht von Adame Martínez «Ante la pantalla» trägt heute den Untertitel «La Risa de las Estrellas»Seite 39
The sevillean accomplishment, are once again shown by skillful prose, by Pedro Ristori Montojo and adorned with drawings from Martínez de León's pencil, called «Seville smiles of Spain»page 50	La grâce de Seville se manifeste une fois de plus dans cette prose habile de M. Pierre Ristori Montojo intitulée «Seville, le rîre de l'Espagne» (Sevilla, risa de España) rehaussée par les dessins de M. Martínez de León.page 50	Die moderne Kunstrichtung behandelt Antonio Botín Polanco in einem Artikel «Cartones de Leonardo» auf.Seite 43
The Sport, chronicle, offers the interesting feats of the moment illustrated with many photospage 74	La chronique sportive offre les plus intéressantes nouveautés de l'époque actuelle, illustrées par plusieurs photographiespage 74	Eine Liebesgeschichte von R. Láinez Alcalá mit Bildern von Cobos bringen wir auf. Seite 47
«Glimpses of the Republic of Bolivia» is the title of an agreeable chronicle by Melchor Fernández Almagro.page 82	«Lueurs de la République de Bolivia» (Vislumbres de la República de Bolivia) est le titre d'une belle chronique par M. Melchor Fernández Almagropage 82	Die Schönheit von Sevilla wird einmal mehr in einer Erzählung von Pedro Ristori Montojo beschrieben. Martínez de León hat sie illustriertSeite 50
In «On the stage of the old farse, the distinguished writer J. de la Cueva begins collaboration, by a suggestive chronicle,page 84	L'écrivain distingué M. J. de la Cueva commence sa collaboration critique par une chronique suggestive publiée sous le titre «He aquí el tinglado de la antigua farsa»page 84	Der Sportbericht umfasst die letzten Neuigkeiten auf allen Gebieten und ist reich illustriertSeite 74
Another artchronicle, by Raimundo Sandoval de Peal, shows the most beautiful paintings, by Igual Ruiz.page 86	Une autre chronique d'art de la plume de monsieur Raimond Sandoval de Peal décrit les plus belles œuvres du peintre M. Igual Ruiz.page 86	«Vislumbres de la República de Bolivia» benennt sich eine Originalarbeit von Melchor Fernández Almagro aufSeite 82
The new authors proceed to set forth their interesting talents of their attractive youth in the poems, wich we publish here.page 89	Les nouveaux auteurs continuent leurs intéressantes œuvres littéraires remplies de jeunesse attrayante dans les poésies que nous publions dans ce numéro.page 89	Unsere Theaterreportage «He aquí el tinglado de la antigua farsa» hat heute erstmalig unseren neuen Mitarbeiter I. de la Cueva zum AutorSeite 84
The continuation of the adventure novels, by See Adcome proceeds under the title of «Jorge Montemar, the detective reporter»page 92	La suite du roman d'aventures écrit par M. See Adcome continue sous le titre «Le reporter détective George Montemar (Jorge Montemar, repórter detective)»page 92	Raimundo Sandoval de Peal bespricht in seinem Kunstbericht die schönsten Werke des Malers Igual Ruiz.Seite 86
«Too Perfect» and «A violent emotion», are the two humorous stories of our competion, original by Manuel Lázaro and Gabriel Greiner are published in these pages.page 99	«Trop de perfection» (Demasiada perfección) et «Une violente émotion» (Una emoción violenta) sont les deux contes humoristiques de notre concours écrits par MM. Manuel Lázaro et Gabriel Greiner que nous publions dans ce numéro.page 99	Die neuen Schriftsteller veröffentlichen wir mit interessanten Proben ihres Könnens auf.Seite 89
«Children's Pages» are adorned with a tale by Ralaal, illustrated by Serny, called «Little Butterfly and Don Abejorro». We also publish more drawings for the scissor, which continue to be beautifully drawn by Sernypage 102	In the entertaining Criptographic section, Framarcón continues with his skill, to puzzle his readerspage 105	Die Fortsetzung der Abenteurnovelle von See Adcome «Jorge Montemar» befindet sich aufSeite 92

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis
Fundador y Director: Enrique Meneses

AÑO 3

ABRIL 1929

NUM. 17



Dolores del Río, la sugestiva «estrella» del séptimo arte.

Ayuntamiento de Madrid



CAMISERÍA Y NOVEDADES

ALFARO

8, AVENIDA PI Y MARGALL

BOLSOS SEÑORA PIEL + CHALECOS
LANA + BATAS Y PIJAMAS CABALLERO
PAÑUELOS SEDA CUELLO ALTA
FANTASÍA + LA MÁS ESPLÉNDIDA
COLECCIÓN DE CORBATAS

TELÉFONO 54.497 + EDIFICIO TEATRO FONTALBA

UNA LLAMADA TELEFÓNICA AL
NÚMERO 34.693, O UNA CARTA
A D. JOSE DE CASTELLANOS
(REGUEROS, 7)

PUEDEN FACILITARLE, EN IN-
SUPERABLES CONDICIONES,

**EL MEJOR CARBÓN
PARA CUALQUIER USO**

CALIDAD, PESO Y HOMOGENEIDAD
GARANTIZADOS

ENVIAMOS PRESUPUESTOS DETALLADOS
GRATUITAMENTE

GRAN ÉXITO DEL AÑO
**UNA NOVELA QUE
EMPIEZA POR EL FIN**

de ENRIQUE MENESES

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

«LA CRUZ DE MONTE ARRUIT»,
4.ª EDICIÓN

«VIDAS MALTRECHAS»,
3.ª EDICIÓN

«EL MAL CAMINO»,
3.ª EDICIÓN

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE A LA EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA S. A., CONCESIONARIA
DE LA VENTA

Revista
de Historia y Genealogía
española

Publicación bimestral que se ocupa de toda clase de estudios históricos, genealógicos y heráldicos de España y de la América Española.—En publicación la «Guía de la Nobleza española», que comprende el trabajo más completo y acabado de todos los Títulos del Reino actualmente en vigor.—Anexa a la citada Revista existe una «Sección de investigaciones genealógicas», que se ocupa de toda clase de asuntos referentes a tramitaciones de rehabilitaciones y sucesiones de Títulos del Reino, ingreso en corporaciones nobiliarias, etc., para lo cual cuenta con un archivo que abarca un número incalculable de familias, linajes y apellidos de todas las regiones y antiguos Reinos de la Corona de España.

Redacción y Administración:

Avenida de Pi y Margall (Gran Vía), n.º 11, entlo. izq.ª
Teléfono 14631

Moda

En casa de

Un vestido de deporte cuyo sweater beige y dibujos marrón y rojo oscuro se mezclan muy felizmente a la falda plisada de un solo color de igual tonalidad roja.



MAÑANA

JEAN PATOU



Un muy bello vestido de tulle Patou gris azul, cuyos volantes están recogidos bajo un abultado nudo de rosas de seda de tonos mezclados de azul claro o de azul oscuro.

Patou ha presentado este año una colección tan nueva y tan estudiada, que se ha hecho aclamar, literalmente, en la Gran Gala de Modas de Cannes. Resueltamente ha puesto el talle en su sitio y ha marcado la línea de los cuerpos hasta la rodilla; sus trajes de tarde son más largos, y la muselina estampada continúa siendo uno de sus tejidos favoritos durante el día; para la noche, un tejido especialmente fabricado por esta casa permite dar a los trajes un aspecto liso. Muchas menos joyas que en los últimos años. Después de contribuir en alto grado a su profusión, Patou se ha cansado de ellas; sobre sus trajes negros, apenas si se ve más que algún pendentif de turquesas. Los sombreros, en cambio, se disponen especialmente por cada vestido, y su silueta es muy nueva: el ala, bastante ancha y muy levantada por delante y muy alargada detrás. Para la playa, con los pijamas de crepé estampado, que se llevan con grandes abrigos de tejido parecido o liso, los sombreros, muy grandes, tienen alas flexibles y bajas en los dos lados.

Moda

Jean Patou

Un vestido de crepé de china marino estampado de un dibujo cuadriculado blanco. El cuello y los puños son de encaje.



JEAN PATOU

TARDE

En casa de Worth



MAÑANA

Worth tiene este año una colección muy nueva y muy estival, cuyo desfile empieza por una numerosa serie de pijamas: pijamas para barco, para playa, para la mañana, para la tarde. Unos con jersey con una chaquetita recta, otros de crepé de China y los últimos de muselina de seda. Además de esta amena variedad, ha tenido también mucho éxito el desfile de trajes para campo, de tela de seda camisero con listas estrechas.

Son muy interesantes los modelos de abrigos para tarde: al igual que muchos modistos, Worth parece querer imponer la levita ajustada al talle y algo ensanchada inmediatamente; pero, en lugar de ser recta en su parte inferior, forma atrás un corto pico. Debajo de estos abrigos, los vestidos son de muselina estampada.

Para la noche, mucha muselina también y un tejido exclusivo de esta firma, que consiste en una muselina con flores de colores muy vivos estampadas y que, por un procedimiento especial, se contornean con oro. También puntillas finas, empleadas como el tul, es decir, para formar faldas anchas, o mejor, voluminosas.



TARDE

Arriba, un conjunto de deporte cuya falda y la pequeña chaqueta son de lana fina azul oscuro. El pull-over, muy coloreado, es de tres tonos diferentes: rojo, azul y blanco.

En el centro, vestido de mediodía en crepé satén negro, estampado de florecitas multicolores. El echarpe, que cae bastante bajo por delante, está adornado de rayas rojas, verdes y blancas.

A la derecha, un vestido de tarde en tul negro, francamente más largo por detrás que por delante. La falda está adornada de soutache; la chaquetita, de tul, va bordada de strass que enriquecen el conjunto con su nota brillante.



NOCHE

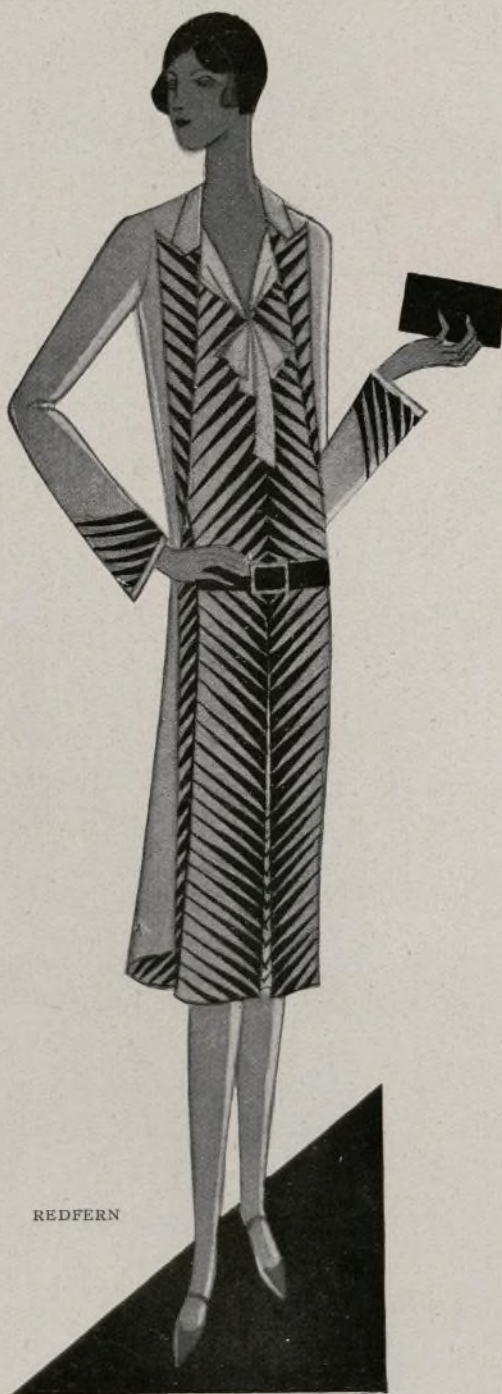


En casa de Redfern



REDFERN

NOCHE



REDFERN

TARDE

1.—Arriba, un vestido de tisú estampado verde y negro. El plisado de la falda está prendido muy abajo. El largo cinturón de cuero barnizado en negro destaca con su nota oscura la elegancia del conjunto.

2.—Conjunto de «mediodía». La capa en kasha beige va forrada de crespón de China estampado en los tonos pálidos del beige o del negro. Este crepé es semejante al de aquel vestido muy sencillo de forma con un pliegue que se alarga por delante.

3.—Uno de los mejores vestidos de noche de la colección Redfern es de falda blanca adornada de diente-cillos negros. El corpiño, recogido en la espalda, está muy descotado, acabando en un gran nudo puesto al lado.



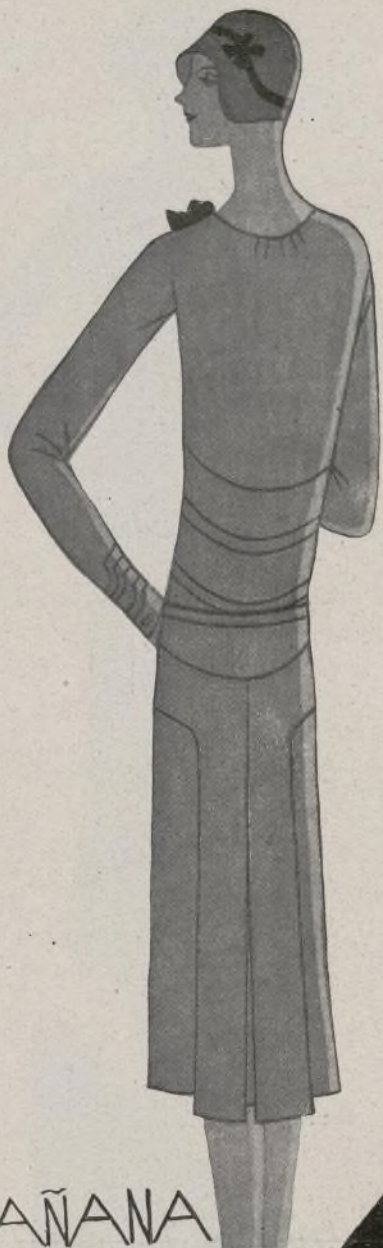
REDFERN

MAÑANA

Redfern tiene muchas especialidades, es decir, una gran variedad en su colección. Junto a los abrigos *trois-quarts* de tejido vaporoso orlados de piel, desfilan los abrigos rectos, y las levitas ensanchadas en su parte inferior junto a los abrigos-capas para tarde. Los vestidos de noche tienen también pequeñas capas en la espalda, unidas algunas por frunces en «nido de abeja» que no se veían desde hace tiempo.

Mucho crepé georgette y mucha muselina de seda para obtener vestidos vaporosos, ligeramente apoyados en el tallo, con cuellos echarpes y mangas de puño ancho.

Me extraña no ver aprovechada más a menudo una idea que aquí encuentro y que sugiere el uso de estos tejidos ligeros. Me refiero a los velados; merced a estas superposiciones de tejidos ligeros, se obtienen delicados coloridos, artísticamente matizados. Me encantó un vestido de muselina de seda gris, con viso *cyclamen*, y el atenuado brillo de una puntilla de oro, que lucía bajo un velo de muselina de seda negra.



MAÑANA

Arriba, un vestido de sport cuya elegancia proviene de los sabios cortes que caracterizan siempre las colecciones de Lucien Lelong. La falda, como puede verse, es muy notable para este objeto. El conjunto es de jersey, pero de un tono muy adecuado.

A la derecha, un vestido de tarde muy ele-

En casa de Lucien Lelong



TARDE

gante de ribetes negros, cuya línea estilizada va muy bien a la ligereza de los paños desiguales y del largo paño que cae en la espalda.

Abajo, un vestido de noche de crepé de China azul marino. El pequeño «bolero» abierto detrás y el paño en punta muy largo en la espalda, son los detalles más notables.



NOCHE

LELONG

Lucien Lelong, por su parte, no señala el talle ni sube la cintura. Sigue fiel a su línea ajustada a la cadera, ensanchada inmediatamente por una innumerable variedad de volantes o de *panneaux* que producen casi siempre la impresión de subir hacia delante. Parece dominar la espalda ancha, aunque los vestidos de tarde, muy lisos a los lados, tengan delante y detrás un gran pliegue. Los vestidos de la mañana van acompañados de blusas cuyos pecheros recuerdan tiempos pasados, mientras que por la tarde los vestidos de seda estampada son de tonos mezclados y rebuscados: verde y gris, rosa y gris, negro, gris y blanco, por ejemplo. Algunos abrigos ligeros y no muy largos son también de tejidos ligeros.

La idea de estos abrigos la aprovecha Lelong con rara habilidad para los de noche. Sobre sus trajes, con grandes *panneaux*, cuya cola llega a veces al suelo, ha colocado breves abrigos rectos, del mismo tono, de satén muy brillante, redondeados por delante y que cierran por medio de un echarpe. La silueta del conjunto es muy armónica y elegante.

Finalmente, con tul se obtienen preciosos trajes para jovencitas. El cuerpo es recto, la falda ajustada y los volantes que empiezan a colocarse desde las rodillas son lisos por delante y muy cumplidos y alargados en la espalda. Un vestido de tul blanco de este modelo ha suscitado murmullos de admiración cuantas veces se ha presentado.



EL SOMBRERO MODERNO

Joyas: Jean Fouquet

Sombreros: Marcelle Lely

El arte moderno inspira algunas veces muy felizmente a los creadores parisinos. Esta toca de satén negro y beige, con los cortes muy destacados, es un testimonio perfecto, así como las joyas de Jean Fouquet, que le acompañan a maravilla. Es llevada esta toca por una encantadora actriz parisiense: Mlle. Arletty, del teatro Daunou.



MAG-HELLY

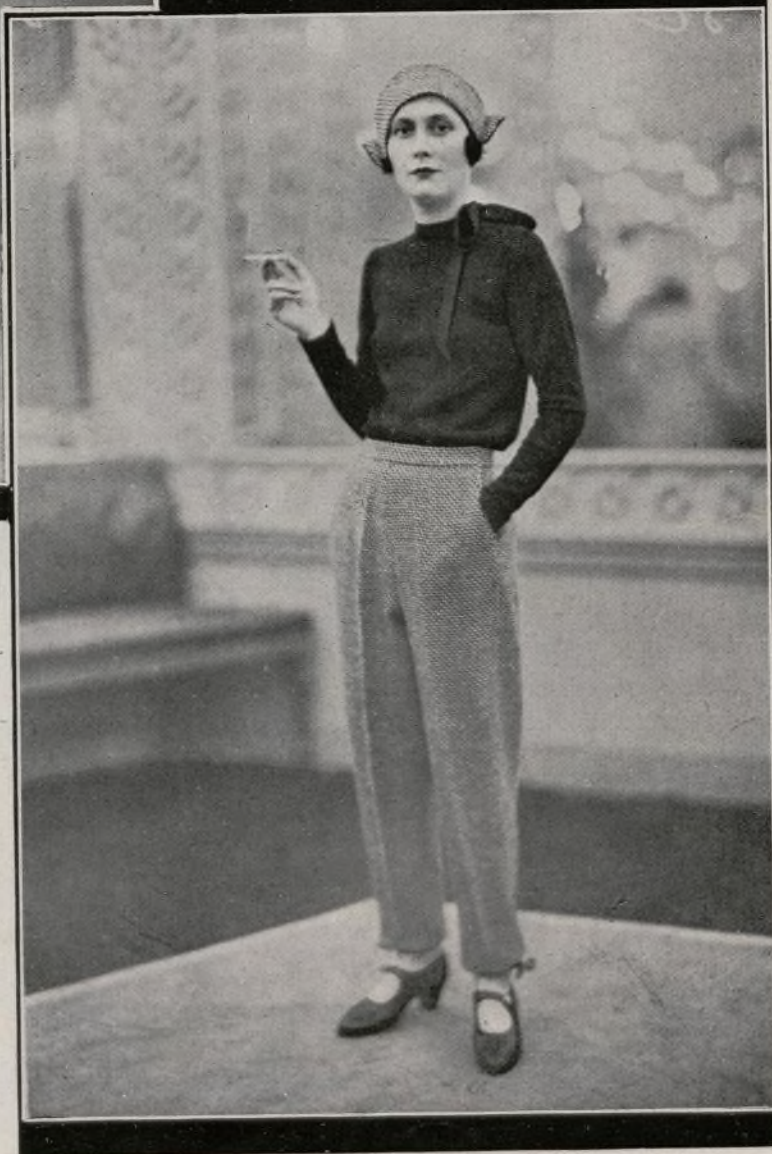
Una adaptación original del pantalón

LEVAREMOS el pantalón? Así se ha dicho, de ello se habla, se ha hecho algún ensayo en las buenas casas y las jóvenes modistas son las fervientes adheridas a esta moda. La idea de ella ha sido dada, o al menos desenvuelta, con ocasión de un concurso de dibujos organizados por Mag-Helly y cuyo objeto era «la línea de mañana». Numerosos han sido los dibujantes (y el primer premio se ha encontrado en el número) que han colocado bajo la falda corta, abierta o plisada, un pantaloncito del mismo tejido. Bien dicho, este pantalón se ve apenas y se descubre sobre todo con ocasión de un movimiento rápido, y así es que será injusto tratar esta idea de extravagante cuando ella

ha sido inspirada, al contrario, por un deseo de comodidad y de corrección. Todos sabemos lo que la falda corta puede ser en sus excesos contrarios a la verdadera elegancia. En cuanto a la falda de *sport* debe ser por definición una falda pantalón. Los movimientos en ella son más libres y más graciosos, pero está permitido disimular esta particularidad con mucha ciencia. Así es como Ahetze, el camisero de moda, ha conseguido un verdadero modelo del género. Su vestido de seda rayada de forma muy simple tiene una falda de *godets* que está abierta en medio, pero que guarda una apariencia muy femenina. El deporte de invierno, además, nos ha acostumbrado no solamente al pantalón velado por aletas, sino al pantalón noruego. No se ha visto este invierno en St. Moritz y en Superbagnères, en Chamonix y en Mour-Revard más que intrépidas deportistas así vestidas. Es preciso creer que hemos tomado el gusto a esta *tendue*; al menos no podemos abandonar-

A la izquierda, uno de los modelos premiados en el concurso de la «línea de mañana», de la casa Mag-Helly. Es de crepé de China beige rosa. El pantalón apenas sobresale de la falda.

Debajo, un encantador traje de sport, de un simpático creador parisino: D'Ahetze. El pantalón es en tweed; el sweater, de jersey de Escocia muy fino.



D'AHETZE

la de repente. He aquí cómo los modistos psicólogos, que no son los menos, Worth, Patou, Chantal, Lelong y otros, nos hacen pijamas de playa y de barco que nos permitirán llevar este verano aún el pantalón, cuya conquista parece apasionarnos...

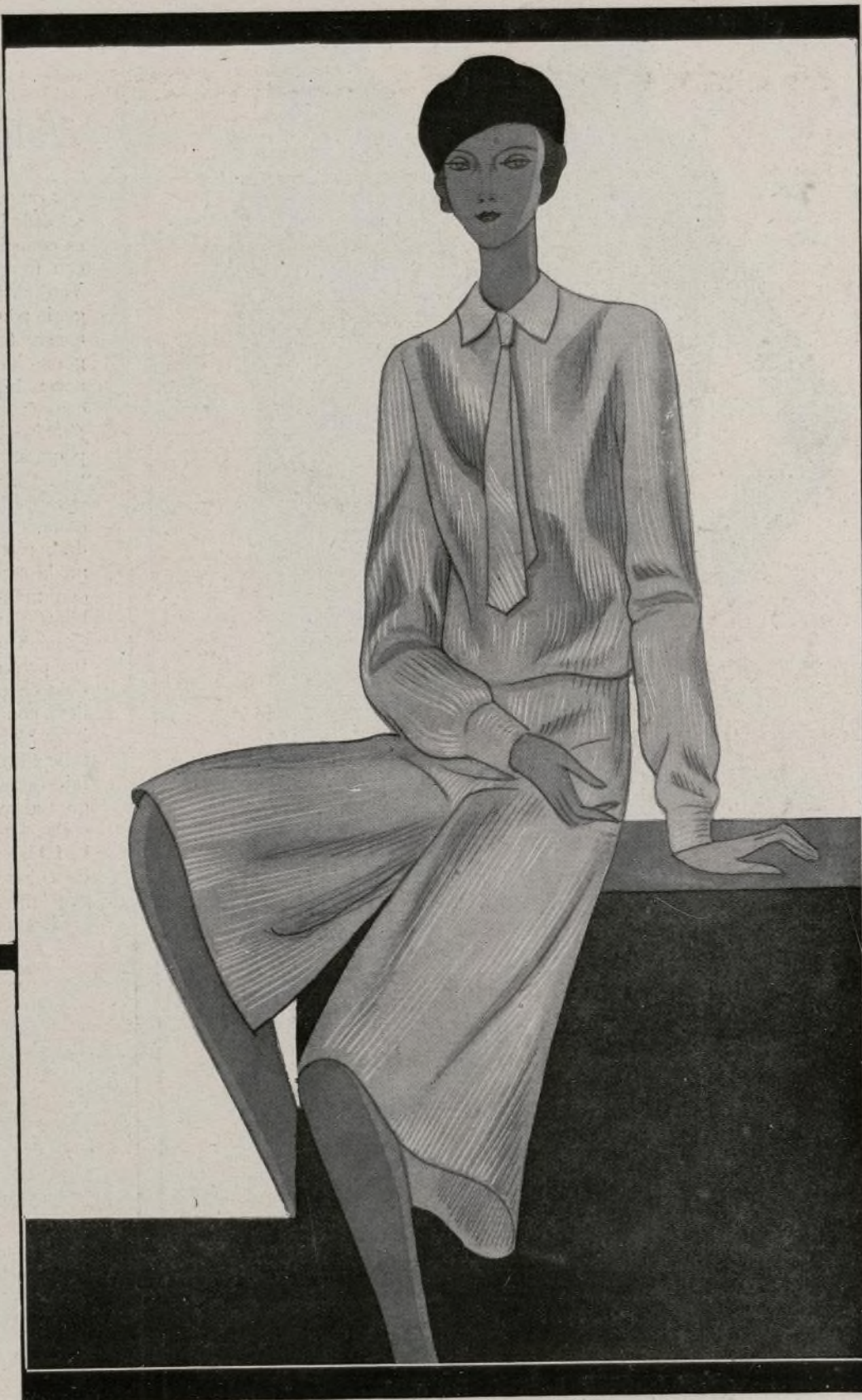
En fin, otro de los más grandes modistos, Chanel, acaba de mostrar en su colección de primavera varios vestidos de volantes bajo los cuales pasa un ligero pantalón cerrado por un volante negro.

Todo lo que no sea escandaloso quedará, creo yo, en el dominio de la fantasía. Gustaremos para el deporte de las ropas ligeras y muy semejantes al pantaloncito. Para la playa, sobre el traje de baño, el fantástico pijama multicolor o azul marino que nos transformará durante algunas horas; pero guardaremos para la noche el uso del vestido con largos *panneaux* flotantes y de línea armónica, cuya elegancia es tan perfecta este año, que verdaderamente no sé cómo podrá transformarse en el próximo

2



NICOLE GROULT



D'AHETZE

En casa de las jóvenes modistas de París

Un muy bonito vestido pantalón moderno en tejido de camisa de hombre. Abajo, una combinación pantalón de Nicole Groult. La característica de estos pantalones es que apenas si son visibles estando de pie. Parece que se han hecho necesarios para el sport y la vida actual de las jóvenes modernas.



CONSEJOS ÚTILES

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez-Molina, Carrera de San Jerónimo, 29, Madrid, de gran confianza. Teléfono 12.646.

CASA PASSAPERA FUERTES

VESTIDOS

ABRIGOS

MODAS

MADRID
GÉNOVA, 19
TELÉF. 25 331

Adela

Algunos consejos prácticos

SEGURAMENTE, como a mí me ha ocurrido, les habrá sorprendido la elegancia de ciertas jóvenes cuya escasez de recursos es conocida y que, no obstante, parecen cambiar de *toilette* con frecuencia, ajustándose a la moda en todos sus detalles. Verdaderamente, basta sólo poseer un poco de gusto y de ingenio para mejorar considerablemente un guardarropa limitado: a este fin podrán aprovechar nuestras lectoras este año algunas ideas verdaderamente encantadoras. Sin duda, todas conocen la gran boga de los trajes estampados completos. Si conservan todavía un pedazo de la tela del traje de crepé *fleuri* del año anterior, podrán completar su vestido con una pequeña chaqueta recta sin forrar, muy agradable de llevar. Quizá no hayan tenido la precaución, que debe tomar siempre la mujer práctica, de conservar un metro de tela guardada, cuando la viste una sencilla modista. En este caso podrán recurrir a una solución más atrevida, tan ajustada a la moda como la anterior. Con la falda, un poco deslucida, pueden mandar hacer la chaqueta recta que llevarán sobre la blusa parecida, completando el conjunto con una falda en crepé liso de color adecuado. Muchos y muy buenos modistos presentan combinaciones de esta clase; recuerdo un modelo en crepé con florecitas rosas sobre fondo negro, que se lleva con una falda negra, y también un tejido a cuadros azules y blancos con falda azul marino. Si no temen el efecto del tallo alto, la falda puede colocarse sobre el cuerpo con una faja de la misma tela floreada. Si esta novedad les asusta algo todavía, pueden escoger un modelo casaca (levita) muy corta, ligeramente ceñida por una faja del mismo tejido que la falda. La chaqueta y las mangas se bordean con una tira de color liso, y con escaso gasto conseguirán una gran elegancia.

Recuerdo que en unas carreras, al principio de la última



CHRYSLER



S.E.I.D.A. (S.A.)
EXPOSICION: PI Y MARGALL, 14.
MADRID



estación, esperaba, con una obstinación digna de mejor suerte, la aparición de los nuevos modelos de abrigos de invierno. «Verdaderamente —dijo repentinamente a mi lado una de mis colaboradoras—, el abrigo que más se lleva este año es el del año pasado.» El hecho no es raro en esta época de vida cara; pero el abrigo del año pasado puede modernizarse muy bien. Aquí mismo encontrarán un ejemplo: un abrigo de paño o de *marrocain* negro puede transformarse por completo, por medio de un volante conformado de la misma tela, corto por delante y muy largo por detrás. No es imposible modificar la tela, y si se trata de un vestido de noche, la modificación es aún más fácil. Se acorta bastante el abrigo y se añade un gran volante de

muselina de seda del mismo tono, formando punta en la espalda. En el escote cruza por delante un gran echarpe de la misma muselina, que se echa a la espalda.

En este momento nos traen una nueva fantasía los *manteaux trois-quarts* (tres cuartos de capa o abrigos cortos), y es que todas las prendas nuevas que completan el traje son más cortas que el vestido. Un simple dobladillo consigue esta nueva silueta; sería imperdonable, confesémoslo, conservar la línea del año anterior, pudiendo mejorarla con tanta facilidad. La moda es, muy a menudo, cuestión de atención e ingenio, y son muchas las mujeres que consiguen con poco gasto estar siempre a tono con la última novedad.



1.—Un encantador conjunto para mañana y tarde. El traje es de muselina de seda cuadriculada, rojo y blanco. La bordadura del paño y de la falda es de muselina roja. La capita, muy cerrada delante, es de crepé de China rojo. Un pequeño cuello de encaje da la nota tricolor muy favorable en esta estación.

2.—El crepé de China estampado de puntos muy espesos hace encantadores vestidos, a la vez que sencillos y elegantes. Este es blanco con pun-

to azul marino, con pequeños paños plisados colocados sobre la falda de trecho en trecho. El cuello está bordado con dos cintas de grano grueso, una azul y otra blanca. Una capita ligera se coloca a voluntad sobre los hombros.

3.—Un encantador sombrero de paja blanca adornado de plumas, aplicadas a un lado y formando una alita al otro. Un velito de tul negro sombrea los ojos.

Moda



A la derecha, un encantador vestido de jovencita, de tussor estampado. El fondo es rosa; los dibujos, blancos y negros; el cuello, rojo, está desviado sobre el lado derecho.

Arriba y en el centro, un vestido de señorita. Es de seda con pequeños cuadrados rojos y blancos. El cuello de encaje añade una nota coqueta al conjunto, sencillo, pero elegante.

A la izquierda, traje de niño, de tussor amarillo. El canesú del cuello es de tela blanca, así como el corte en punta del lado izquierdo.

A la izquierda, pequeño traje de tela rosa provisto de un triángulo rayado en todos los tonos.

A la derecha, traje de lana amarilla verdosa salpicado de rayas azul claro, bordadas de un festón blanco.

Los más modernos dibujos de la elegancia infantil

Los vestidos de niños permiten tanto más las audacias de colores y de bordados cuanto más simple es su forma. Tal dibujo que parecía muy atrevido, y aun extravagante sobre un vestido de telas ricas, no es más que de una sencillez encantadora o que una mancha agradable sobre este trocito de tisú con el que se confeccionan los vestidos de nuestras hijas. Este verano, el adorno favorito de los vestidos de campo o de playa consistirá todavía en los recortes o aplicaciones de tisú, y aquí mismo podéis ver que estos últimos son de mucha fantasía. Se les coloca a voluntad sobre un fondo de tela cruda azul nattier o amarillo; esta tela, de muy gruesa trama, será muy fuerte, como corresponde para nuestros trajes de campo. Se podrá igualmente escoger el *shatung*, porque de esa tela pueden hacerse numerosos modelos para las niñas y para sus mamás. Una mezcla muy favorable consiste en aplicaciones de tela cordada sobre un fondo de *shatung* paja; aplicaciones que algunas veces se filetean de un ligero punto negro.

Muy moderna también será la mezcla de telas desiguales y estampadas. Os servirán de recurso para estos modelos las telas de tapicería, que harán encantadoras incrustaciones de bordados multicolores y que serán de una solidez a toda prueba, punto que no se puede desdeñar cuando se trata de este pequeño mundo a la vez coqueto y turbulento. Lindo refinamiento el de hacer igualmente la capita y el sombrerito a modo de cofia popular de tela estampada del mismo tono. He visto últimamente un pequeño conjunto preparado para una joven elegante. El vestido era en tela rayada verde, amarillo y negro, y la capita en tela del mismo tono amarillo oro. Sobre los bolsillos y en el cuello, un pequeño motivo cubista en tela rayada ponía su divertida originalidad.

Las niñas que ya tienen más de doce años son más difíciles de vestir bien que las encantadoras pequeñas. Para ellas, al contrario, nada de originalidad, sino una simplicidad de muy buen gusto. Los crepés de China, florecidos de muy pequeños dibujos cuadrículados, son encantadores para este uso. Y aquí veréis una aplicación muy bella,



ELIZABETH ARDEN

SE INTERESA
PERSONALMENTE
POR USTED



VAYA USTED
A SU SALÓN Y APRENDERÁ
TODAS ESTAS PRECIOSAS VERDADES
SOBRE EL CUIDADO DE SU PIEL

Primeramente, Elizabeth Arden le dirá que ninguna piel puede ser clara, radiante y fina, si no es sana. Añadirá: «Ante todo tenga usted presente que la sangre debe circular ligeramente por las venas, refrescando de esta forma los tejidos aviciados y absorbiendo las sustancias nocivas, que producen impurezas.

»Es preciso que usted fortifique sus músculos, haciéndolos resistentes y fuertes. Y naturalmente debe conservar su piel cuidadosamente limpia y fresca. También debe usted alimentar los tejidos débiles, porque verdaderamente hay pieles que parecen estar famélicas.»

Entonces Elizabeth Arden insistirá particularmente: «Todo cuanto haga debe ser para aumentar la perfección de sus encantos y no para encubrir sus defectos.»

Al recibir este consejo de Miss Arden no tendrá usted otro remedio que dar crédito a sus palabras, pues es tan joven, viva y radiante que en seguida notará usted, al observar la perfección de sus facciones, que ella misma cuida delicadamente su piel.

Este es el gran secreto que encierra el éxito de Elizabeth Arden: Cada preparado, cada método de empleo se debe a la propia inspiración de Miss Arden y ha sido perfeccionado para su propio uso antes de ser ofrecido a usted. Es por esto que Elizabeth Arden ha ganado la confianza de millares de mujeres, y es para ellas un símbolo de belleza y simpatía.

ELIZABETH ARDEN

673 FIFTH AVENUE NUEVA YORK

ELIZABETH ARDEN, S. A.

MADRID: CALLE DE ALCALÁ, 71

LONDRES

PARÍS

BERLÍN

ROMA

REPRODUCCIÓN RESERVADA

Consultorio de belleza

FEÍSIMA

Señorita: Aunque, como usted dice muy bien, es imprescindible maquillarse, es también imprescindible usar buenos productos y con discreción. Póngase por las noches un poquito de ricino en las pestañas, y la crecerán; pero cuide de que no la entre en los ojos, para los cuales la recomiendo el Humo de Sándalo. Me pregunta que qué es lo que usará para los labios que sea disimulado y queden bonitos; use el Jugo de Rosas líquido.

UNA ADMIRADORA DE MENJOU

Lo que a usted le pasa no puede ser nunca efecto del *rimmel*; así es que debe usted visitar a un especialista. El producto que me indica es el Arrebol; pero le aconsejo se ponga antes de dárselo una capa de polvos Freya, y verá cómo le queda un tono mucho más bonito.

AMAPOLA

Sí, señorita. Aunque no se trata de belleza, tengo mucho gusto en complacerla. Yo creo que, dada la poca amistad que hay entre ustedes, lo más indicado es que la regale unos bombones. La Casa Hidalgo tiene unas cajas lindísimas. Y respecto a lo «otro», me parece un poquito de exageración.

LA DE LOS OJOS VERDES

Eche en zumo de limón un poquito de nácar; déjelo por espacio de dos días, y, si está bien disuelto, déselo. Si se la despellejara la cara, póngase una capa de crema que sea buena. Con este procedimiento se le disimularán mucho las pecas. Respecto a su segunda pregunta, vea lo que le digo a Feísima.

NIÑA BIEN

Permítame la diga que me parece increíble que, habiéndoselo recomendado una amiga, no haya hecho la prueba. No pierda tiempo, y compre el Sudoral. Úselo sin ningún cuidado.

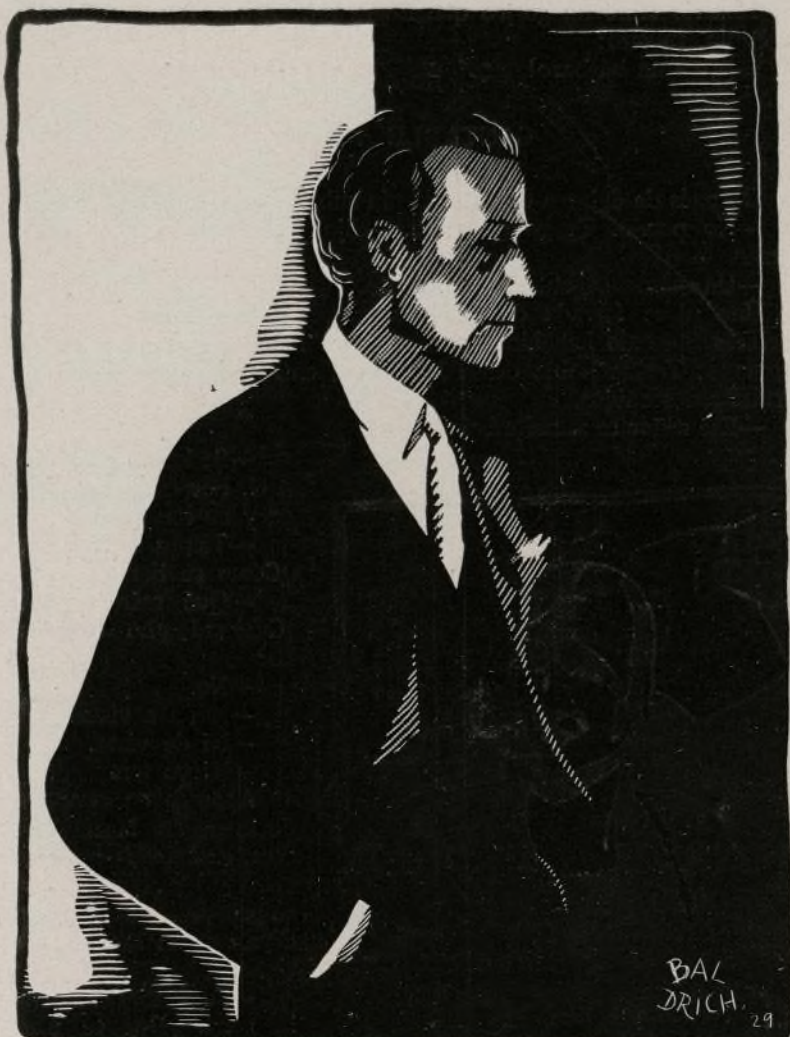
JOSIANA

Las señoritas de Power siguen viviendo en Fuentes, 9; por tanto, puede usted dirigirse a esas señoras para adquirir el Indian Ciloil.

MARICRUZ

Glicerina y limón mezclados a partes iguales es muy bueno para esas grietas de las manos. Déselo y déjelo secar por espacio de unos minutos. Luego lávese y procure secárselas bien, pues muchas veces estriba en eso el que estén ásperas.

MARIBEL



La Tragicomedia de Pepín Cárdena

Novela corta original
de

Enrique Lopez Alarcón

Dibujos de Baldrich.

NOCTURNO

NOCHE de verano. Cielo bajo; un garabato de luna—cuernos al oriente—, como prevenido para embestir al sol, cuando salga, y darle una cornada. Nubes en vellones, azul y plata, altas y en reposo. Calma. Lienzos de campánulas en enredadera y arbolitos desmirriados, quietos, dormidos, silenciosos; tibio ambiente azotado por los ruidos de la calle, todavía estrepitosa.

Cine al aire libre, en un jardín de merendero o de decoración de teatro. Fina la arena, suelta y húmeda, estride bajo los pies que la muelen.

Penumbra con estrellitas rojas que coronan las tapias del recinto; penumbra espesa acuchillada por el cono de polvo blanco que va tallando el bloque helado de la pantalla a tajos de sombra y luz. Discreto oleaje melódico de un cuarteto de cuerda, sordo y lejano, que arrulla la charla y acuna al sueño.

Mediana concurrencia repartida en parejas equidistantes. Parejas ni enlazadas ni libres, y una de otra a la distancia propicia: lejos para verse, cerca para oírse. Silencio sonoro, resonante de palabras sueltas, de epígrafes repetidos a medio leer, de preguntas sin respuesta, de exclamaciones, de agudezas, de bostezos... bordados sobre el cañamazo de la musiquilla lejana, dulzona, siempre bailable.

«¡Ha terminado!» Ojos desalumbrados se contraen, pestañeando, al choque de la luz, que va recobrándose paulatinamente, con mimosa precaución. Con premiosa lentitud van ganando las puertas grupos diseminados, mirándose por última vez. Voces con los nombres de los diarios nocturnos. Ojeadas al descuido, saludos. Adioses. Rumorear, frufutar, sobre la quejumbrosa molienda de la arena estridente. La musiquilla, siempre bailable, se hace más expresiva, más vivaracha, más resuelta. Se apaga el foco de la cabina; se apaga el arco del aguaducho; se apaga el letrero que fulge de través sobre la entrada. Nítida y helada, la pantalla drapea levemente en su ar-

madura. Los grupos postreros se pierden por la puerta oscura. Ha terminado.

DANZA

En el paso del umbral, Pepín Cárdenas tomó del brazo a María Teresa. (María Teresa: lánguida dejadez, voz grave, parda, charla de frases entrecortadas, a medios tonos. Suavidad de marfil antiguo; angulosa de talle suave; estameña en los ojos; piel de oro moreno, de trigo maduro, atornasolado de verde musgo, y bajo la piel una gama de azules de mar. María Teresa... rostro de óvalo gótico, alargado, tocado de casco endrino; rostro que ha puesto la clave de su expresión entre el naso vibrátil y la recta barbilla descarnada.)

Pepín, acompasando su andar al paso de María Teresa. —¿Te gustó?

Y ella. —¡Qué aburrido!, ¿verdad? Cuando hay poca gente no dejan ver.

—¿Crees tú que el público es un elemento visual?

—¡Yo no creo nada! No sé. A Cachita le han dado la noche. Ahí lo tienes.

—¿A usted?—dice Pepín.

Rosario, delantera de la pareja, vuelve a medias la cara, a la pregunta de Pepín. (Rosario, rubio ceniza retocado por una cosmética discreta. Nácar, rosa, carmín; nácar nazareno, de ciruela, en torno de los ojos, asombrados, pájaros cautivos en jaulas de oro. Aguiluña; boca de corazón de naipe francés. Dejo ingenuo en la voz metálica; la faz menuda recortada en arco de herradura. Corta, curva, maciza; porcelana y tafetanes: un juguete.)

—Yo no me quejo. Que conste.

—¿Entonces...?—arguyó Pepín, sonriente.

—Un vecino demasiado expresivo que quería castigarla de obra.

—La admiración es muchas veces irrefrenable: se nos sale por los ojos, por la boca...

—Al mío—repuso la rubia con un trino—se le salía por las manos también. Primero me atacó de flanco; después, cambió de táctica.

—Menos mal.

—Y se me puso al lado. Quería matarlas callando. ¡Como no le hacía caso! El pie, la mano, el hombro. Señor. Cuando una no tiene gana. Era un *pesao*. No tiene importancia.

—¿Usted cree? Es la costumbre—y Pepín volvió a sonreír—. ¿Y usted lo conoce?

—Yo no—dijo Rosario, acomodándose en el *taxi** que había abierto Pepín.

—Bueno; basta ya—sentenció, lánguida, Teresa.

—Se lo voy a presentar a usted ahora mismo.

Pepín encajó a golpe la portezuela y se dirigió al espectador rezagado, que, con lenta parsimonia y vigilante calma, se demoraba encendiendo un cigarrillo.

Sin palabras se le encaró, alzó la diestra y descargó una sonora bofetada. Sobre el puño de Pepín que le atenazaba la solapa, el agredido alargó un directo a la barbilla que le hizo vacilar. Pepín esgrimió su junquillo sobre los hombros y la frente del antagonista.

Tumulto, voces, carreras. Dentro del coche se agitaban Teresa y Rosario intentando descender a tierra. El espectador se bajó a tomar su sombrero.

—Porque querrá algo más de mí... supongo... —y le alargó una tarjeta—. Ahora voy al Casino.

Pepín, en volandas—el fieltro en una mano, la tarjeta en la otra—se vió dentro del coche, que avanzó rápido, anunciándose de ronca bocina.

—Qué escena, Pepín; por Dios. No era para tanto—y suspiraba Rosario, mirando atenta por la ventanilla.

—Eres un salvaje. ¡Qué barbaridad! —rezongó Teresa, extendiéndose sobre el respaldo.

—Quería presentarle a Cachita a su adorador. Ya lo conoce ella y tú también—y mostraba la tarjeta al guardarla.

—Ya sabes que estas barbaridades no me gustan.

—Yo estoy fatigada. Pepín, es usted un caballero andante.

—Es un cursi. Este no tiene otro plan que el de hacer el ridículo.

—¿Y te parece poco, corazón? Ser cursi y hacer el ridículo son cosas que tienen una tradición esencialmente *chic*.

—Menos mal que no se apura.

—¡Qué se va a apurar! Está encantado. No se lo agradezcas.

De la comisura de los labios de Pepín brotaba un hilillo rojo que goteaba sobre la franela gris del pantalón. Pepín saboreó la sangre, se enjugó con el pañuelo y dijo al mecánico:

—Pare en la botica que vea abierta.

Y añadió:

—Oiga usted, Cachita: su adorador debe ser ingeniero.

—¿Por qué?

—Porque me ha desplazado los dos puentes de la mandíbula inferior. Y decía el dentista que eran fijos, que no se moverían nunca.

Rosario trino un gorgjeo que fingía reír. María Teresa, mirando a Pepín, musitó:

—¡Eres un bárbaro!

CANTABLE A DUO

Después de dejar a Cachita, Pepín subió a casa de María Teresa.

—No puedo. Tengo que hacer—dijo, aplicando la llave para cerrar.

—Un momento, sube un momento.

Una pieza forrada de telas oscuras, muebles bajitos, espesas cortinas flotando henchidas por la brisa. Pepín derrumbado en la otomana; Teresa habla desde la alcoba, entre un tenue rumor de cendales desceñidos.

—Ese señor te mandará padrinos.

—Se los mandaré yo a él. Por eso tengo prisa y no me quedo.

—Tienes la tarjeta. ¿Cómo se llama?

—Qué más te da. ¡Curiosa! ¿Lo conoces tú?

—No.

—¿Ni de vista?

—Ni de vista.

—Ni yo tampoco.

Aparece en el vano de la puerta María Teresa, *deshabillé*—quimono verde y negro y plata prendido sobre la cadera con un broche antiguo.

—Te hizo daño en la boca. ¿Qué te has hecho poner?

—No sé. Me dió el mancebo un enjuague para cortar la sangre y me puso un tafetán en el labio. Cocaína quizás.

—Yo tenía aquí. ¿Te duele?

—No.

—Sabes que esas actitudes y esas escenas no me gustan.

—Ni a mí.

—A ti sí. ¿A ti qué te importa Rosario? Esa chica es una indiscreta

que no quiere más que lucirse. El otro apenas hizo nada. Con que ella se hubiera retraído un poco y se hubiera puesto sería... punto concluido.

—Sí, tal vez, pudo ser así. Yo venía ya bromeando con Rosario y contigo. Pero al salir lo vi tan descarado, tan provocativo, mirándonos a los tres. Rosario enrojeció.

—¡El colorete!

—Sentí un impulso repentino; me pareció que me esperaba a mí. Me pareció... No sé. No te lo puedo explicar.

—Y si os batís, ¿pasará algo? —Teresa tomó de un mueblecito de aire japonés una baraja, y descartó el *valet de pic* y la dama de *cœur*.

—¿Solitario... o interrogación?

—Nada. Me entretengo cuando estoy sola. ¿Vendrás luego?

—No. Me quedaré en casa. Hasta mañana.

—Adiós. Eres siempre desproporcionado... te lo aseguro, todo lo sacas de quicio.

—Hasta que te convenzas de que no hay proporción en la vida... ni, mucho menos, hay quicios. Todo lo que está donde está, puede ajustarse ciertamente en otro quicio, como tú dices.

Pepín tomó la mano que barajaba y la besó. Besó luego la frente de María Teresa. Y salió.



B₂₉

CONCERTANTE

En la amplia acera de la gran avenida, el aspecto de los dos cafés —La Huerta y Blancuzco— se contraponen y se complementan. Armonía de contrarios en que la casualidad se ajustó a las normas estéticas derivadas de la metafísica de Abel Martín, ilustre malabarista y amigo de Leibnitz. Todo lo que no está en «La Huerta» está en «Blancuzco», y, por contra, lo que no está en «Blancuzco» existe en «La Huerta».

«La Huerta», aire español, castellano; recinto de la tierra adentro: madera mate, sólidos adobes, alumbrado de cirios. «Blancuzco» semeja el salón de un trasatlántico: maderas pulimentadas de barniz, luz difusa, bronce rutilantes, suelo ajedrezado. «La Huerta»: casona de pueblo decente, acomodo, esencia, perfumada de camuesas y membrillos en las profundas arcas de roble. «Blancuzco»: higiene, confort, nuevo rico que acomoda su vida a las lecciones de su experiencia y donde mejor lo pasó fué entre el lujo abreviado, amontonado, de a bordo, cuando, ya rico, hizo su viaje a Londres.

Uno y otro, cuando sacan sus veladores en escuadrilla a la puerta de la calle y ocupan el ruedo de su fachada, se funden y enlazan; se dan un abrazo, son uña y carne, uno mismo. «La Huerta» encarna en una moza pueblerina, sanota, aseada, recia, matronil. Y «Blancuzco», en un indiano maduro, practicante, sentimental. La una está por los mantecosos lactinios, vaca y jamón, vino viejo del matiz añoso del pendón real; y el otro, rubias y espumantes cráteras, vasos sintéticos que contienen policromas tisanas, bebidas y compuestos según exóticas recetas: *gin, sherry cocktail*. La moza y el indiano se han casado en matrimonio de conveniencia y viven, tabique por medio, cada uno en su casa, a la sombra del campanario recién revocado, solemne, alto y empinado como un rascacielos. Y todos los días, como si cada mañana acabaran de casarse, reanudan el banquete de bodas, inagotable, sardanapalesco, báquico, en el que se congrega todo el pueblo; los mozos en el atrio, y los comensales... unos en el recinto castizo—loza, roble, paño—y otros, más bullangueros, más dados a la aventura y a la curiosidad, en el salón del trasatlántico, todo trasminante a mostaza estimuladora y a breves copas aperitivas.

Todo ello es uno y lo mismo: el suelo ajedrezado y los cirios erigidos e idealistas, todo se funde ahora por fortuna en la complementación en esencia y en potencia. Lo que no está, también actúa por ausencia. Abel Martín, filósofo, para estas fechas ya se había malogrado. Pero su espíritu actuó en la ordenación y disposición de estos representativos del cosmos. Actuó, digo, por ausencia, porque Abel Martín, filósofo, en sus andanzas madrileñas no salió jamás de los cafés de barrio: café del Vapor, café de la Luna, café de San Millán. Abel Martín, filósofo metafísico, opinó sobre la realidad por los fueros del cálculo, del raciocinio, de la lógica, que son en el tiempo y en todas las dimensiones los más eficaces.

Así pudo nuestro amigo Abel Martín, metafísico, filósofo y poeta, llegar a esta conclusión que encierra toda la esencia de la vida: «Puesto ante un vaso de vino, bébetelo sorbo a sorbo, hasta dejarlo vacío.»

* * *

Cuando arribó Pepín Cárdenas a la terraza de la amplia acera de la gran avenida y se enzarzó en la escuadra de veladores cercados de gentes diversas, todos los comensales seguían el consejo del penetrante filósofo: sorbo a sorbo se congregaban a dejar vacíos los vasos que cada uno tenía delante. Alguno le anteponía a cada sorbo un mordisco a tal cual sustancia semifósil o avinagrada.

Pepín llegó a uno de los grupos delanteros.

—¿Habéis visto a Marín?

—¿Viene cada día?

—¡Pero más tarde! —agregó otro.

—¡No!; más temprano.

—Va luego a Castilla.

—Gracias. Voy a ver si lo encuentro.

Cárdenas se lanzó al ajedrezado del interior de «Blancuzco». Avanzó entre una neblina cálida, espesa, que ponía en los rostros y en los contornos de las cosas un halo de humo azulado. Despacio, escudriñando—el sombrero debajo del brazo y el junquillo entre los dedos—, llegó hasta el fondo del salón. Entre holas y adioses llegaban a sus oídos frases sueltas de las conversaciones alrededor de cada mesa: noticias del deporte expuestas en *argot* taurino; juicios de política enunciados en términos de fútbol; discusiones de toros y

toreros entonadas al diapason c'imatérico de los Ecos de sociedad; chismografía de teatros tratada como temas de Medicina legal; maledicencia descarnada, atención intermitente, y un motivo general, un contrapunto de chistes, juegos de palabras, descoyunturas del concepto y chistes, siempre chistes que se pisan, que se empujan, que se estorban, que no dejan hablar, ni oír ni conversar. Y miradas de frente, de través, reflejadas en los espejos; miradas de lince, miradas de topo; miradas recibidas, provocadas, distraídas, diseminadas, escondidas, disimuladas con la copa, con el periódico, con el sombrero, con el lápiz de los labios, con el cigarrillo, con el cambio de postura. Miradas lánguidas por los mismos ojos, a las mismas horas, sobre las mismas gentes, en los mismos lugares. Miradas que piden, que saludan, que reciben, que reprochan, que suplican, que obligan, que esperan, que desdeñan, que ruborizan, que ofenden, que vibran, que desfallecen, que alejan, que si pudieran besarian con caricia suave de cándidas alas de paloma o traerían la muerte alevosa, fulminante y a mansalva. Que son los ojos—igual si son—sacan que si agonizan—ventanitas del alma, y en ellas se deja ver cuando se asoma toda entera en una chispa de amor, de dudas, de inquietud, de furor, de miedo, de todas y de cualquier pasión que no es más que un relámpago, imagen de lo inconstante, de lo huidizo, de lo inseguro.

Al tornar Pepín a salir a la terraza ya de regreso, topó a Marín.

—Hola, majo.

—Te busco. Hablaremos.

—¿Qué tienes en el labio?

—Un morrón que me ha dado uno. Al salir del cine Velázquez, me fuí a él, nos fajamos y nos dimos fuerte.

—Mucho. ¿Te ha hecho daño?

—A ver. Traigo los dientes en el bolsillo—aseveró Pepín haciendo una mueca para ahuecar el morro y mostrar la encía desnuda.

—¿Con quién ibas tú?

—Con María Teresa y nos acompañaba Cachita Peláez.

Una pausa. Marín, al nombre de Rosario, croa en fermata batrónica análoga de aquella con que pudo hacer de rana el ínclito amigo y licenciado, dilecto del tirano Banderas. Y añadió:

—¿Y por qué fué la bronca, *salao*?

—Porque intentó pellizcar a Cachita.

—También es buen humor que vayas tú a pegarle porque pellizque en el cine a Cachita Peláez. ¿Crearás que era el debut?

—No vengo a pedirte consejos.

—¿Pues a qué vienes?

—Pepín Cárdenas sacó del bolsillo la tarjeta de su adversario, y la mostró a Marín, diciendo:

—Está en el Casino, buscando padrinos; es menester que vayas a verlo en seguida. ¿Quién te acompañaría?

—Cualquiera que no sea un profesional ni un autorizado. Déjame que yo lo arregle. Yo soy un rústico, pero me las compongo mejor que vosotros.

—¿Quiénes son vosotros?

—Hombre, vosotros... Tú y otros, que tenéis tanto talento y tanta cultura y tan buena fe y tanto de todo, menos sentido común.

—Ya te he dicho que no vengo a pedirte consejo; mucho menos a que te metas conmigo. Si quieres, me representas. Que vaya contigo Perico, que estará ahora en los Burgaleses; telefonea ahora mismo. Lo recoges y os vais los dos al Casino. ¿Tú conoces a ése?

—Es de mi promoción. Lo probable es que te dé un cacharrazo.

—Quiero que sea a pistola.

—Tú dejame a mí. Voy al teléfono. ¿Tienes ahí *auto*?

—Buscáis uno.

—Eso es lo primero que hay que hacer.

Pepín Cárdenas, solo ante la mesa, tomó de su cartera una tarjeta blanca igual a la que le había dado a Marín y escribió estas palabras: «Pistola francesa, recámara, veinte pasos, cuatro disparos, cinco más a quince pasos. Carga por los padrinos. Arma de cada uno, etc.»

Al volver Marín, manoteando y a largos pasos, se alzó Cárdenas.

—Toma —le dijo, dándole lo escrito.

Marín leyó apoyándose en la nariz un lente monocular.

—Bueno, bueno. Tú dejame a mí. Vosotros no tenéis idea.

—¿Vas?

—Sí, voy a recoger a Perico y a irnos al Casino. Ya le he avisado a tu amigo de que vamos a ir a verlo. No pondrá dificultades, se allanará a todo.

—Oye, lee eso. Y que no sea mañana. No me gustaría ir al terreno con el belfo sangrante.

—Del terreno, no es lo serio cómo se va, sino cómo se retorna, *salao*. ¿Nos esperas aquí?

—No. Voy a mi casa... ya sabes dónde. Allí te dirán.

Marín se colgó la garrota del zurdo antebrazo, y abanicándose con el canotier caminó desbordando las rodillas. Al adiós de Pepín, contestó croando una escala y guiñando un ojo.

FUGA

Pepín tomó de nuevo su coche, que a poco rodaba por las calientes calles oscuras. Destocado, dió su frente al aura y suspiró henchido. Recordaba... «Es probable que ése me atice un cacharrazo.»

La fantasía, voltijando, se posó en el recuerdo de María Teresa.

—Si me hirieran gravemente, ¿qué haría, qué pensaría, que sentiría María Teresa?

Desfilaban ante Pepín quimonos, pijamas y chinelas fantásticas para las noches de insomnio de Teresa, cuidando de Pepín a la cabecera de su cama; torrentes de bromuro, cataratas de antiespasmódico para el momento de las curas. Y en la convalecencia, lindos proyectos de viajes a países fantásticos, a ciudades de placer, a balnearios cosmopolitas.

—¿Y mostraría ternura María Teresa cuando me viera entrar, la cabeza en dos partes o la panza hendida, punzada por el arma enemiga? Y es que estoy solo; estoy abandonado. No tengo nada. No tengo a nadie. Qué desagradable lo que me ha dicho Manolo Marín. Y tal vez tenga razón. Descomponerse porque alguno intente lo que Cachita... quizás estaba pensando en aquel momento. ¡Pobre chica! Tal vez no lo apetecía. Seguramente, no. Ahora es mi Dulcinea... ¡tan infantil, tan impresionable!

El coche corría a entrar en la explanada de Colón. Pepín le hizo girar para pasar ante la casa de Teresa, cercana.

Por el balcón abierto se veía una claridad tenue, velada por diversas telas vaporosas. Antes que el coche llegara a la puerta, la luz se apagó y el balcón se dibujó aflorando en la fachada al contraluz de las estrellas.

—A casa—gritó.

Pugnaba Pepín por hundir el llavín en la puerta; la luz movediza del farolillo se acercó con ledos pasos del sereno—ruido de hierros, tal que un carcelero de folletín.

—Don José, don José, un telegrama—gritó el cancerbero a tono regional de tinte galaico.

Pepín, dentro del zaguán, a la luz pringosa del farolillo, leyó el despacho: «Mañana cumples cuarenta años; te abraza y te bendice tu madre.» Cárdenas abrió el entrecejo, suspiró hondo y entrecortado. Comenzó a subir los primeros peldaños.

—Yo no sé—dijo a media voz—si es que estoy solo o que tengo la condición de dejar solos a los demás. Marín tiene razón, es claro... ¡pero lo que dice me es tan desagradable!

ALBORADA

Calle del ensanche madrileño, desmirriadas acacias, polvo; sol, raudales de sol a tono de plata azulada peleando con las fachadas grises de escayola y cemento. Turbios regatos refrescan las aceras y el pie de los arbolitos sedientos. En los zaguanes, oasis de fresca sombra; en casa de Pepín entran y salen mozos de servir y doncellas de labor. Al entrar Marín, la garrota oscilante colgada del brazo y el sombrero en la mano, mosconeó el ascensor con ruido de bordones. En las penumbras del portal y la escalera fulge a trozos el linóleo preso en alfileres de latones labrados.

Marín entorna la puerta del cuchitril de la portera.

—Dios guarde...

—¿Tienen acá la llave del cuarto del señor Cárdenas? ¿Está esperándome?

—¿Del señorito Pepín pregunta? Y tanto que lo espera, señor—reza la voz de mujer—. Una desgracia grande. Nadie podía esperar lo de esta mañana.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Suba y lo verá. Arriba está mi marido. Ya le verá como yo le vi esta mañana cuando subí a su casa. Suba, suba... una gran desgracia. (Marín asalta la cabina y cierra de golpe la jaula del ascensor)—Ya sabe—agrega la voz de mujer desde el fondo del cuchitril—: es ático derecha; no se olvide de cerrar la puerta cuando salga.

En el umbral del ático, el portero, calada la gorra y el mandil sobre el rayado chaleco, dialoga con la criada de enfrente, que maneja el mortero apoyado en el alféizar, diciendo:

—¿Y no será un crimen? Quizás por robar.

—Qué habían de robar, si no tenía nada para sí. Era muy castizo.

—Enfermo no parecía que se estaba.

—Nada se le veía. Siempre estaba contento, siempre igual y apacible.

—A usted, señor Serapio, le quería bien.

—Me gastaba mucha broma para reír; no quería mas que reír y hacernos reír. Cambiá-

bame el nombre cuando me veía «Hola, Servando; adiós, Sempronio; ¿Qué tal, Sinforiano?» Y siempre un nombre nuevo; que él sabía muchos, y yo reía y reía él. ¡El pobrecín! Ahí lo tienes.

—¡Le valga Dios!

—¡Buen día, señor Marín; venga, señor Marín, y verá, señor Marín!—dijo, despidiéndose de la ventana y tomando el plumero bajo el brazo.

Avanzaron Marín y el portero en el cuarto de Pepín. En el banco del recibimiento, el fieltro, el junquillo y los guantes, y dos tarjetas blancas que Marín tomó y guardó; enfrente, la puerta entreabierta del baño dejaba ver la tina llena de agua jabonosa; felpas y ropas húmedas diseminadas por el suelo, frascos cristalinos heridos de través por el sol; celado el espejo de un vaho lechoso como celaje; Marín avanzó más y más rápidamente; cajas a medio abrir colmadas de libros y papeles; sobre los muebles, ropas; al fondo, en la alcoba, en la cama intacta, cubierta de una manta escocesa, almohadones y el cuerpo de Pepín caído de bruces, las rodillas en tierra, abiertos los brazos en cruz y el rostro dando el perfil como si escuchara a través del lecho un llamamiento lejano. Un rayo de sol ahilado en las



rendijas de la ventana hería el vidrio del ojo como los frascos refulgentes del baño.

Marín, decididamente, tomó a Cárdenas por las axilas y en un único esfuerzo lo tendió en la cama.

—Está frío, señor; no lo toque hasta que no llegue el forense.

—Qué forense ni qué garambainas. Pepín está tan vivo como tú y como yo. No era más que un ataque. El señorito Pepe sufre de estos vértigos.

—Pero si está frío, señor.

—De la mala noche, Serapio; de la mala noche y la mala fortuna. No le ha visto usted. Llame, llame al 15.315 y dígame a Noguier que venga ahora mismo de parte de Pepe y mía y que es urgentísimo. Yo empezaré a acostarle.

A fuerza de empujones sacó Marín al portero del cuarto y cerró la puerta. Volvió a la alcoba, y arrojó el cuerpo de Pepín con el tapete de la cama. Abrió las ventanas:

sol de verano; ruidos lejanos, voces y palabras cercanas, del medio diálogo que se sale por los balcones y por las puertas; palabras de presagio y de cábalas con que nos habla el Destino de sus propósitos para el porvenir. Marín tomó una carta dirigida a Pepín, y la abrió. Letra picuda de mujer. Marín ojeó rápidamente: «Te he teleografiado, Pepín, por tu cumpleaños; cumple cuarenta. Es un día triste para mí; en mi vida ya no hay más que recuerdos; los de todos y los tuyos. Tu padre murió a los cuarenta años, y dicen que tu abuelo también. Cuidate mucho.» Y más adelante: «¿Trabajas? ¿Y tus planes? Cuéntame; siempre deseando saber algo, algo agradable de ti y de tu labor. Pronto viene la vejez y te dará pena de no haber sido un hombre de provecho.»

Mosconeó de los bordones del ascensor. Marín fué a la puerta. Llegó Noguier con su cartera embrazada y un gesto de calma expectante.

—Hola, Marín: ¿Qué le pasa a Pepe?

—Ahí lo verás. Parece muerto. Debí de darle anoche un ataque.

—¿Estaba solo?

—Solo.

—Vamos a ver.

Descorrió Noguier las ropas de la cama. Apartó las almohadas y entreabrió la camisa.

—Pobre; no hay nada que hacer. ¿Y María Teresa?

—En su casa estará.

—¿Y la familia?

—Toma—dijo Marín mostrando de la carta los párrafos que antes había leído—. Aquí, en esta carta, se lo anuncian.

Noguier leyó la carta.

—Bien. Yo tengo mucho que hacer—dijo el médico buscando con los ojos su sombrero.

—El portero quiere avisar al forense.

Noguier extrajo papeles de su cartera y comenzó a escribir. Marín, mientras:

—El forense es la autopsia y es también el escándalo. El escándalo no importa más que porque alarga las cosas y hace perder tiempo; el tiempo que necesitamos para hablar y para otras cosas útiles para vivir; pero la autopsia, para qué, en este caso es inútil.

—Sí, es desagradable—rezó Noguier, releyendo lo que llevaba escrito.

—Inútil de todo punto. ¿Se le ocurriría a nadie hacer la disección de un sombrero de copa? Pepín era el hombre más simpático y más bueno del mundo. Era, además, lo que se llama un hombre correcto. Era como el burro del santero de que habla el fabulista. ¿No fué el fabulista el que habló de eso? Cargado de reliquias, todo lo llevaba en la mano y a la vista y como en feria. Dentro no guar-

daba nada; reliquias colgadas por fuera, ideas arcaicas, relejes de otras ideas más antiguas, principios, salvedades, tradición que se nos sale por todos los poros de la piel. Le harían la autopsia y yo creo que no le encontrarían nada más que anaqueles con letreros: «aquí se pone al amor, aquí la amistad, aquí la simpatía; hay que ser cortés, hay que ser generoso, hay que ser valiente, hay que ser... españoles.» Nada, todo eso es nada. Herramientas para perder el tiempo, que es el oficio, el sacerdocio mejor de los que son como Pepín.

—¡Pobre Cárdenas!

—Sí, eso es lo mejor... que es lo más inútil y lo que más estorba. Superficies pulimentadas, brillantes, decorativas, pero inútiles, necesitamos ser ruedas dentadas, hojas de sierra, con colmillos y con gana de hincarlos para herir y que nos hieran. Chico, yo he sido superficie brillante unos años y a poco me muero de hambre. Me resolví un día a afilarme el diente y desde entonces gozo de la osadía de comer seguido.

—A eso le llamaremos—dijo el médico, firmando el oficio—la sociología parda. ¿No te parece? Pepín, pobre Pepín; no era nada pardo.

—Rutilante, querido Augusto, rutilante y además perfecto; un hombre de museo si hubiera museos de personas. ¿Pero qué? Estéril, inútil. Esta tarde lo enterraremos y luego nada. El santero del fabulista buscará otro burro para transportar las reliquias. El sombrerero pondrá otro sombrero de copa en su escaparate—cuando Pepín haya pasado de moda—con más reflejos, con lustre nuevo, con otras sedas.

—Este, realmente, estaba enfermo, era un enfermo.

—Enfermo, sí; pero antes que otra enfermedad tenía esta otra que estamos diciendo: la locura de los principios. Su padre y su abuelo—ya lo has leído, se murieron a los cuarenta años. Pepín los cumplía hoy, y Pepín, hombre correcto, valiente y cortés, acompaña a unas damas, se viene a casa, se baña, se arregla, se viste un camisón que parece un sudario, se acerca a la cama, tuerce la boca, vuelve los ojos, se muerde la lengua—cosa que no había hecho jamás—y se desploma de bruces, muerto, sobre una manta y unos almohadones procedentes del Águila.

—Tenía talento—dijo Noguier, sonriendo—. La llama divina ardió dentro de Pepín.

—Ardió la llama debajo del celmín. La atisbamos algunos. Y muchos esperaban su resplandor.

Pero había que morirse hoy, hoy precisamente, el primer día que tenía una cosa urgente que hacer.

—No hables más, Manuel. Yo tengo que hacer.

—Oye, tú que eres médico, ¿tienes predilección por determinada funeraria?

—Amo por igual a todos mis compañeros y auxiliares—y fué hacia la puerta.

—Salgo contigo.

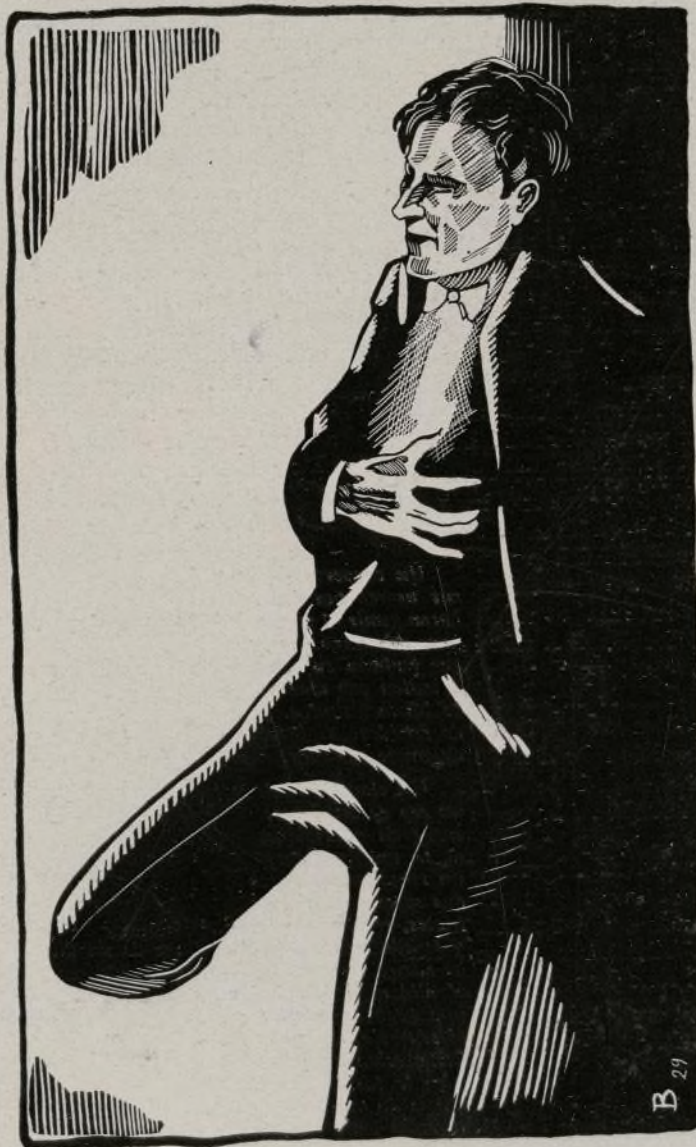
Tomó el oficio, y bajó con el médico. En la portería, el compadre Serapio les salió al encuentro:

—¿Qué, cómo está...?—interrogó con relativa vehemencia.

—Mucho mejor; perfectamente. Está ya bien—dijo Marín—.

Luego, dentro de una hora o así, traerán unos encargos que yo voy a hacer ahora con el doctor. Si yo no he venido que los suban y que me esperen. Yo vuelvo en seguida. ¡Ah! y dígame por teléfono a la señorita María Teresa que no esperen esta tarde a comer a don José, que el señorito Pepín no puede ir hoy.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN





Dibujo de Manchón

ORACIÓN

Un convento sombrío;
sus negros paredones
hacen gemir al viento de impotencia al chocar,
pues son como titanes
que truncan su carrera
y matan sus afanes
de bélica quimera,
de estridencia guerrera...
de raudo caminar.

Un claustro triste y frío,
un eco de oraciones,
vagar de apariciones
en la imaginación;
un retumbar de pasos
que evocan emociones
tristes, crueles, sombrías...
y quizás escuchadas al declinar de un día
en tétrico sermón.
Y allá al final del claustro
una pequeña puerta;
al cruzarla, la huerta
desparrama su luz;
y en la puerta hay un fraile
que le da su cariño,
es dulce porque es viejo,
es bueno porque es niño...
... y es santo porque sufre
cuando mira una cruz.

No supo de otro aroma que el que daban
[sus flores,
no sintió más arrullo que el suave del torrente,
y si tuvo un espejo
que fuera fiel reflejo
de su calma divina,
fue el agua cristalina de la fuente.

Por eso siempre estaba con la frente abatida,
por eso no soñaba con alzar la cabeza,
y cuando tal vez quiso con infantil anhelo
alzar sus dulces ojos
para mirar al cielo
embelesado,
contempló en el camino por su mala ventura
a una bella mujer que en su hermosura
le recordó el pecado;
su voz era un arrullo,
su cuerpo era fragancia,
su boca era un capullo
alegre y tempranero,

y aunque fraile piadoso...
... era también el viejo jardinero
y la miró gozoso.
Mas sofocó su anhelo,
renunciando al hechizo
de contemplar el cielo
por aquello que hizo.

Volvió a abatir su frente,
tornó a bajar sus ojos,
y cuando tal vez quiso levantar su mirada,
pensó desconsolado
topar con el pecado
a mitad de jornada.

¡Triste está el pobre hermano!
una lágrima brilla
en la ropa sencilla
del penitente austero:
¡es el llanto que vierte por su sueño pagano!
¡es el agua que lava su pecado primero!

II

No sólo en la mañana se contempla el rocío
en el jardín sombrío,
tranquilo y monacal,
pues hay sobre sus hojas, sus capullos y flores
algo que se desliza y llora en sus colores,
unas gotas lo mismo que aquellas del sayal.

Y es que el viejo ha sentido murmurar el
[torrente,
y el cándido murmullo de aquella serpentina
le pareció un arrullo de boca femenina...
... y en él vertió rocío al declinar su frente.

Y lloró contristado;
y marchó presuroso a buscar un aroma
que no fuera pecado;
mas el tierno capullo le contó de sonrisas
y ¡ay! le trajo a la mente otra vez los arrullos.
¡Pobre santo que riegas
con acerbo dolor
este jardín tranquilo y reposado
que es tu campo encantado
de pecado y de amor!

¿Por qué ya para siempre mirarás con
[tristeza?
¿Por qué en tu dulce frente se adivina el desvelo?
¡Es porque pecó un día al querer ver el cielo
y sin querer pecó al bajar la cabeza!

Y sus ojos se secan,
y su rostro enflaquece;
aquel viejo parece
la imagen del dolor,
que al buscar la inocencia, ansioso y fatigado,
topó hasta en una flor
con el pecado.

III

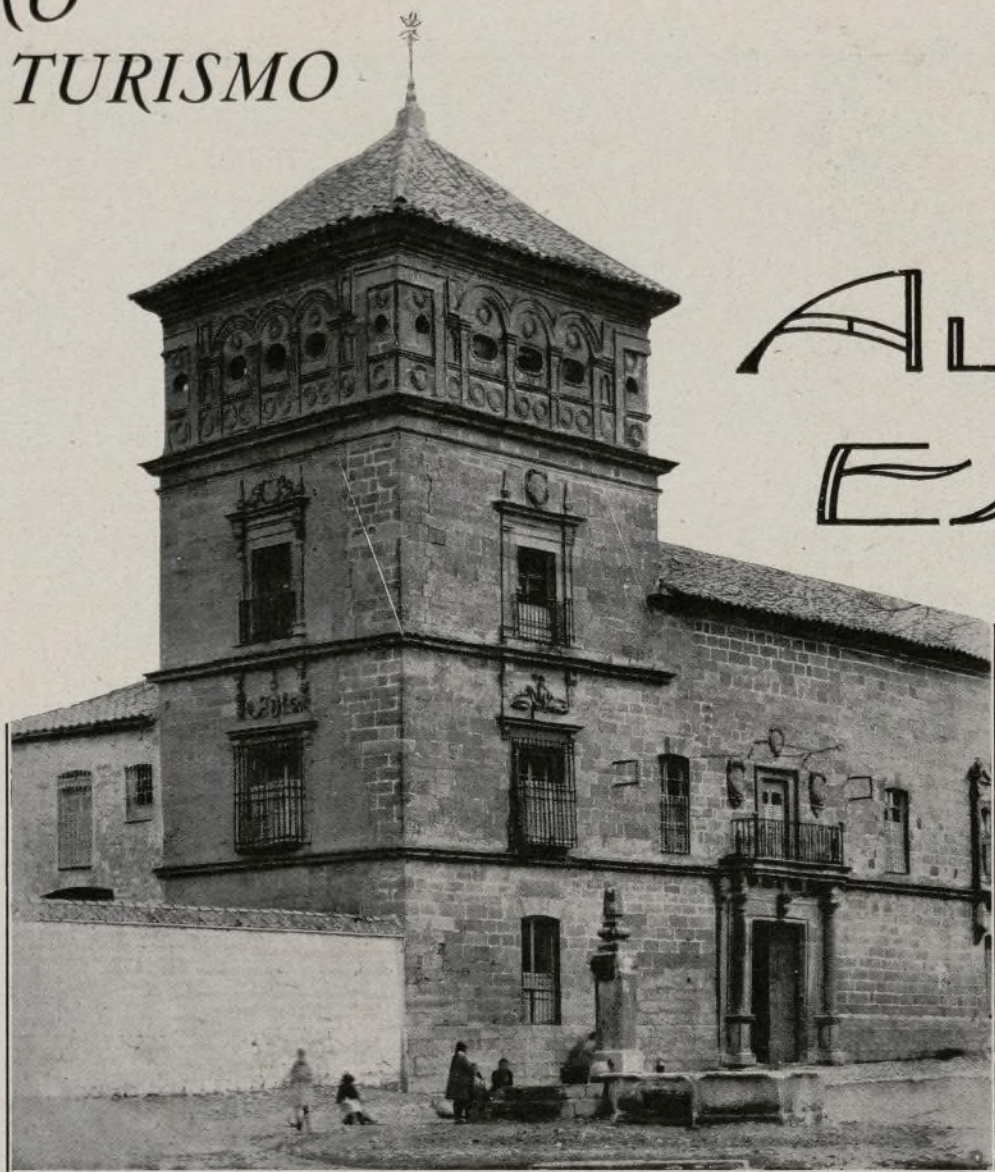
Al reflejar la luna
su luz en aquel huerto,
sobre el hermano yerto
se destaca una cruz.
¿Es acaso que duerme?
¿Quizás será que ha muerto?...
Dejadlo que descansa allá en su huerto
y al lado de su cruz.

MANUEL CHACÓN SECOS



PRO
TURISMO

Hacia Sevilla...



El palacio del marqués de Mancera, en Úbeda, es hoy asilo de las Siervas de María

ALGUNAS
ESTAMPAS
DEL
RENACIMIENTO
ANDALUZ

TORREPEROGIL
SABIOTE • ÚBEDA

VAMOS a emprender la segunda etapa de nuestro itinerario, y hemos de abandonar las tierras de la Tugia romana que, cerca de Peal de Becerro, abre la sugestión de su Cámara Sepulcral a los aires del arte hispánico de los siglos V a II antes de Jesucristo.

El turista cruzará por el Puente de la Cerrada el Guadalquivir y ascenderá por la carretera de Torreperogil a Huéscar, serpenteante sobre las estribaciones de la Loma de Úbeda, contorneada de olivares, rastrojos y viñedos.

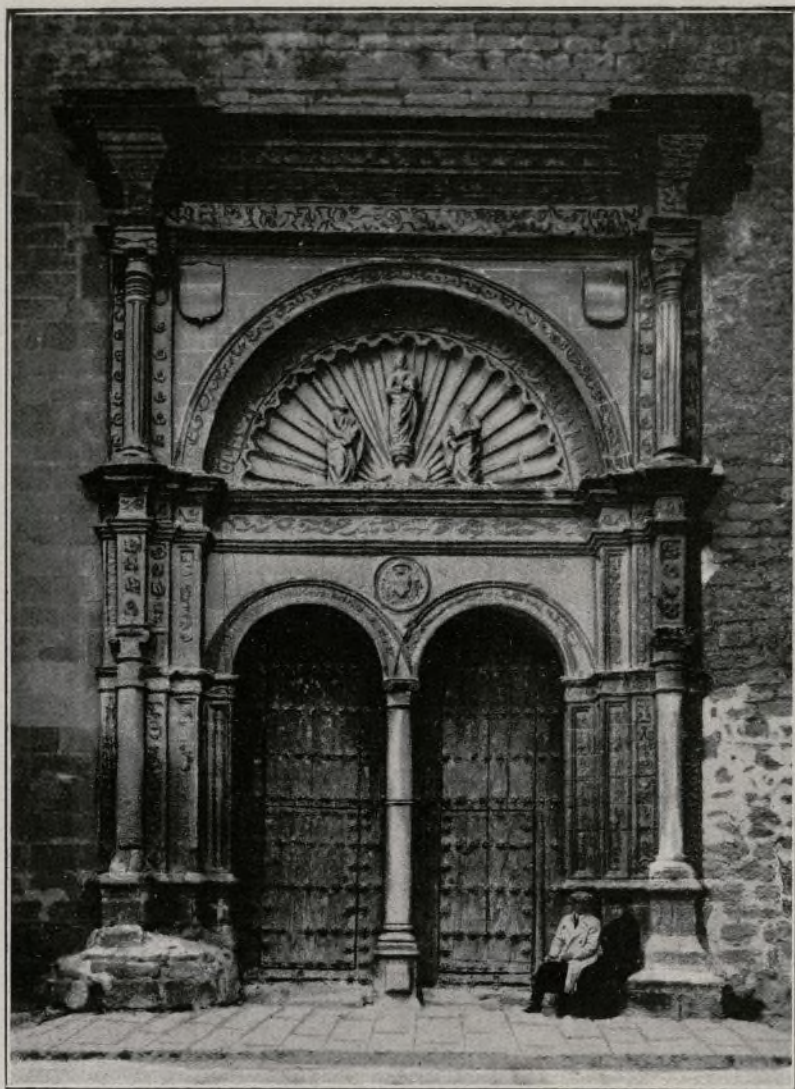
Como un barco anclado en la cumbre de la Loma, cuyos declives se tapizan de diversos colores cálidos, la villa de Torreperogil se ofrece tal que una estampa sosegada, sin otras inquietudes que las del cultivo de los campos ubérrimos de que se rodea.

Sol y polvo, ambiente rectilíneo. Monotonía de la vida diaria, como en todos los pueblos; sembrar los panes de hoy que mañana se recogerán.

Hay en este pueblo laborioso una iglesia sugeridora, unos viejos torreones y algunas otras piedras antiguas, levantadas sobre las tierras solares que conocieron las hazañas del bravo Pero Gil.

La iglesia ofrece la nota de mayor interés artístico. De una sola y amplia nave, cubierta por atrevida bóveda de crucería. Sus portadas muestran las mejores sonrisas de este Renacimiento andaluz, que tan gallardas manifestaciones ha de ofrecernos en Úbeda.

Aparte de la iglesia, ya no hay otra cosa de interés máximo. Al-



Portada sur de la iglesia de Santa María, de Torreperogil

gunas calles de típico aspecto antañón y señorial. La plaza de la Constitución, la calle Nueva y aquella Lonja de la Misericordia con sus cipreses hieráticos, erguidos como lanzas litúrgicas sobre el amplio paisaje que se desparrama, tapiz de bordaduras gigantescas, a los pies de la milagrosa Virgencita, patrona de este pueblo de labriegos y señores.

Atravesando nuevos campos enguarnaldados de olivos, viñedos y rastros, el turista puede saborear la emoción de una nueva estampa en la villa de Sabiote, oculta en el regazo de las tierras feraces que se asoman, por un lado a las amplitudes olivíferas del Condado, y por el otro a la fresca garganta de la fuente de la Corregidora.

Sabiote tiene más ambiente de pueblo señorial, habitado también por hidalgos y labriegos. Parece un barrio artístico de la Úbeda renacentista. El maestro de cantería Andrés de Vandelvira trabajó aquí al servicio de los Cobos, marqueses de Camarasa.

La iglesia y el castillo y algunos palacios son estrofas líricas en las que, con la melancolía de todas las ruinas nobles, canta el ruiseñor de Italia sus más atrevidas endechas.

El castillo, sobre todo, es un montón de ruinas desoladoras. La elegía de Rodrigo Caro alienta como un soplo fúnebre

bajo las deshechas naves, los paredones carcomidos y los patios ya sin arcadas ni columnas, sobre los que aun se yerguen, desafiadores de tanto abandono, los heráldicos timbres de los fundadores egregios...

Pero Sabiote sabrá guardar las piedras venerables que aun restan de sus antiguas murallas, arcos y puertas y cubos heroicos, que testimonian el valor de un historial no bien conocido todavía y que precisa de oportunas investigaciones por parte de los eruditos de la región...

Y Úbeda otra vez. La regia filigrana de la orfebrería renacentista, que ya hemos admirado en estas páginas, vuelve a ofrecérsenos pletórica de magnificencias nobles.

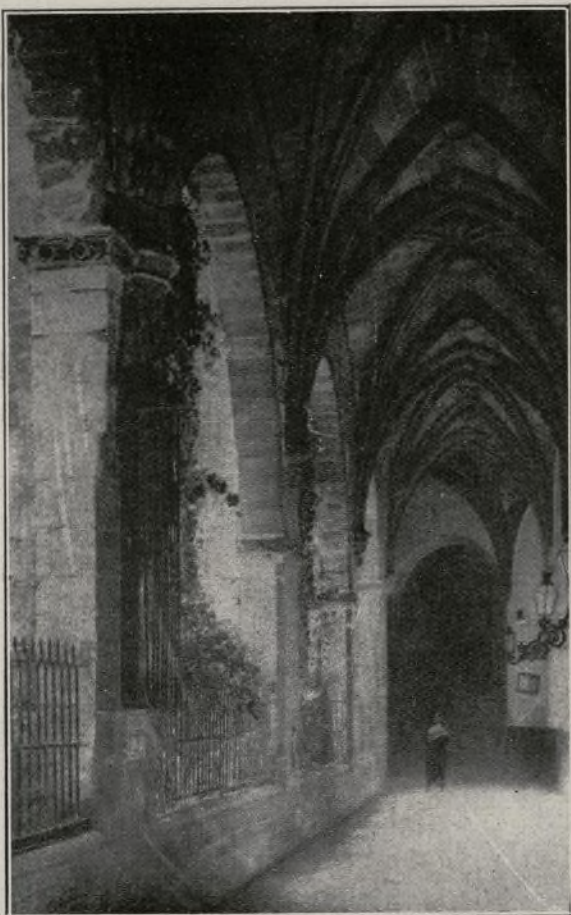
El viajero ilusionado realizaría su deseo de contemplar con toda eficacia los tesoros artísticos que Úbeda encierra si lograra ser acompañado por un guía tan autorizado y experto, de tan fino sentido artístico y de tan profunda elegancia espiritual, como el cronista de la ciudad, D. Manuel Muro. Nadie como este atildado caballero conoce los laberínticos itinerarios de la ciudad vieja.

Romántico enamorado de las piedras doradas, de las maderas trabajadas bellamente, de las ricas estofas, de los hierros



Los cipreses de la ermita de la Misericordia, en Torreperogil (Fotos Raya)

HACIA SEVILLA

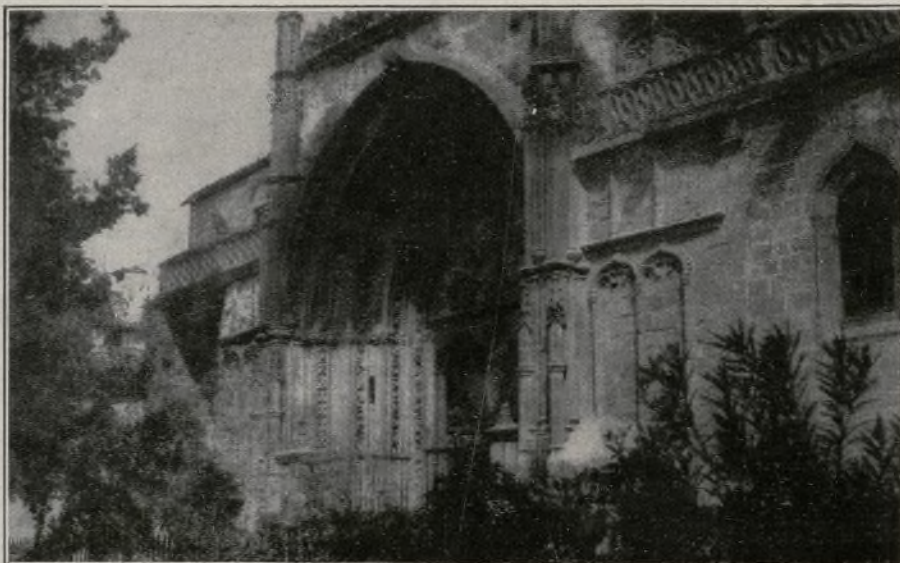


El claustro gótico de la iglesia de Santa María de los Reales Alcázares

forjados por el empuje viril de antaño, de las vibrantes pinturas antiguas... y de los múltiples rincónillos evocadores de las henchidas páginas de ayer, D. Manuel Muro ha pulsado el corazón del tiempo y ha sabido hallar el raro secreto de las cosas antiguas que son bellas. Se hace imprescindible su erudita compañía para enfrentarse con los monumentos ubetenses.

Desde la Torrenueva al barrio del Alcázar, desde Santiago a San Millán, triunfa el acorde majestuoso de tantas obras de arte como la sucesión de los tiempos áureos amontonaron en Úbeda, destacándose prodigiosamente las que se levantaron a impulsos de las fervidas esplendideces del siglo XVI.

Veamos la parroquia de San Pablo, sonrisa y agonía del gótico, aurora del renacimiento, museo de valiosas calidades artísticas, en cuya portada sur los blasones del buen obispo D. Alonso Suárez de la Fuente del Sauce



La portada sur de la iglesia de San Pablo



La puerta de la sacristía en la Sacra Capilla del Salvador



Un relicario de los del tesoro de la Sacra Capilla del Salvador

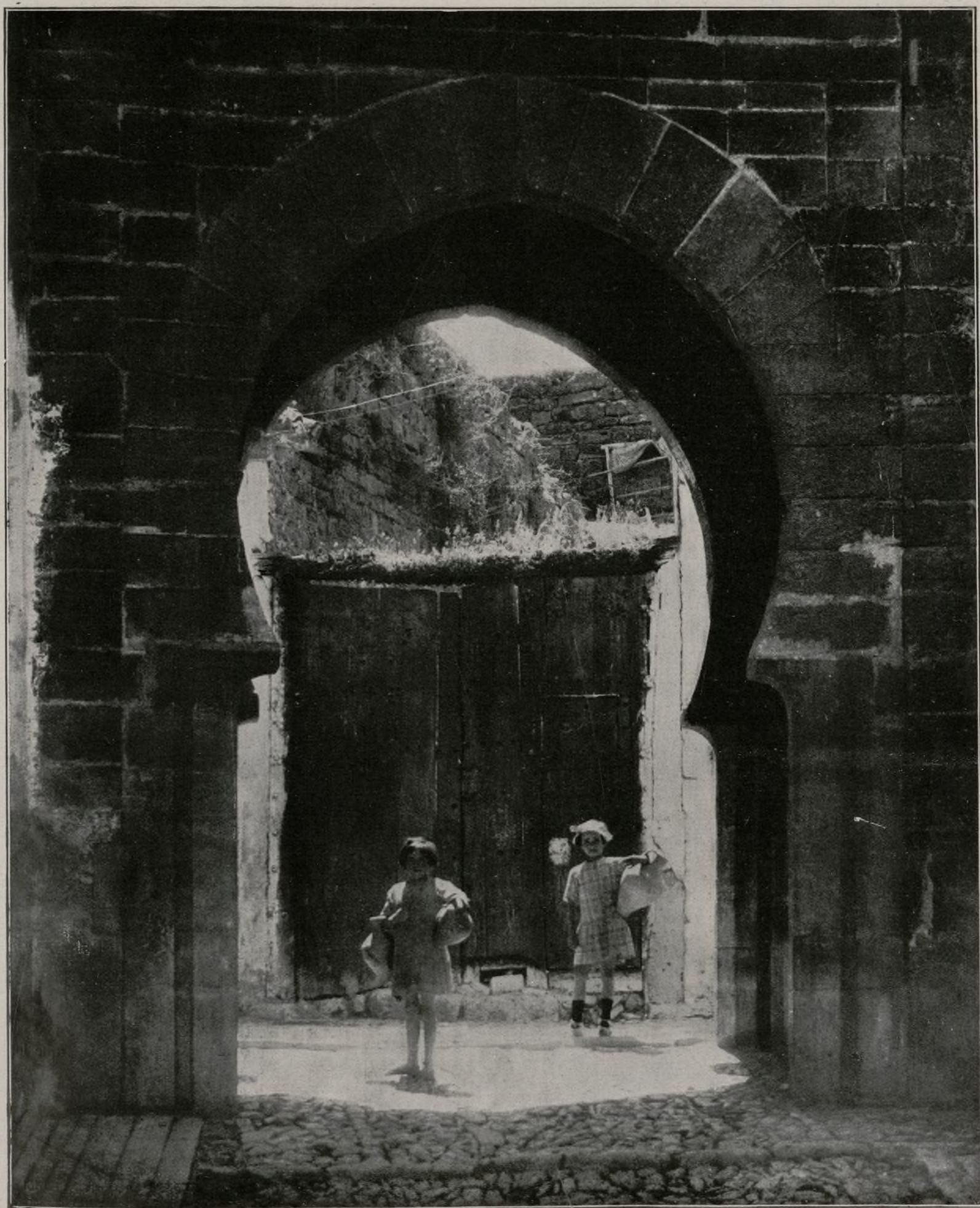
destacan la personalidad de este animoso prelado.

La Sacra Capilla del Salvador, relicario gigantesco, donde la filigrana plateresca cobra toda la pujanza decorativa del arte que Andrés de Vandelvira supo arrancar a los viejos mármoles paganos de Grecia y de Roma.

Guarda la iglesia del Salvador muy bellos tesoros de arte, descollando los debidos a la gubia del gran Berruguete, de cuya mano son las tallas del retablo mayor. También aquí se custodian los cuatro relicarios de vírgenes florentinas que son muestra de los finos gustos renovadores, imperantes en aquel tiempo.

La plaza en que se yergue esta iglesia única se ha denominado plaza del arte. Palacios y templos suntuosos la rodean. El ya mencionado del Salvador y el de la Colegiata de Santa María de los Reales Alcázares, an-

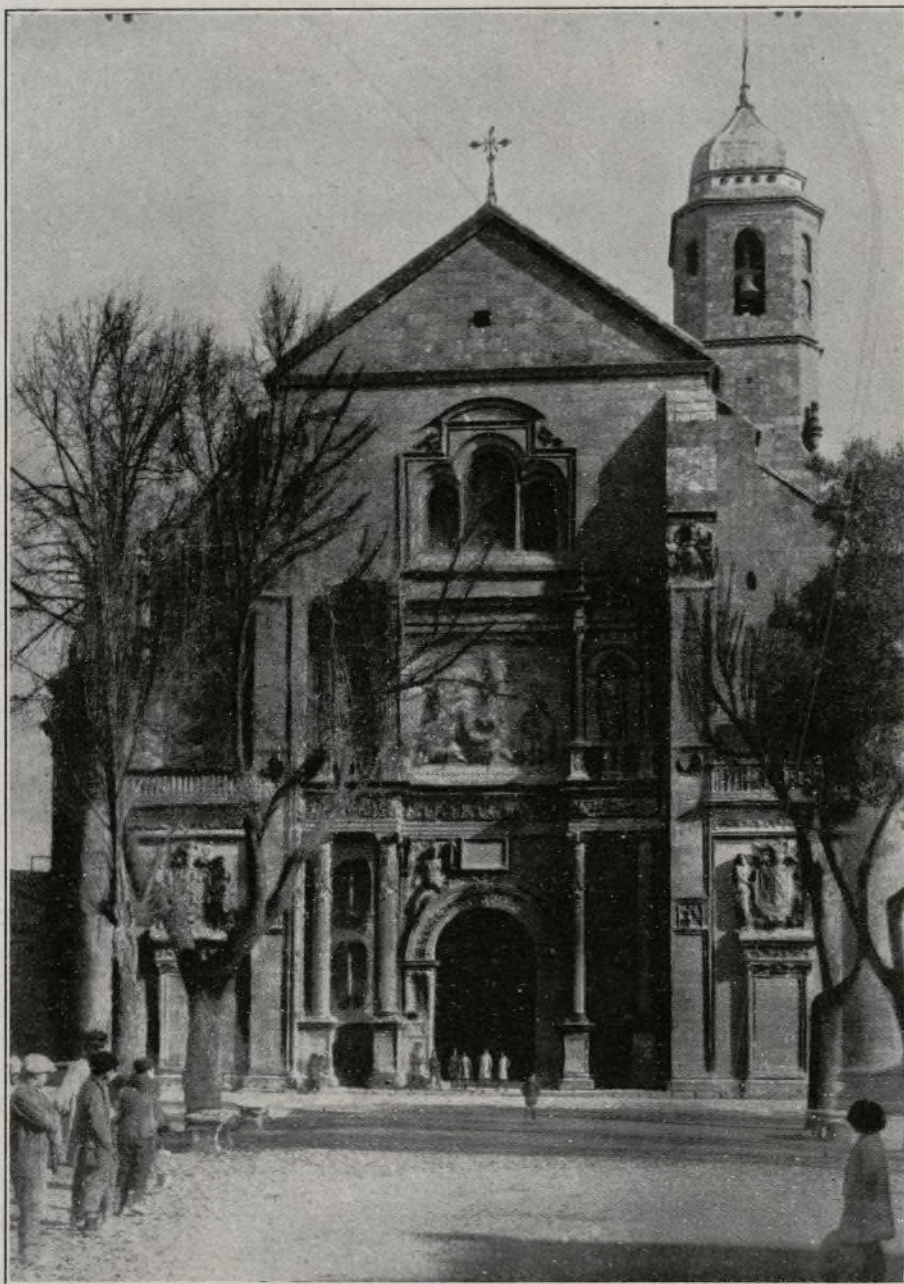
HACIA SEVILLA



Resto de las viejas fortificaciones árabes que circulan la ciudad, esta Puerta del Losal, o del Rosal, es un testigo elocuente del poderío sarraceno en Úbeda, vencido al fin por el empuje victorioso de la espada de San Fernando

tigua mezquita que conoció la prestancia guerrera del Rey San Fernando; el palacio del deán Ortega, después del marqués del Donadío, adquirido con laudable acierto por el Municipio ubetense para ser entregado al Patronato Nacional del Turismo, que ha de instalar en él una de las proyectadas hosterías. Otro palacio, el mandado erigir por el secretario de Estado de Felipe II, D. Juan Vázquez de Molina, convento luego de las Cadenas y hoy al-

Fachada principal de la Sacra Capilla del Salvador



bergue del Ayuntamiento de la ciudad. El palacio del marqués de Mancera, construido durante el postrer renacimiento; la cárcel del Obispo, el palacio de los Abades y algunos otros edificios que complementan muy armónicamente el recinto de la hermosa plaza, sombreada por altivos álamos.

Digna, pues, la ciudad de una visita detenida y minuciosa, que aquí no podemos relatar con la precisión adecuada, cúmpenos dejar consignado el merecido elogio a que se han hecho acreedores los elementos di-



Cuatro preciosos relicarios que se guardan en el retablo mayor de la Sacra Capilla

HACIA SEVILLA

rectivos de la ciudad, a cuya cabeza figura el laborioso alcalde, don Baltasar Lara, por el empeño ferviente demostrado en pro de la corriente turística, con tanta fortuna desarrollada en este rincón de la Loma, fecundo y luminoso venero de bellezas, ante las que todos los espíritus verdaderamente sedientos de la luz irradiada por las piedras antiguas llegarán a rendir su devoción.

El Patronato Nacional del Turismo, incluyendo a Úbeda en sus rutas; la marquesa de San

Juan de Buenavista, laborando por la eficaz propaganda del arte ubetense, y el cariño de la ciudad entera por sus piedras antañonas, obrarán el milagro de que a los ojos de todo el mundo la

Úbeda de hoy vuelva a alcanzar idéntica celebridad y poderío idéntico que los que lograra tan magníficamente durante aquellos días, felices para nuestra historia, en que tremolaban al viento los clamores triunfales — pie-



HACIA SEVILLA



Fachadas de la iglesia y casa rectoral de la histórica colegiata de Santa María de los Reales Alcázares

dras dominadas por ágiles cinceles—de los artísticos mesnaderos acaudillados por el famoso maestro Andrés de Vandelvira; ellos fueron los productores de tantas y tantas bellezas,

cuyas estampas más notables ofrecemos en las fotografías que adornan estas páginas, y que convierten a Úbeda en importante centro de turismo.

HERMÓCRATES DE TUGIA



Fotos
Baras Padilla y Ventura.

La puerta principal del palacio de los marqueses de la Rambla y de San Juan de Buenavista

LOS ÚLTIMOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA

+



Qué españoles quedan ya en América, para defender y conservar, en las tierras descubiertas por nuestros gloriosos conquistadores, los frutos más legítimos de la conquista? ¿Es posible que nuestro pueblo abandone a otras gentes la herencia de un continente? ¿Ha terminado por ventura nuestra misión histórica en América, y con ella deberá cesar en absoluto la influencia de nuestra raza en aquellas naciones, hijas de España? ¿Dejarán de ser hispánicas por haber nosotros renunciado, cobardes, a la empresa secular, razón de ser de nuestra nacionalidad en la Historia? ¿Podrán pasarse del todo sin nosotros? ¿Qué piden de nosotros y qué podremos darles si no es la vida, el material humano? ¿Qué vale lo demás que otros pueblos puedan darles?

El genio de la estirpe vigila; desde las costas atlánticas otea infatigable la extensión infinita del misterio rasgado por las carabelas españolas. El verano anterior hemos visto en Vigo, puerta principal de nuestra expansión hacia América, la corriente humana que va y viene todos los años. El ancho mar de Vigo, cantado ya por los trovadores de los Cancioneros, se abre como un gran camino de pavimento azul hacia Occidente, señalando las rutas de la gloria. En el paseo marítimo, sentados o apiñados a lo largo del pretil, está la turba de emigrantes con los ojos fijos en el lejano horizonte, abismados en la atracción fascinadora del Océano. Su espíritu sueña en el más allá; en la misteriosa lejanía alumbrada por el globo de fuego rojizo que se derrumba lentamente tras la cresta granítica de los islas Cíes. Sus miradas acompañan a los trasatlánticos que salen del puerto y navegan a las tierras americanas, envueltos en la inmensa cabellera que el astro rey tiende sobre la ría, quebrando en sus olas centelleantes fragmentos de sol. Su pensamiento está dominado por los argonautas que los precedieron al país del oro y de la felicidad; si vuelven la cabeza a tierra, su mirada tropieza con la mole blanca del teatro Barbón, el emigrante que volvió millonario. Algunos cronistas, más poetas que sociólogos, los han visto llorar; nosotros sólo hemos podido distinguir en su faz la preocupación y la energía concentrada del que se lanza a una empresa de vida o muerte; la empresa secular de las gentes ibéricas, que ellos continúan con la intrepidez y la tenacidad características de los instintos raciales, que no escarmientan nunca.

¿Debemos lamentarlo? ¿Debemos felicitarlos? Por fortuna o por desgracia, ahora son menos que antes. Si disminuyen mucho, ¿qué será del alma ibérica en aquellos países, que se verán privados de los elementos humanos más asimilables? Al fin y al cabo, estos emigrantes son los que continúan la obra de los que descubrieron, civilizaron y poblaron el Nuevo Mundo. Sea por la despoblación europea producida por la guerra, sea por el aumento de bienestar, sea porque han podido alumbrar nuevas fuentes de riqueza en el propio terruño, el hecho es que la emigración española a las Amé-

ricas ha disminuído hasta un cuarto de lo que era antes de la guerra. En efecto, los 161.000 emigrantes de aquellos años han descendido a 43.000. De éstos, 15.000 salieron de Vigo y casi otros tantos de la Coruña. Pero esta disminución de conquistadores anónimos, ¿será porque la América no los atrae ya con la promesa de sus riquezas? ¿Será más bien producida por el pesimismo, por la depresión del espíritu audaz, intimidado por los riesgos de la aventura? Verdad que casi todos los países europeos han reducido también su emigración; pero no tanto como nosotros. Aparte de que ellos tienen graves razones para hacerlo así y en cambio nosotros tenemos móviles históricos y raciales para hacer lo contrario. Lo que para ellos fuera sangría, para nosotros es transfusión de sangre; expansión nacional hacia nuestros legítimos dominios.

En esta soberbia bahía desemboca el torrente de vidas humanas que van a sostener la vida de la raza en aquellos países. Vigo, cabeza de mil ojos asomados con inquieta curiosidad al océano americano, los recibe gozosa y con sus faros les señala el camino por donde sus padres se lanzaron a la conquista del bienestar y de la gloria. Basta verlos para comprender que no van tan afligidos como hacen suponer los inevitables desgarrs y separaciones, sino estoicos y decididos a crearse un mejor porvenir, a fecundar con su sudor las ricas tierras españolas de América, a repoblar las regiones pobladas a medias por sus antepasados, a sustituir a los que caen en lucha por el progreso. La riqueza imaginada les sirve de acicate; con ella los atrae el genio de la raza que mueve sus músculos y enciende su imaginación. En realidad se trata de algo más que hacer dinero; ellos lo ignoran, el genio de la raza lo sabe y los empuja a que continúen la misión histórica de las gentes ibéricas. Muchísimos soldados de estos ejércitos han de sucumbir antes del triunfo. ¿Qué guerra memorable se ganó sin buen número de muertos? ¿Cuántos gérmenes llegan a madurez en la naturaleza? Los fuertes, los audaces triunfarán allá; y después de realizar su parte del destino racial, volverán vencedores a construir la escuela, el asilo, la iglesia y el teatro de su pueblo. Vemos que en realidad es la raza que los envía, porque hay entre ellos hombres maduros, niños, ancianos, hombres, mujeres; muy pocos tienen traza de menesterosos o de analfabetos; lo que pasa es que todos son audaces y sienten la inconsciente obsesión de aventuras del hombre atlántico. ¿Adónde van? Tal vez no lo saben en concreto, ni les importa tanto el saberlo como lanzarse a la vida grande, a extender, o por lo menos a consolidar, el imperio de su raza.

Sin embargo, para ellos no son los de América países extraños; su nombre y sus características les son tan familiares como los de las otras regiones de España que no han visto; son gentes de su idioma, de sus costumbres, de su religión y de su cultura. Allí los esperan los parientes, el padre o el novio; los indios, los que van y vuelven, les han dado toda clase de informes; tienen ya de aquellas tierras mejor concepto que de su propia región; después de todo, aquella es la Nueva España más rica, más fecunda en aventu-

ras, más remuneradora del esfuerzo que la vieja, más amada, pero más empobrecida. Muchos de ellos volverán, como las golondrinas, con el cambio de estación, a ver el antiguo nido, dejando allá otro, tal vez para la temporada sucesiva; otros se quedarán allá, satisfechos con el cambio de domicilio, aunque no de familia; también muchos caerán sin haber triunfado. ¡Llor a los héroes desconocidos! ¡Coronas y riquezas para los vencedores afortunados! ¡Pues qué! ¿Todos triunfan acá? Desde la alta acrópolis viguesa, a la sombra de estos agrietados baluartes del Castro, los vemos despedirse de la tierra madre; se agitan los pañuelos a lo lejos como manos blancas; sobre nuestra cabeza, la bandera de la patria, siempre amada, ondea blandamente, como contestando al saludo de los hijos. Las casas de Vigo, trepando por entre el verdor espeso de los montes, parece que se paran y vuelven sus fachadas al mar para decirles adiós con las lindas bocas abiertas de sus puertas y ventanas. La sirena del vapor lanza a los aires su ronca despedida, y el buque resbala majestuosamente sobre la planicie azul, sobre aquel trozo del Océano, aprisionado en el maravilloso marco ondulante de colinas, bosques y viñedos, arenales blancos y maizales verdes. Allá van las legiones obreras de la transmigración nacional. El trasatlántico se aleja con su carga humana y se pierde en la inmensa catarata de luz que cae deshecha, a disolverse en las aguas argéneas del mar; del mar, que afuera brama convulso y terrible, y allí palpi-ta de júbilo rumoroso, abrazado por la mimosa y bellísima tierra gallega.

Seguimos con la vista a los conquistadores anónimos; las dulces cañas de Cuba, los exquisitos cafés del Brasil, los numerosos ganados de la Argentina esperan su esfuerzo fecundo; el comercio, la industria, la cultura, esperan también el auxilio de su laboriosidad e inteligencia. Sobrios, tenaces, soñadores o supersticiosos, llevan en sí su destino, que confían al mar ignoto. Aunque la tierra se va alejando de su vista, y empiezan a sentir la inquietud de la soledad, en su mente se dibuja, como reacción vital, el hotelito que a la vuelta han de construir en la playa, frente al mar confidente de sus ensueños ambiciosos; el automóvil en que han de recorrer las carreteras floridas de Galicia, Asturias, Santander y Vasconia; las joyas con que han de ensortijar los dedos de la mujer amada y los de las hijas señoritas. ¡Sueña, raza descubridora de mundos y creadora de naciones! ¡Sueña al arrullo de estas olas que te revelaron tu histórico destino, y... marcha a realizarlo! España se agranda ante las proas de esos buques de emigrantes, como se ensancha el mundo ante las proas de las carabelas de los conquistadores. Emigrar es

ir a vivir, a sembrar la semilla de vuestra estirpe en las tierras roturadas ya por vuestros abuelos. Lo que hace falta es que el Estado español os proteja y comprenda bien el servicio que a la nación prestáis; que no os abandone, desagradecido e insensato, a vuestras temerarias audacias; que os organice cívicamente, como hace Italia con sus hijos expatriados; tenéis tanto derecho, o quizá más, que los que quedamos aquí a la protección de la metrópoli. Vosotros vais a fundar las «Colonias» modernas, provincias de España asentadas en sus antiguas colonias.

No vais solamente por ansia de medro personal, como el vulgo cree; las estadísticas muestran al observador sinuosidades desconcertantes por lo inmotivadas. Tampoco es la miseria, digan lo que quieran las cornejas de nuestra decadencia; hay causas psicológicas; es el impulso inconsciente y terco de la raza; la voz del destino histórico, que acatáis con sublime estoicismo, yendo serenos y audaces a continuar allende el mar la aventura creadora de vuestra gloriosa estirpe. ¡Que Dios os guíe y ampare en vuestro destierro voluntario y heroico! Esta hermosa ciudad os espera vencedores, con sus brazos abiertos a la radiante luz del sol, sobre esta bahía maravillosa, que es mar, río y lago a la vez. Yo confío que os veré volver gozosos, como el ave emigratoria, a colgar vuestro nido cara a la América remota; vuestro soñado hotelito en estas ensenadas risueñas, donde las bravas olas del Océano, amansadas por la hermosura de esta tierra paradisíaca, se tienden apacibles y limpias sobre las arenas rubias tachonadas de nacarinas conchas y sobre los inmóviles peñascos tapizados de sedosas algas, con frecuencia a la sombra de los árboles y de los parrales. Estas ondas bulliciosas que ahora os despiden con rumores de promesa, os recibirán a la vuelta con murmullos triunfantes de victoria, e irán a reflejar en algún recoveco de la ría con su transparencia hialina, como habréis visto mil veces, las naranjas y las manzanas de vuestra huerta, las magnolias y hortensias de vuestro jardín y la silueta elegante de vuestro chalet; y entre las macetas de sus ventanas, como en marco de flores, el rostro agraciado de vuestras esposas y de vuestras hijas. A alguno de vosotros le espera Asorey, el escultor gallego, para modelar, con el arte que él sabe, el noble busto que perpetúe el gesto triunfante del último conquistador.

Y así de siglo en siglo, de padres a hijos, mientras España sea España, mientras las olas del océano llamen a sus costas con los ecos remotos y las palpitaciones fragorosas de las regiones ultramarinas, porque así lo quiso Dios.

MANUEL GRAÑA

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«EL DIABLO BLANCO», novela original de Luis de Oteyza.—El espíritu inquieto, el alma viajera de Luis de Oteyza, llevándole a los más remotos confines de la tierra, han producido múltiples y amenos volúmenes que consagran a nuestro colaborador como sagaz observador y hábil fabulista. Y ambas condiciones del culto camarada se ponen de manifiesto como en trabajo alguno en *El diablo amarillo*, donde lo novelesco y la realidad, lo vivido y lo imaginado, se aunan en feliz consorcio para producir un libro lleno de interés, escrito en estilo amable, claro, sencillo, periodístico.

No es el protagonista de la novela de Oteyza un héroe de folletín, ese arquetipo de las narraciones de aventuras. Es un hombre, y un hombre español; las circunstancias mandan en su vida y a ellas obedece ciegamente, de un modo tan natural y humano, que ello constituye por sí sólo uno de los mayores méritos de *El diablo blanco*.

Las costumbres y usos chinos; las algaradas revolucionarias; las múltiples incidencias y sugerencias que el tema presenta, se aprovechan y desarrollan de modo perfecto en la obra de Oteyza, que se lee sin cansancio de una sola vez.

«POESÍAS», originales de Pedro Larrañaga.—Bien armado de todas armas se presenta Larrañaga en la República de las Letras. No por nuevo desprecia la rima clásica y a ella se acoge preferentemente, con la mejor fortuna. En *Poesías* abundan las composiciones que están cerca de la perfección anhelada y que hacen augurar a su autor los más brillantes triunfos.

«LA MISIÓN INTERNACIONAL DE LA RAZA HISPÁNICA», ensayo original de José Pla.—Es la hora de ahora la del his-

panoamericanismo. Apagadas las hogueras de odio y rencor que pudieron dejar en las tierras conquistadas los años de dominación, diríase que América se esfuerza por demostrar a España su adhesión, su simpatía, su cariño. José Pla—con altura de miras dignas de todo encomio—estudia la cuestión tan debatida desde el punto de vista del más puro hispanismo, trazando no sólo el panorama actual, sino estudiando las contingencias favorables que, para el futuro, puede tener la raza hispánica si cumple su misión histórica.

«FLORILEGIO DE PENSAMIENTOS Y AFORISMOS, SELECCIONADOS ENTRE LOS MEJORES DE LA LITERATURA UNIVERSAL», por Antonio Ibarra.—Un libro útil y curioso. Sobre todo, para cuantos gustan de alardear de fácil cultura en conversaciones y escritos, trayendo a colación frases de grandes hombres y pensadores ilustres.

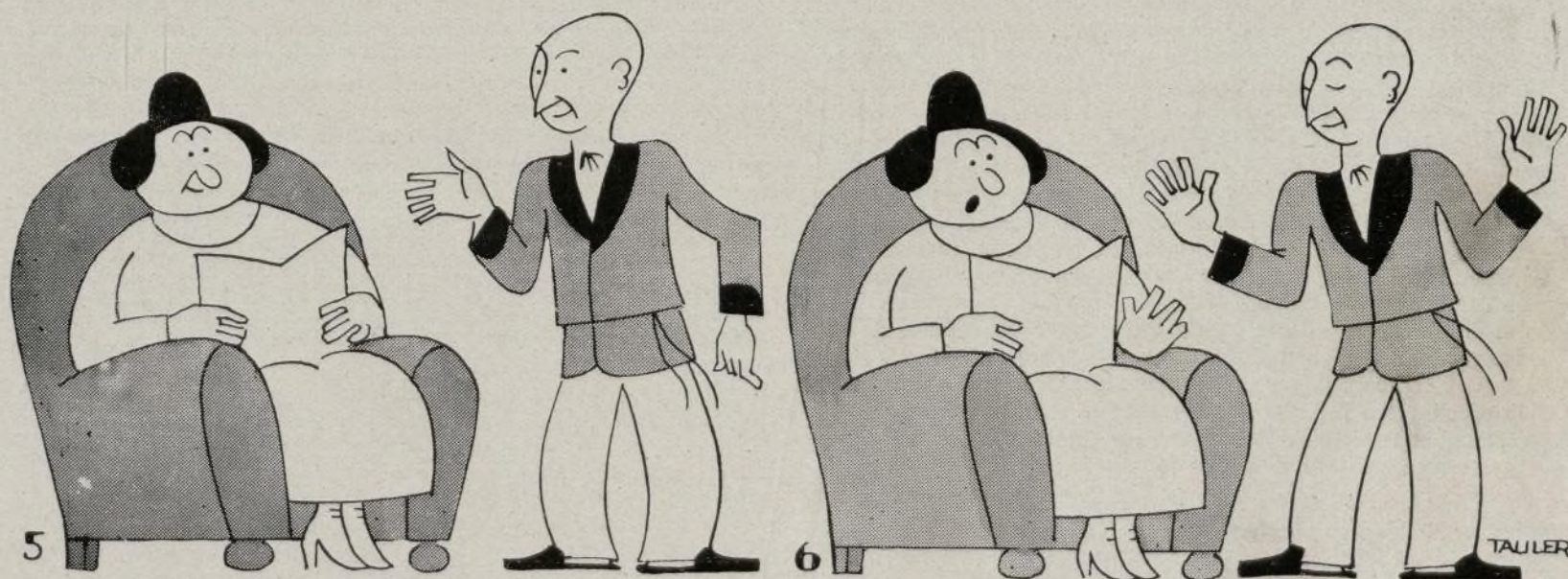
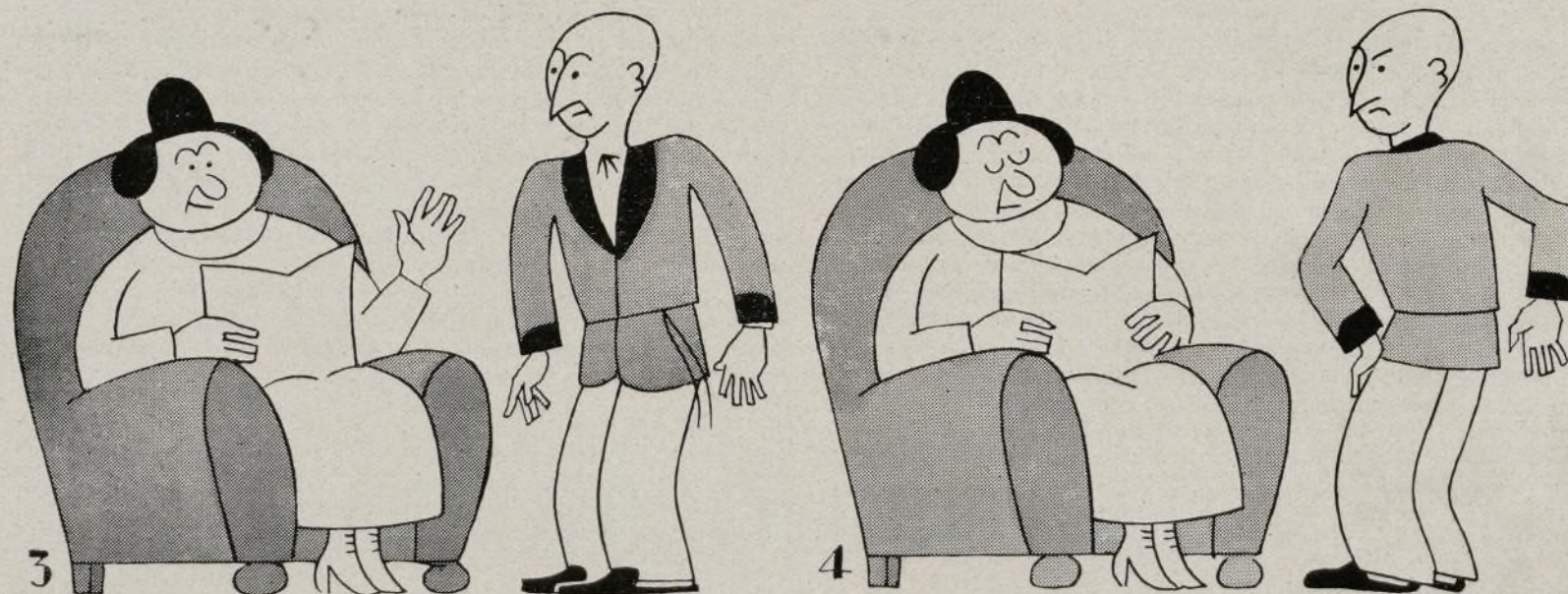
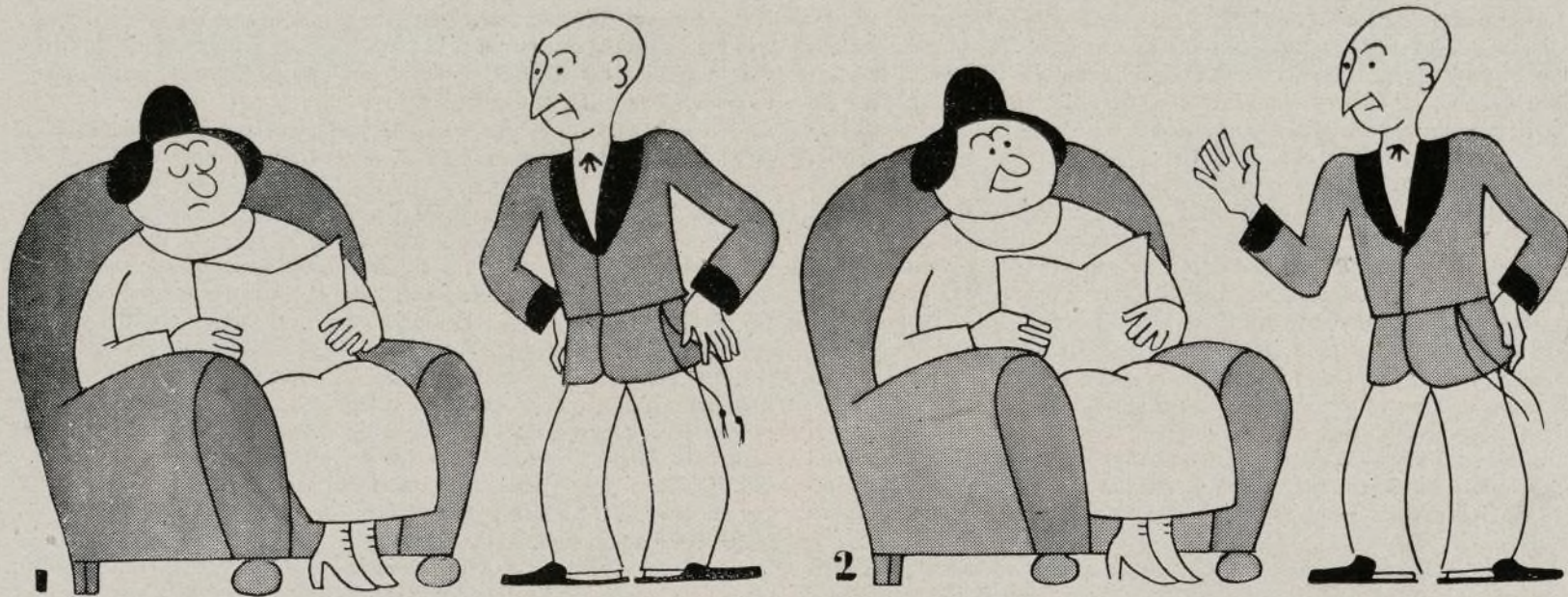
El Sr. Ibarra ha recogido, catalogado y puesto a la venta buena suma de ellos. En esta especie de «Almacén de Cultura Hecha», todas las secciones están bien surtidas y no hay temor de no encontrar la cita eminente que apoye un asunto, bien sea sobre el amor o la muerte, la guerra o el dinero.

Labor de enorme dificultad y gran mérito la realizada por Antonio Ibarra; tanto más, habida cuenta del desinterés con que ha procedido al reunir los más encontrados materiales para que con ellos se adornen obras ajenas.

(En esta sección daremos cuenta de todas las obras de que se nos remitan dos ejemplares).

UN MARIDO AMABLE...

HISTORIETA CÓMICA
POR TAULER



1.—¿Qué tal, mujercita, estás bien?
2.—Sí, muy bien, muchas gracias.
3.—¿No tienes frío? —No.

4.—¿Estás cómoda en esa butaca?
5.—Sí, muy a gusto.
6.—Entonces levántate, que me voy a sentar yo.

ANTE
LA
PANTALLA



COMO
RIEN
LAS
"ESTRELLAS"



ACE unos años, antes de que el nuevo arte cinematográfico revolucionase el mundo, de las estrellas no sabíamos más que aquella afirmación del cantar popular de

«El mentir de las estrellas
es un curioso mentir,
puesto que nadie ha de ir
a preguntárselo a ellas.»

Pero, desde que la ola de celuloide—mucho más peligrosa que la de frío, la de calor y tantas otras famosas; ¡ya hablaremos de eso!—invadió los rincones todos del planeta, y el vocablo *star* se universalizó en las esferas teatrales, y nacieron el galo *etoile* y el españolísimo *estrella* aplicado a los artistas famosos, de las *estrellas* sabemos cómo son, viven, comen, duermen, trabajan, descansan, aman... ¡Cuanto pudiera interesarnos conocer y cuanto les interesa a ellas

que conozcamos!... Segunda parte, ésta la más terrible y abrumadora, que las agencias informativas, en esto del reclamo, no dan reposo a las máquinas de escribir.

¿Me dejas, lector, que siga la racha?... Vamos, entonces, con la risa de las mimadas por la popularidad. El clásico «rubí partido por gala en dos» puede, con poco esfuerzo, darnos tema para una divagación breve y, a ser posible, amena. En el peor de los casos, quedan a las deliciosas muecas femeninas el cuidado de distraer tus ojos y tu mente si la prosa te aburre en demasía.

Empezaré, que el proemio fué excesivo. Y, para ganarme tu confianza, de la mano de Clara Bow me adentro por los senderos de la crónica. Recientemente, un gran *magazine* americano preguntó a las primeras figuras de la pantalla cuál era, a su juicio, la condición esencial para una artista de *cine*; y la creadora de *Ello* respondió, sucintamente: «Que sepa reír».

Clara Bow—que en el encabezamiento de estas líneas demuestra que es catedrática de ese arte—tal vez haya dicho eso porque sí, sin gran convencimiento, como el que lanza una *boutade*, para sorprender con una detonante respuesta a los infelices burgueses. Pero, sin darse cuenta, aun en contra—es muy posible—de su propia voluntad—como se hacen, casi siempre, las grandes cosas—, ha dicho lo más cierto y exacto, aquello que



Lupe Vélez



Ruth Taylor

compendia y define mejor las condiciones de la perfecta actriz.

¡Saber reír!... No sabe la deliciosa heroína de *Alas* todo lo que ha dicho, así, burla burlando, sin concederle la menor importancia. Nada tan difícil, tan fundamental como reírse y reírse bien. Ni «la soltura para llevar toda clase de vestidos» que preconiza Pola Negri; ni «tener los ojos expresivos y la boca bonita», como asegura Lupe Vélez; ni «llorar sin ponerse fea», según pretende Bebé Daniels.

La risa es de las pocas cosas serias que restan a la Humanidad, el privilegio que le concedió el Hacedor para instituir la reina

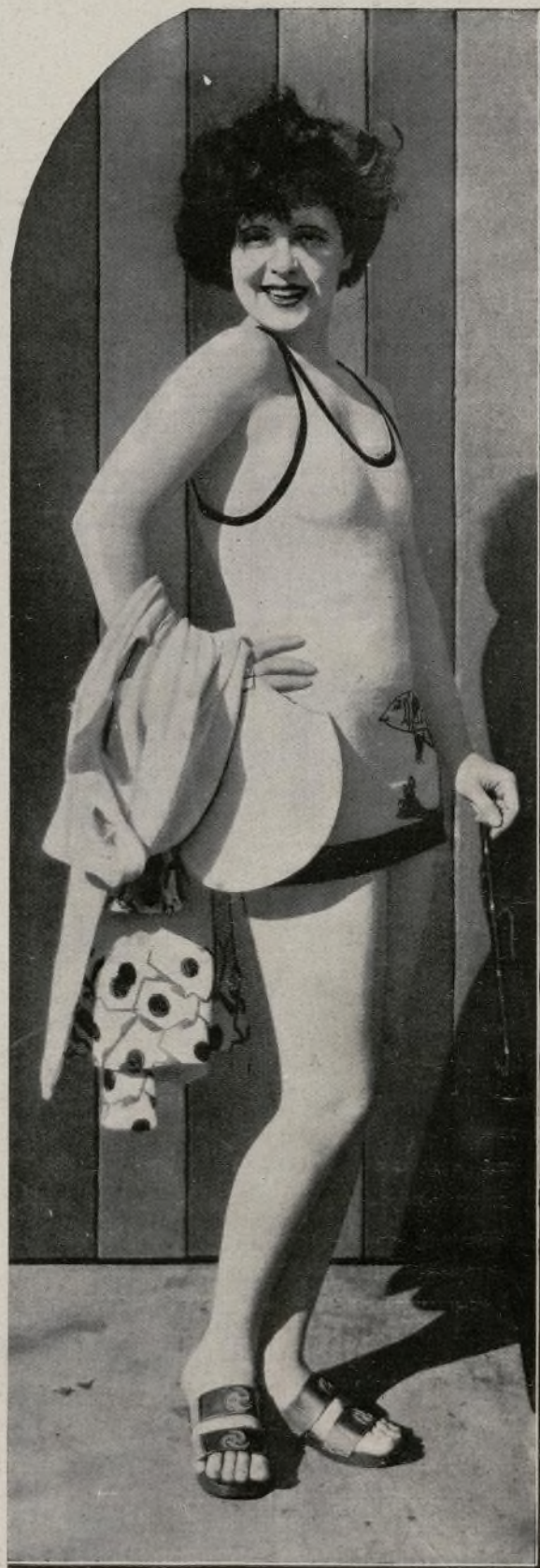
ANTE

LA

DANTALA



Gail Lloyd



Clara Bow

ANTE LA PANTALLA



Frances
Lee



de todo lo creado. Una carcajada a tiempo es el arma más poderosa. Y el que acierte con el momento preciso en que debe reírse de cada cosa y con la forma para hacerlo, será dueño de la más acreditada varita mágica.

- Por regla general, las *estrellas* ríen mal. Claro que no es suya toda la culpa. A más de que escenaristas y directores apenas si les dan ocasiones en que lucir esta cualidad, la risa, en el *cine*, es falsa, fría, ridícula; mucho más que en el teatro, donde—al fin de cuentas—posee su sonido peculiar fresco, claro, cristalino. Sobre la pantalla, desposeída de su cualidad esencial, silenciosa y hosca, apenas si queda reducida a otra cosa que a una ridícula contracción de labios.

Buena prueba de ello son las ilustraciones que acompañan a mis breves reflexiones. Bien mirado, si exceptuamos a la propia señorita Bow, ¿puede afirmarse que

Doris Dawson





Alice White

las otras saben reírse?... Lupe Vélez tiene el rostro empañado de melancolía. Los ojos de Ruth Taylor despiden un fulgorcillo picaresco que restan a la sonrisa toda importancia. A Gail Lloyd parece que la amenazan de muerte si no se ríe. Doris Dawson se asusta de que alguien haya podido advertir el más tenue pliegue en sus labios. En su absurdo acrobatismo, Frances Lee semeja la discípula que observa el rostro del profesor de gimnasia, buscando su aprobación. Collen Moore... ¡bueno, Collen Moore sonríe como una «telonera» cursi!... Y en cuanto a Alice White, ¿se habrá dado bien cuenta de lo ridícula que es su pretendida sonrisa picaresca?...

¡Saber reír!... ¡¡Pues no ha dicho usted nada, señorita Bow!!...

ADAME MARTÍNEZ



ANTE
LA
DANTALA

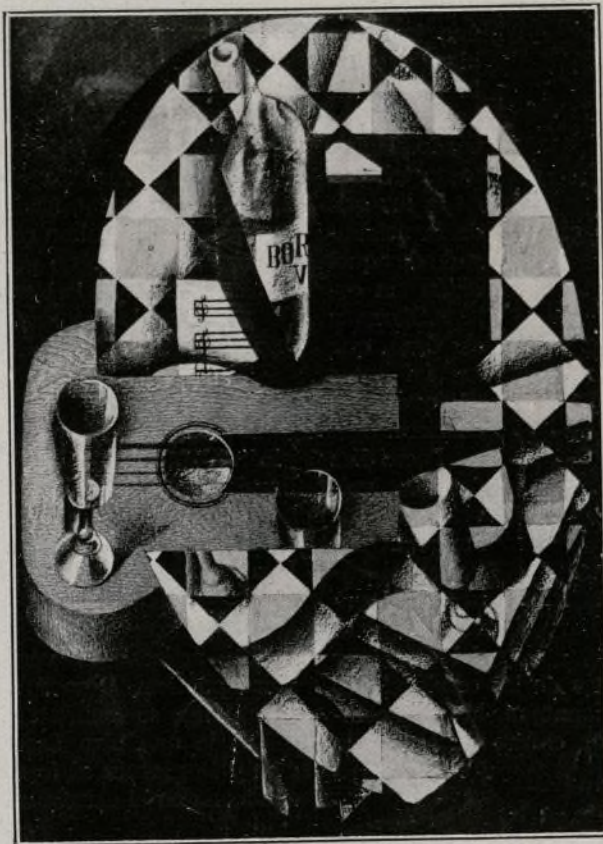


Colleen Moore

CARTONES DE LEONARDO

POR ANTONIO

BOTÍN POLANCO



Juan Gris: *Naturaleza muerta.*



QUEL bastardo de un señorito de pueblo y de una fregaplatos de la hostería del Monte Albano, al nacer robó a la montaña su serena curiosidad.

La mirada de las montañas escudriña el ancho horizonte y a veces siente tentaciones de volar. Busca en la tierra y en el cielo, arriba y abajo, pero la montaña no vuelve nunca la mirada atrás.

En aquel siglo que despertaba de la bárbara noche medieval con desperezos de desenterrador, Leonardo desentierro cadáveres humanos, mide, pesa, calcula, contempla el vuelo de las aves sobre la tierra y sobre el mar. En los cadáveres, en el aire, en el lecho de los ríos, en el movimiento de los cuerpos, en los ángulos y en los números, busca la unidad de la vida que permite saber y volar.

Y mientras los sabios y eruditos, de espaldas a la vida, juntan trozos de estatuas rotas y raspan viejos pergaminos para tener modelos que copiar, Leonardo, como la montaña, mira de frente la Naturaleza—tierra y cielo, arriba y abajo—, sin volver nunca la cabeza atrás.

En el Milán de Ludovico el Moro modela Leonardo el coloso Sforza, pinta la Sagrada Cena, construye canales de irrigación, máquinas de guerra, muñecos automáticos, inventa un artefacto para volar. Mientras él trabajaba en su casa, entre la Fortaleza y Santa María delle Grazie—el Coloso y la Cena—, corría la noche veloz. Cuando el amanecer bañaba con su luz gris la mesa de Leonardo, llena de dibujos, de cálculos, de trayectorias del vuelo de golondrinas y de cisnes, de imágenes plásticas y matemáticas de toda suerte de fenómenos naturales, puntos de apoyo para la inducción de la Ley universal del «Primer Motor», en la noche lenta del tirano y del

pueblo se fraguaban crímenes políticos y se oían medrosas voces ignorantes, acusando al Maestro de alquimista, de hechicero y de brujo de la magia negra.

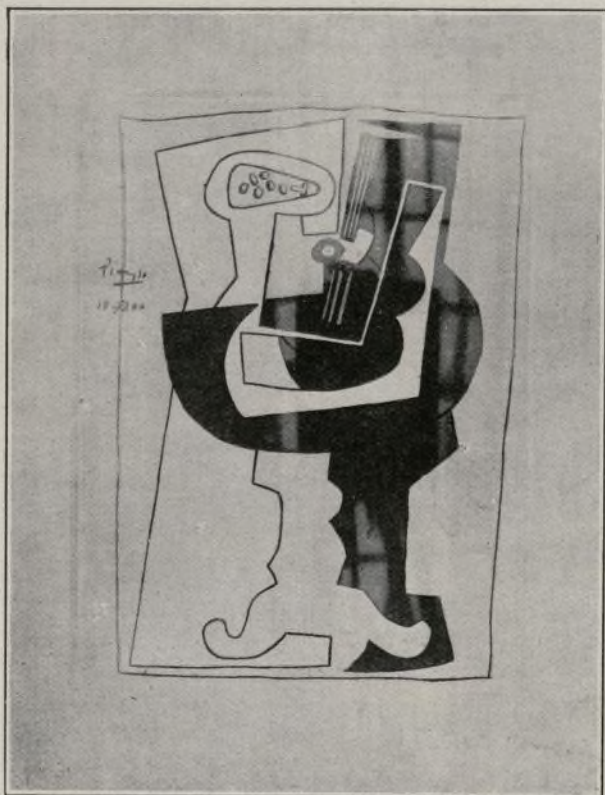
La noche veloz del genio fué turbada por la noche lenta de la ignorancia.

El Moro, después de envenenar en la cartuja de Pavía a su sobrino el legítimo duque Gian Galeazzo, se había proclamado duque de Milán. Para distraer el descontento popular preparaba una solemne ceremonia religiosa durante la que, uno de los clavos que sujetaron a Cristo en la cruz se elevaría sobre el altar mayor, hasta la cúpula de la catedral. Cuando Leonardo estudiaba un sistema de poleas, una piedra quebró el vidrio de su cuarto de trabajo. Y llegaron a sus oídos unas palabras de multitud, cortadas por los bordes del cristal:

¡Brujo! ¡Envenenador! ¡Anticristo!

La muerte de Carlos VIII dió el trono de Francia al duque de Orleans, que, como nieto de Valentina Visconti, hija del primer duque de Milán, se consideraba único heredero legítimo del trono de Lombardía. Ludovico el Moro huyó, y Luis XII pudo entrar sin resistencia y con aclamaciones en Milán. Los mercenarios del mariscal Trivulzio, tomando como blanco el coloso Sforza, lo destruyeron. Meses después, una noche, el jefe de la ciudadela abrió las esclusas de los canales que llenaban los fosos de la fortaleza. Se inundaron los bajos arrabales de la puerta Vercellina y el convento «delle Grazie». Sobre los colores de la Santa Cena se advertían las primeras traiciones de la humedad.

El día veloz del genio fué turbado por los tiranos en su hora fugaz.

Picasso: *Le guéridon bleu*.

estival, el humo de las fábricas, los castilletes de las conducciones eléctricas y un avión que se perdía en el horizonte me hicieron comprender que aún hay crepúsculos que son por entero de Leonardo en el Milán de Musolini.

* * *

Después del Moro fué César Borgia.

Al partir de Milán, Leonardo sintió que sus hermanas, las cumbres de los Alpes, le brindaban la blanca sonrisa de sus nieves, olvidadas de Aníbal, con la esperanza de Napoleón.

* * *

En la cercana vecindad del Moro y de César Borgia, Leonardo miraba hacia delante sin volver nunca la cabeza atrás. Cerca del crimen de la cartuja de Pavía y de la traición de Sinigaglia, el genio escrutaba las leyes de la vida, lleno de serena curiosidad.

Los crímenes de los tiranos eran para él un fenómeno de la Naturaleza, sin importancia trascendental.

* * *

La muerte del papa Borgia, arruinando la audacia de César, volvió a Leonardo a Florencia, la república chismosa de ramplo-nes mercaderes.

La Florencia de Leonardo se llamaba Monna Lisa.

Lo demás era zumbido de coleópteros: las moscas de la Señoría y el tábano de Miguel-Ángel.

* * *

El patizambo gonfaloniero de la república, Piero Soderini, de quien ha dicho Maquiavelo:

La notte che morì Pier Soderini
L'alma n'andó dell'inferno alla bocca:
E Pluto la gridó: anima sciocca,
Che inferno? Va nel limbo de Bambini.

organizó la batalla en la Sala de los Quinientos.

A Leonardo le importaba la batalla de Angiari tan poco como Miguel-Ángel. Miguel-Ángel esgrimía su furia audaz en el cartón de su batalla, para aniquilar la serenidad de Leonardo.

* * *

En aquella lucha desigual entre dos hombres separados por veinticinco años de diferencia, el más viejo era el más óven.

Mientras Leonardo reflexiona, mide y calcula, lleno de juveniles vacilaciones, acerca de aquel gran bloque de mármol que en los fo-

La primera vez que estuve en Milán llegué al amanecer. En la plaza de la Scala se posó una paloma blanca sobre la cabeza de bronce de Leonardo. Había tanta tristeza en la luz gris de la madrugada de aquel Milán sin coloso Sforza y sin Cena, que me fuí antes de que anocheciera.

Pocos días después, volviendo de Como por la polvorienta carretera, el suave claroscuro del atardecer

CARTONES DE LEONARDO

sos de la catedral, después de abortar una vez, espera una mano que le dé vida, Miguel-Ángel, con astucia y obstinación de viejo, le convierte en veinticinco meses en su monumental David.

El David fué la primera piedra que la vejez tiró al techo de cristal transparente de la juventud.

* * *

Esta competencia entre Miguel-Ángel y Leonardo la llama Stendhal «la lucha de la fuerza contra la gracia». Y añade Mérejkowsky: «Es posible que Miguel-Ángel sea fuerte como el viento que trastorna las montañas y rompe las rocas delante del Señor; pero no hay en él la calma en que habita el Señor. Miguel-Ángel lo sabía y odiaba a Leonardo porque era más fuerte que él, como la calma es más fuerte que la tempestad.»

¿No tiembla de impotencia la tormenta? La insolencia de la fuerza, ¿no es un signo de debilidad?

* * *

Leonardo había vivido en la magnífica soledad del genio. Las piedras, furiosas del talento de Miguel-Ángel, cayeron a sus pies limpias de vanidades. Por eso se inclina a recogerlas, y con los bolsillos llenos de piedras, en el claroscuro crepuscular de su estudio de la vía Martelli, empezó a pintar el retrato de la Mona Lisa.

* * *

Un artista sin vanidad no gusta de reñir a pedradas en la plaza pública. Después de examinar con atención las piedras de su enemigo se dedica a pintar.

Es lo que hizo Leonardo, en aquel duelo entre la pintura al óleo y la pintura al fresco, entre la forma dura y la forma tenue y coloreada en el claroscuro crepuscular.

* * *

La historia no ha perdonado nunca la intimidad de los grandes hombres.

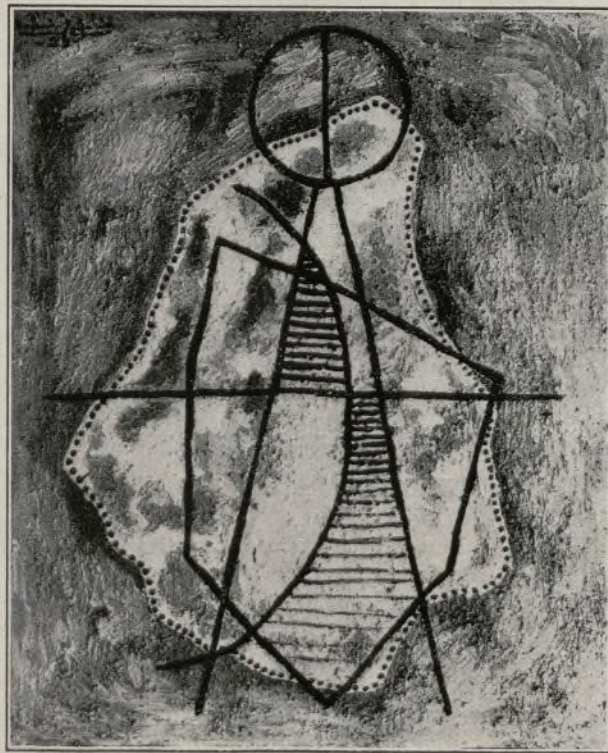
Leonardo sufrió un proceso en su juventud, acusado de practicar alguno de los amores contenidos en los discursos del banquete, en compañía de su maestro el Verrocchio, autor del caballo de Coleoni, precursor del coloso Sforza, San Juan de los caballos de bronce, que, de grupas al antiguo convento de los Jesuitas de Venecia, espera tristemente la vuelta del Mesías de barro que no resucitó. A los cincuenta de su edad, la chismosa beata que era Florencia cuchicheaba sus amores con la mujer de Francesco Giocondo (el más joven de los doce *buonomini*, cinco años más joven que Leonardo), que iba todas las tardes al estudio de la vía Martelli.

* * *

Los hombres pretenciosos aseguran que la mujer representa a lo más una cuarta parte del total humano.

Los hombres sinceros sospechamos que la mujer es, por lo menos, la mitad que nos falta para andar en cuatro patas.

Es lo cierto que los

Benjamin Palencia: *Líneas y planos*.

hombres pretenciosos y los sinceros nos acercamos con más o menos destreza a las mujeres, ansiosos del total.

Leonardo, fuerte, bello, con el gran prestigio de su talento y con su sedosa barba rubia, debió causar la admiración de muchas de aquellas damas del Renacimiento, que adoraban la fuerza, la belleza, el talento y las barbas.

Pero Leonardo era un alma total.

Las damas del Renacimiento le adoraron como a un dios lleno de indiferencia para sus fieles, sobre la peana magnífica de su totalidad.

En el amor que el vulgo llama platónico y en los dulzones sonetos del Petrarca hay más deseo que en el libertinaje más desenfrenado.

En el amor platónico de Miguel-Ángel por Vittoria Colonna hay más furia impotente que en los cinceles del atormentado picapedrero.

Es indudable que la Monna Lisa estaba enamorada de Leonardo. La esposa de Francisco Giocondo fué la única mujer que el amable Genio admitió en su intimidad. La sola hembra que pudo amarle como a un hombre, entre las gentiles damas del Renacimiento que le adoraron como a un dios.

Sus amores, ¿fueron platónicos o completos?

Sus amores no fueron amores.

La vida de aquel alma total estaba llena de comprensiva, dulce y serena curiosidad.

¿Qué buscó Leonardo en Monna Lisa, durante cuatro años, en su estudio de la vía Martelli, en el suave claroscuro crepuscular?

Con los bolsillos llenos de piedras del enemigo, el artista buscaba la esencia de su alma, llena de la sublime gracia de su arte. Quiere saber hasta dónde es su arte, apedreado en la calle. No le inquieta que los otros ignoren lo que él necesita saber. Para este examen de conciencia implacable escogió el único espejo fiel del alma del hombre: el espejo de la mujer.

La Gioconda es el alma de Leonardo, hecha sonrisa.

Leonardo abandonó Florencia para desviar el curso del Arno con el fin de conseguir la incomunicación marítima de Pisa, sitiada. El curso de la vida de Monna Lisa, al desviarse de aquella Florencia que se llamaba en su alma Leonardo, se quebró volviendo de Calabria con su marido, en Lagonero, pequeña ciudad perdida en la maligna fiebre otoñal.

Al saber la noticia, Leonardo se detuvo un instante en la lumbre de la oscura puerta de la vejez. Y lleno de resignada melancolía, con su alma hecha sonrisa sin terminar y sus vencidas ansias por la unidad de las leyes del «Primer Motor» bajo el brazo, se dirigió pensando siempre, siempre alerta, hacia el final de su camino luminoso, donde temblaba la final oscuridad.

Después de ver el triunfo de sus enemigos en Roma, acompañado de sus últimos fieles, el Maestro atravesó la verde tierra de Francia hasta el pequeño castillo de Cloux.

Y allí, en un orto brumoso de la ribera del Loire, que parecía

CARTONES DE LEONARDO

un ocase florentino, frente a su alma hecha sonrisa, la muerte le besó en los labios y le cerró los ojos para que no pudieran ver su inmortalidad.

Aquel duelo entre la pintura y la escultura que la vanidosa omniencia del papa Médicis resolvió a favor de Miguel-Ángel, no ha impedido que hoy siga sonriendo en París la Monna Lisa.

La escultura es un arte resucitado. Para aquel siglo, lleno de resabios paganos y cristianos, nada tan sugestivo como la Venus y los Apolos resucitados.

El siglo XX no cree en las resurrecciones.

La escultura del Renacimiento es un arte desenterrado.

Los escultores italianos explotaron, con mucho talento, es cierto, el fecundo timo del desentierro. Mas, como todos los que imitan, no lograron superar el modelo.

Miguel-Ángel fué el talentado picapedrero atormentado por el paganismo de las formas desenterradas y por las supersticiones vivas. En los músculos de mármol y en la expresión de sus figuras monumentales luchan los sermones de Gerolamo Savonarola, la venalidad de los Borgia y de los Médicis, la Santa Inquisición y el «Mal francés», contra la gracia antigua.

Se puede cambiar con ventaja todo Miguel-Ángel contra un Ganimedes de Praxiteles que se conserva en el antiguo palacio del Podestá.

La pintura era un arte nuevo.

Perdida toda tradición antigua, mientras

desenterraban la escultura, la pintura descubría.

La pintura ha recorrido un luminoso camino de colores, desde la sonrisa de Leonardo hasta la borrachera de Goya.

Cuando ya está formado lo tradicional, surge la necesidad de lo revolucionario.

Ya en 1815 escribía Stendhal: «Hay el movimiento; por lo tanto, estamos fuera de las artes del dibujo.»

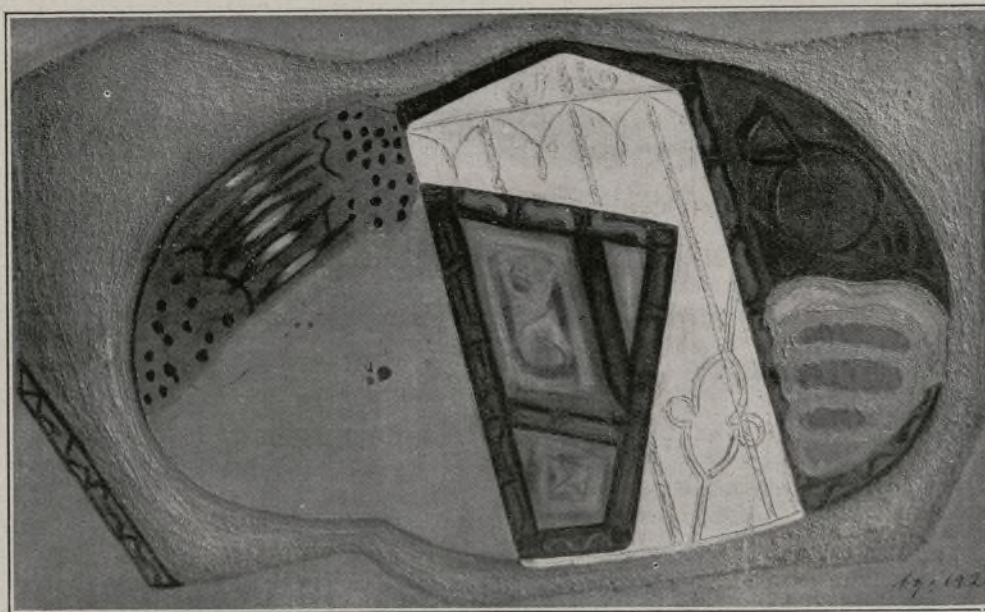
El final del siglo XIX alumbra una multitud de «ismos», istmos de pródigos continentes inexplorados.

Sin volver nunca la cabeza atrás, Picasso, Pruna, La Serna, Bores, Olivares, Ángeles Ortiz, Cossío, Peinado, Viñes, Miró, Dali, Palencia, Ucelay, Gabriela Pastor, pintores actuales, siguen en sus lienzos la multiforme línea del movimiento. Los contornos de las cosas se resquebrajan, se quiebran en mil pedazos. Los trozos de las cosas rotas sugieren cosas nuevas, que se rompen, a su vez, para nacer en nuevas formas.

El Miguel-Ángel burgués pone el grito en el cielo porque le rompen su vajilla cómoda, y tira piedras.

No son Davides las piedras del Miguel-Ángel burgués. La piedra moderna sufre la obsesión de las monótonas formas del pavimento.

Ese señor que se detiene ante la Flora de Tiziano buscándola un parecido con alguno de sus galantes caprichos, y esa señora que sorprende en el divino bambino de una Madona de Rafael una asom-



Alfonso Olivares. Sevilla.

brosa semejanza con su último hijo, es natural que tiren piedras, horrorizados, contra esos lienzos en que todo está roto por la necesidad de pensar, que ha expuesto en el Jardín Botánico la Sociedad de Cursos y Conferencias.

* * *

«Las formas son eternas», es una frase hecha, deshecha. Las formas, pertenecen a la vida antagónica de la eternidad.

Los pintores actuales meten en su cubilete unos elementos que deben conocer a fondo: el dibujo, la perspectiva y los colores, con las cosas que desconocen. Este conglomerado se rompe dentro del cubilete agitado con fuerza. Luego se arroja el contenido sobre la mesa, impaciente de asombrosas sorpresas.

A veces se logra un *poker*. Otras, no se liga. Hay que seguir agitando el cubilete. Sólo a fuerza de tirar se logran los *repoker*.

Experiencia.

* * *

El movimiento actual turba los contornos de las cosas, que llegan a las veces a romperse por sí mismos. El curioso pintor ha visto muchas curvas seculares que se han quebrado en audaces zigzags, y sigue sobre el lienzo la evolución que imprimen en las líneas el movimiento de la vida y la inquietud de las cosas.

Curiosidad.

* * *

La fórmula del verdadero arte de todos los tiempos se compone de: experiencia por curiosidad. Esta fué la fórmula de Leonardo, que ha parido la moderna filosofía, la medicina actual, los grandes trasatlánticos, la aviación, la mecánica, los aprovechamientos hidroeléctricos y el hormigón armado.

Con la sonrisa de la Gioconda nace toda la literatura actual.

* * *

Experiencia por curiosidad, es también la fórmula del Arte Nuevo.

Los artistas que vuelven la cabeza atrás, como la mujer de Lot, son estatuas de sal.

* * *

Es preferible no ser nada, a ser una estatua de sal. Si no siempre se puede ser Leonardo, se puede siempre osar.

El hombre digno de ser llamado actual hace experiencias repetidas y curiosear una determinada serie de fenómenos. Los actuales Leonardos no pueden ocuparse de la totalidad, porque hoy es tan ancha la vida y tan coqueta, que se deja pellizcar por muchos y nadie puede abrazarla, como Leonardo, total.

¡Qué lozana descendencia tuvo la pintura de Leonardo, llena de novedad!

La escultura de Miguel-Ángel, qué engendros degenerados, hijos de la perfección desenterrada y del *mal francés*!

* * *

«Hay el vestido; por tanto, ya no hay escultura» —escribe Stendhal en 1815.

Los vestidos, los corsés, los sostenes, las fajas de goma y los chalecos de fantasía han destrozado las formas *eternas* de la escultura.

El movimiento incesante, el deporte y el baño de sol, crean hoy las móviles formas nuevas.

CARTONES DE LEONARDO

Con virutas de bronce, Gargallo viste la nueva escultura, de ágil novedad.

* * *

Este arte de romper cosas para saber lo que tienen dentro y de mirar el interior de las cosas que se rompen solas, es de una sorprendente fecundidad.

La vida nos ha roto casi todas las cosas bonitas que aprendimos de niños y que no tenían nada dentro, como nuestros juguetes. En cambio, otras cosas, al romperse, nos sorprenden con el descubrimiento de que estaban llenas de nosotros.

Picasso, al romper su primera guitarra, comprendió que todas las guitarras están llenas de Picasso.

* * *

Quien no encuentra nada suyo dentro de las cosas rotas, puede irse a jugar con los sosos muñecos de la Humanidad.

Quien no vea sino despojos en los lienzos, que no juzgue la pintura actual.

Sólo quien tiene algo suyo dentro de las cosas todas y le sugiera algo suyo la imagen de lo que otros hallaron dentro de las cosas rotas, sólo ése puede ver, sentir y hablar.

* * *

Una naranja, al abrirse, tiene cosas distintas para Cossío, para Peinado y para Ángeles Ortiz.

Una camisa de mujer tiene dentro algo de Boreas, aunque no tenga dentro una mujer.

Las líneas y los planos tienen tangencias que son sólo de Benjamín Palencia.

En los rincones de Oñate, Toledo y Sevilla y dentro de un paisaje de otoño hay algo que es sólo de Olivares.

Y en todos los cuadros expuestos en el Pabellón de Carlos III del Botánico hay mucho que es de cada espectador, sin haber sido antes de ninguno de esos pintores actuales.

* * *

Haceos como niños, dijo Cristo. Y añade nuestro siglo: romped vuestros juguetes.

«Rinovarse o morirse», es la única frase corta que ha logrado en su vida Gabriele D'Annunzio.

Hay que trabajar con los bolsillos llenos de las piedras que tiran las estatuas de sal.

La vida está llena de cuadros negros y blancos, como la «naturaleza muerta» de Juan Gris.

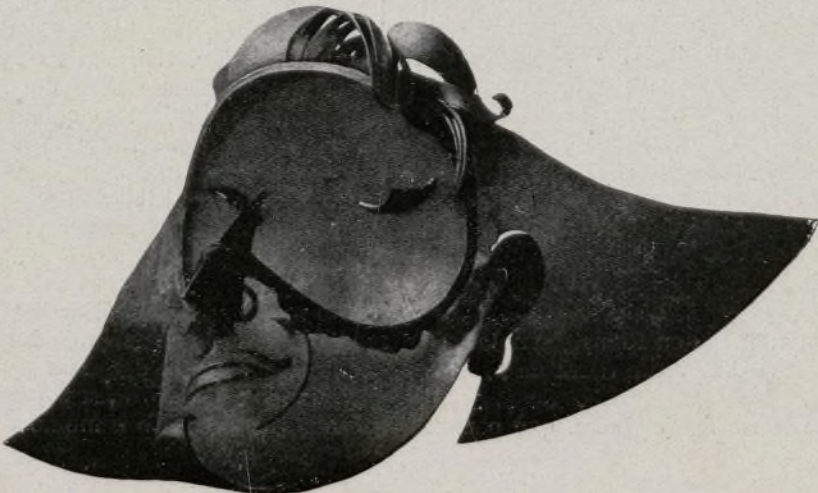
El camino está lleno de la penosa y alegre incertidumbre del caminar.

Hay en España un grupo abierto como la rosa de todos los vientos, y unas damas que son la sonrisa de la Sociedad de Cursos y Conferencias.

Agito con violencia mi cubilete lleno de todas estas cosas, y caen sobre mi mesa unos cartones sin terminar.

Ningún perfume tan grato al recuerdo de aquel bastardo de un señorito de pueblo y de una fregaplato de la hostería del monte Albano, que, al nacer, robó al valle su dulzura y a la montaña su serena curiosidad, y es, rodeado de cartones sin terminar, una de las raras sonrisas que la vida ha conseguido de la hermética boca de la Humanidad.

ANTONIO BOTÍN POLANCO



Fotos Marín.

Gargallo: Cabeza de muchacha (bronce).

ILUSTRACIONES
DE
COBOSTRES
CARTAS

RITORNELO AMOROSO FRENTE AL MAR

No contesté a tu última carta porque pude reaccionar a tiempo. Y preví la celada que me tendías. Los hombres sois demasiado vanidosos para conceder alguna importancia a los verdaderos sentimientos de una mujercita como yo. Fui cobarde ante ti, frente al mar, en aquella tarde luminosa en la que pretendíamos engañarnos mutuamente, y al fin, entre bromas y veras, me dejé convencer. Pero no he de ir. Aunque tu balandro es segurísimo y eres muy experto en someter a tu voluntad el impulso de sus velámenes, no estoy segura de que las velas de mis ambiciones puedas jugarlas tan diestramente como las del balandro.

No nos entenderemos. En el fracaso de nuestra incompreensión yo llevo la peor parte, porque soy más frágil de espíritu que tú.

Lo he pensado bien, no bajaré a la playa esta tarde. Necesito ahogarme en el silencio de mi cuarto, frente a la ventana, empapándome de azul marítimo, adivinando a lo lejos las níveas alas de tu embarcación, preparada para recibirme.

Nutrida de los recuerdos de tus palabras, quiero beber a solas esta embriaguez de sentirme novia del mar, evocando la delicia peligrosa de nuestras conversaciones, inofensivas aún... pero quién sabe si accediera a tus deseos de hoy.

¿Nos queremos lo suficiente para satisfacer nuestras exigencias

de enamorados? ¿Me quieres? ¿Te quiero? ¿Nos queremos de verdad? Es inútil que pretendamos engañarnos.

La muchachita frívola, campeona en varios deportes, ha querido triunfar en el deporte de los sentimientos más íntimos. Y acaso no ha de lograrlo nunca. Por ti, por mí. Porque no es lo mismo jugar a las regatas, al tenis o al *flirt*, durante los largos crepúsculos frente al mar, que jugar a algo tan noble y tan sagrado como es el amor verdadero, aunque no puedas comprender que mi frivolidad de todos los días quiera ponerse a tono con la seriedad necesaria para decirte que te amo como una insufrible *demodé*. Ya que lo he escrito, escrito queda: porque te amo, no he de ir a verte. Mis caprichos de todos los días han estallado en una crisis sentimental. Y ya no he de querer otro amigo que el mar azul; la verdad de su sonrisa luminosa y amplia, la caricia sedena de sus aguas verdes y azules o grises. Mis ojos y mi alma, sedientos de los besos del mar, uno y múltiple...

No he de verte, porque me siento cobarde ante ti.

Prisionera de tu recuerdo, huyo en mi coche con la *señorita*, por Dios sabe qué caminos, lejos de tu presencia. Y recordaré siempre, como una oración, el ritornelo amoroso de tus frases, frente al mar amigo, por el que siento devoción tan loca...

Carmina.

Santander y julio.

EL MAR DE LOS MADRIGALES

Ya ves cómo te engañabas. Ahora nos queremos más que nunca y como nunca hemos querido a ninguna persona. Pretendías huir de mí, cuando la misma vida nos acercaba para ofrecernos sus secretos más deleitosos. Pero como chiquilla rebelde, quisiste ver peligros donde sólo había dulzuras. Bastó que, sin pretender buscarte, nos encontráramos por casualidad. Todavía lo recuerdo con fruición. Unos amigos me propusieron un crucero por el Mediterráneo en viaje de placer. Accedí; estaba muy aburrido. Ya no soy joven y todos los quehaceres los llevo con mi persona. Casi te había olvidado; no llegó a interesarme mucho tu inútil huída. Otra mujer que me teme, pensé. Creerán todas que soy un hombre terrible. Pero no es cierto.

Y desdeñoso de la exagerada importancia que tu alma de chiquilla dió a mis palabras de amigo maduro, enterré en el mar mis afanes de todos los días, mis inquietudes intrascendentes de *snoob* crepuscular.

No te he buscado, y me encuentro contigo. Todavía me parece verte al salir airosa y estatuaría de aquella perfumería de Génova. Moderna Venus rediviva, vencedora de los potingues que triunfaban en el escaparate, sintiendo envidia de la verdad de los colores de tu cara, del rojo de tus labios, de la seda de tu pelo, de tu persona entera. Entre el bullicio de la gente, destacabas como diosa de mis deseos, como faro de mis últimas ambiciones. Te recordé al instante y quise correr a tu encuentro.

La vía principal de la ciudad, con sus lujosos atavíos de urbe cosmopolita—soportales llenos de una fragancia casi marítima de carne joven—, absorbió por entero tu atención. Andabas despacio entre la multitud, risueña y desafiadora, como hembra que se sabe clavada por los ojos de todos los hombres. Te seguí hasta el hotel en que te refugiabas, cerca del Palazzo Rosso. Y en él me instalé yo también.



Lo demás ya lo sabes. La feliz casualidad que volvió a unirnos. Y que, de nuevo, la niña caprichosa y el *snoob* crepuscular volvieron a tejer el idilio de sus palabras intrascendentes, bogando entre las embarcaciones de lujo y la policromía del puerto genovés, afanado en sus luchas incasantes de la vida por la vida.

Deseoso de no despertar pasiones volcánicas, ni adoptar cómicas actitudes ante el amor que me inspirabas, dímos a nuestros paseos un matiz frívolo de madrigal a flor de piel.

Pero el milagro del mar volvió a unir nuestras almas. Y yo te interesé como antes; mas ahora tu personilla, esquivas unas veces, zalamera otras, logró prenderme a mí.

Las aguas del Mediterráneo luminoso, ante la hermosa costa del golfo de Génova, primero, del de Nápoles después, frente a las ruinas evocadoras de Pompeya, cristal tembloroso de deseos incontinentes, me obligaron a que esta vez fuera yo el que huía para respetar debidamente tu candor de niña enamorada. Yo soy

ahora el que te digo que te quiero como no he querido nunca, subyugado por el hechizo de tu personilla.

Oyéndote hablar, he pensado en que debemos casarnos, ¿verdad que sí? Seguro de que a tu experiencia de muchacha de hoy no ha de parecerle mal esta declaración, que suscribo un tanto ruborizado, a causa de mis años no pocos, quiero creer que accederás a mis pretensiones, en gracia al milagro que en nuestras almas ha obrado el mar, que llamaremos siempre de los madrigales. Para ti, el Cantábrico; para mí, el Mediterráneo. El mar, en fin, nos trajo la buena suerte. Madrigal marítimo el mío, allá en Santander, hizo florecer en tu pecho el amor; tú hiciste que en el mar de Italia floreciera el amor que siento por ti.

Huyo por eso. Vuelvo a España para poner en orden los papeles y poder casarnos pronto, a la moderna, sin grandes complicaciones y sin que casi nadie se entere.

Aguárdame en Venecia. Allí he de ir yo a buscarte. Nuestro destino, que triunfó en el mar siempre, debe consolidarse sobre las aguas del mismo mar donde el amor y el arte han tejido, en todos los tiempos, sus nupcias más sugestivas...

Alfredo.

Nápoles, octubre.

ANDANTE TRISTÍSIMO

Aun me dura el disgusto producido por la última peripecia en que las andanzas de la señorita Carmina nos han puesto. Y en este instante sufro con ella la realidad de un amargo dolor. Figúrate, querida hermana, que después de la huída de este verano decidimos lanzarnos a correr mundo como dos aventureras, de aquí para allá, sin rumbo previo, gozando en exhibirnos en las playas de moda y visitando monumentos artísticos y ciudades interesantes de Francia, de Italia, de Alemania. Un mareo diario, como si la señorita Carmina estuviera poseída de algún vértigo de velocidad. No parábamos cuatro días en un mismo punto. Y sus conversaciones eran idénticas siempre: que estaba enamorada de aquel señorito cuarentón que conoció en Santander. Asómbrate, le dió romántica a la niña, y yo tuve que padecer su mal humor, sus insomnios, su irritabilidad exasperada y, lo que es peor todavía, su no saber dónde ir a acampar tranquilamente. Por fin llegamos a Génova, y el diablillo, que lo enreda todo, según dicen, hizo que se encontraran allí ella y él. Se reanudó el idilio; volvió la tranquilidad tan apeteccida. Yo me quedaba muchas tardes en el hotel, devorando libros, y ellos se lanzaban a dar sus paseos por el mar, como antes.

Luego, Carmina me confesó que él también estaba enamorado. Que habían de ser muy felices. Que aquellos idilios bordados sobre las aguas acabarían en boda.

Un día, el señorito desapareció, camino de España. La señorita se hallaba muy alegre. —Volverá, volverá, me decía jubilosa, y nos casaremos en Venecia, sobre el milagro de las aguas ungidas por el Arte.

Yo me alegré mucho también, porque Carmina estaba contenta y más guapa que nunca.

Llegamos a Venecia, de la que he de decirte que me agradó en extremo; sus calles silenciosas, sus canales temblorosos de sucio cristal, sus palacios, iglesias y museos, todo evoca la grandeza solemne de una historia cuajada de añoranzas señoriales. Allí pasamos unos días deliciosos y esperanzadores, aguardando noticias del señorito Alfredo y bañando nuestros espíritus en la gloria radiante de tantas bellezas como atesora la ciudad. San Marcos, Santa María dei Frari, la Real Academia con sus Ticianos y sus Tintoretos deslumbradores, y tantos otros lugares sorprendidos por nuestra curiosidad y engalanados con el optimismo juvenil que irradiaba el alma de Carmina.

Fueron para mí unas semanas inolvidables; ya conoces mis aficiones de siempre a estas actividades del espíritu, y podrás suponer por ello lo que he gozado acompañando a mi señorita, en cuyos paseos me ha hecho confidente de sus inquietudes.

Me aseguró que los dos se quieren de verdad y que ahora es cuando ha encontrado el verdadero camino de la felicidad.

Al fin tuvimos noticias de que el señorito Alfredo se había puesto en camino para regresar a nuestro lado; un telegrama desde Milán nos anunció su llegada próxima. Se redobló, pues, nuestra alegría. La señorita brincaba de gozo. Iremos al teatro, me propuso. Y como el tren había de llegar de madrugada, no quiso acostarse; al salir del teatro nos lanzamos en una góndola por los canalillos que atraviesan el corazón de la ciudad, toda vestida de silencio.

Allá en el Gran Canal, frente al palacio de los Dux, se adivinaban las músicas de una serenata típica: mandolinas y acordeones. El cielo se miraba curioso en el cristal intranquilo de las aguas turbias,

y en nuestros espíritus aleteaba la más honda emoción. No puedes figurarte nada más sencillo ni más bello...

Regresamos al hotel con tiempo suficiente para cambiar de ropa y correr a la estación. Carmina estaba radiante; los minutos le parecían siglos. En un momento quedó vestida otra vez. Al despedirse del tocador, ya compuesta, no sabemos cómo, el lindo espejo de mano, que siempre llevaba consigo, recuerdo de familia, cayó al suelo roto en dos pedazos. Carmina dió un grito y quedó como petrificada. Luego comenzó a temblar. Aquella rotura era un mal presagio. Según viejas tradiciones de sus familiares, el espejo roto traía la mala suerte.

Lloró entristecida y fueron inútiles mis consuelos.

Abandonada sobre la alfombra, contemplando el espejito roto, había pasado la hora de llegar el tren.

Cuando quisimos disponernos para marchar a la estación, tuvimos noticias de que el tren había descarrilado no sé dónde y de que las víctimas eran numerosas. Carmina lloró con harto desconsuelo nuevamente, adivinando la verdad de una tragedia que yo no presentía.

Vencida también por su dolor, lloré con ella largas horas. Al fin supimos la verdad horrible. Daban los periódicos los nombres de las víctimas, y entre ellos estaba el del señorito Alfredo...

Y otra vez a rodar sin rumbo fijo, de un lado para otro, acuciadas por la necesidad de marchar no sé dónde, para consumir en el vértigo de una vida inquieta el tormento de aquellas ansias indefinidas que iban a plasmarse en el júbilo de dos corazones, arrollados por la máquina vertiginosa de un destino cruel.

Yo voy a su lado, testigo de su dolor, sufriendo con ella. Hemos venido a Roma, y no sé después dónde iremos.

Carmina está inconsolable. Guarda en su maletín, como reliquias de una suerte adversa, los trozos del espejito familiar, nuncio del dolor que ha destrozado su vida.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ





SEVILLA

RISA DE ESPAÑA

un loco al paso de una sevillana con mantilla: «¡Virgen *der* Carmen: que no se muera nunca *eza* mujé!»
¡Bendito pueblo poeta!...

* * *

Y llegarán también las noches profundas, llenas de amor y de celos y de risas y de penas. Noches olorantes a azahar y jazmines —estrellas de este cielo que es el suelo sevillano—. Noches de vida hermosa, de vida amplia, en las que la idea de morir se desecha como un crimen...

Y en una de ellas, con un cielo cuajado de estrellas, con un aire tenue y cálido como suspiro de mujer, la boca de España, Sevilla, cantará *bajito*, a todo el que quiera oírle, esta soleá, acercándose mucho a quien sea:

«A quién no le habrán *cantao*
en una noche de juerga
la copla que lo ha *matao*.»

¿Flamenquismo?... ¡No, no, no!
¡Poesía, POESÍA!... Porque Sevilla,
la boca por la que ríe
España, es la expresión
más fiel y más digna de
la belleza...

PEDRO
RISTORI MONTOJO

DICEN que España es una mujer buena y hermosa, y que sus ojos son Sevilla. Yo creo, mejor, que es su boca. ¿Hay algo más bonito, más atrayente, en una mujer guapa? ¿Pueden unos ojos, por negros y grandes que sean, por radiante y luminosa que sea su mirada, decir lo que dice una boca sana, fresca y roja?

Sí: Sevilla es la boca de España. La boca que canta trabajando, la que ríe en las ferias, la que llora y suspira en la Semana Santa y la que dice piropos y madrigales a las españolas guapas. ¡Bendita Sevilla! ¡Bendita boca de España!...

Ahora quiere nuestra Patria que se la conozca, que se la admire y comprenda, y se organiza la Exposición, y se vale de su boca, de Sevilla, para llamar al mundo entero, con la mejor y más simpática de sus sonrisas.

Sevilla ahora reirá más que nunca, más contenta; suspirará de orgullo al verse admirada y piropeada por todo el mundo. Y estará más guapa España mostrando su boca con ese mohín encantador que delata el poder de la mujer, reflejado en sus labios...

Para completar su alegría, su donaire y su optimismo, vendrá la primavera, ¡primavera sevillana!...

Llegarán las mañanas templadas, cálidas, olorosas a vida, a limpio, a flores con rocío, y, paseando por el parque de María Luisa en coche, oiremos decir al simpático auriga, echándose de *cicerone* y señalando con la fusta al poeta de las mujeres: «*Eer Bequ*...»

Vendrán las tardes de toros, llenas de pasión, de belleza, de ganas de vivir; y contemplaremos cómo el sol se derrite en las cañas llenas de sanluqueño ámbar. A la salida oiremos al hombre del pueblo, con la emoción en los ojos y el *ancho* en la mano, gritar como



(Dibujos de Martínez de León.)

LA TEMPORADA HÍPICA

Triple triunfo
de la cuadra Cimera

«Penagos», montado por Vicente Díez, ganador del premio Moss Vale.



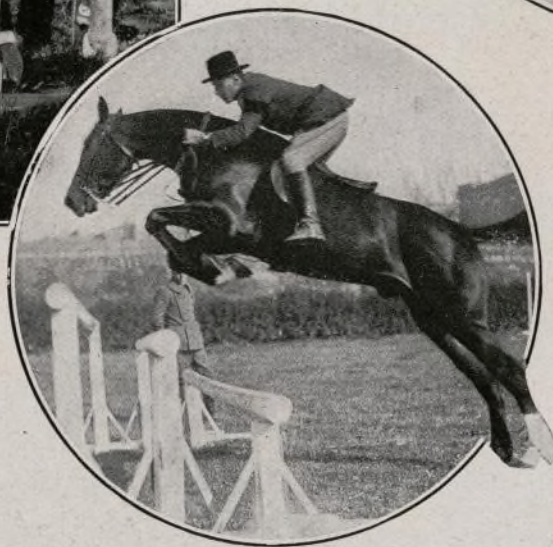
«Colindres», montado por Carlos Belmonte, ganador del premio Recoletos.



«Port Etienne», montado por Carlos Belmonte, ganador del Handicap Opcional.



La primera reunión de la temporada madrileña constituyó un éxito rotundo para la cuadra del conde de la Címera, con las victorias, netas e impresionantes, de «Penagos», «Colindres» y «Port-Etienne». «Penagos», formidable saltador, se impuso como quiso en la carrera de vallas; «Colindres», el dos veces ganador del Gran Premio de Madrid, se «paseó» en su reaparición; y «Port-Etienne», en el Handicap, demostró ser uno de los mejores «tres años».



LA TEMPORADA HÍPICA

Como anticipo de la reunión de primavera, y para entrenamiento de jinetes y caballos, organizó la Hípica Española unas pruebas de ensayo, que, con carácter privado, se celebraron en el Hipódromo de la Cas-



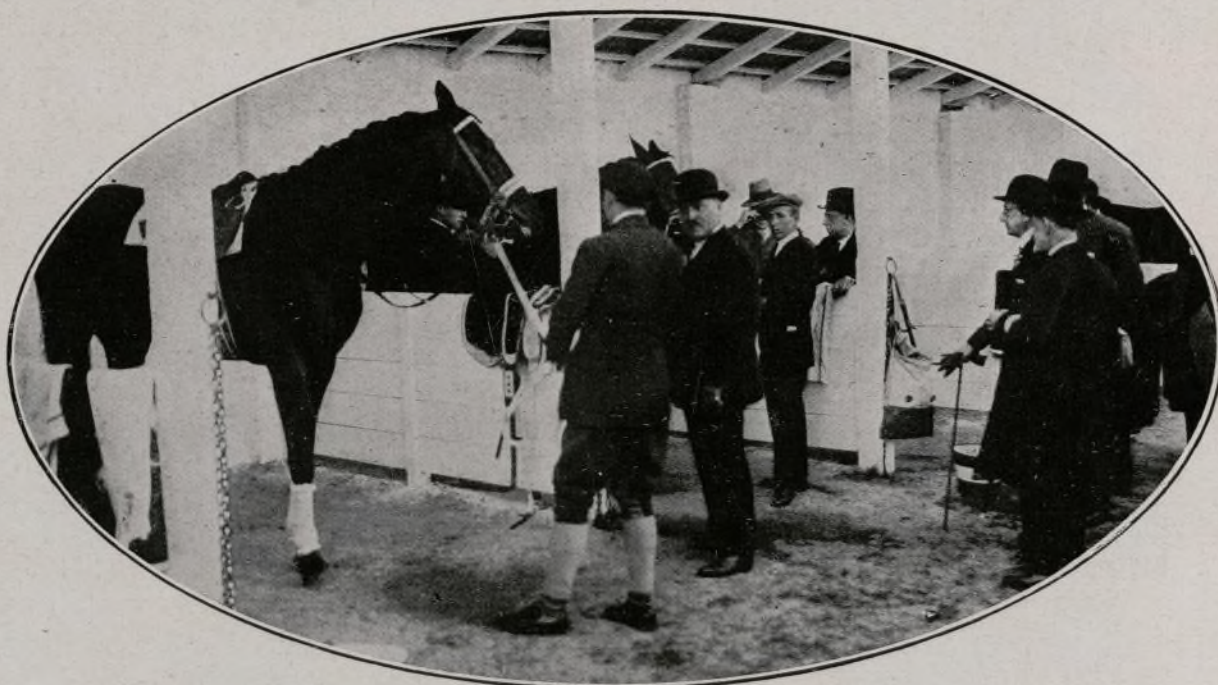
tellana el mes pasado. Debutaron algunos jóvenes jinetes que, por su destreza y arrojo, hicieron concebir a la afición fundadas esperanzas. Ved aquí magníficos saltos ejecutados con buen estilo por los señores García Goyoaga y Crespi; al ganador de la Copa de Debutantes, Juan Mateos, alumno de la Escuela de Equitación, y a un grupo de muchachas que siguieron con interés los recorridos. Fotos Marín.



EN EL HIPODROMO DE LA CASTELLANA...



... desde las primeras horas de la tarde dominguera se congrega en el *peso* lo más selecto de la sociedad madrileña; en el *circuito*, una multitud bulliciosa y juvenil, cada vez más apasionada por el deporte hípico. Y alrededor de los indicadores de *jockeys* hacen corro los aficionados, tomando nota de los caballos que corren en la carrera y de los jinetes que los montan...



... luego, sobre el verde césped, encamínanse los pasos hacia los *boxes*; y con curiosidad e interés se presencian las operaciones preparatorias: llegado el caballo de la cuadra, los mozos, después de refrescarle la boca con una esponja, con verdadero mimo le ensillan, cuidando que la cincha quede bien sujeta, que los tirantes no molesten...



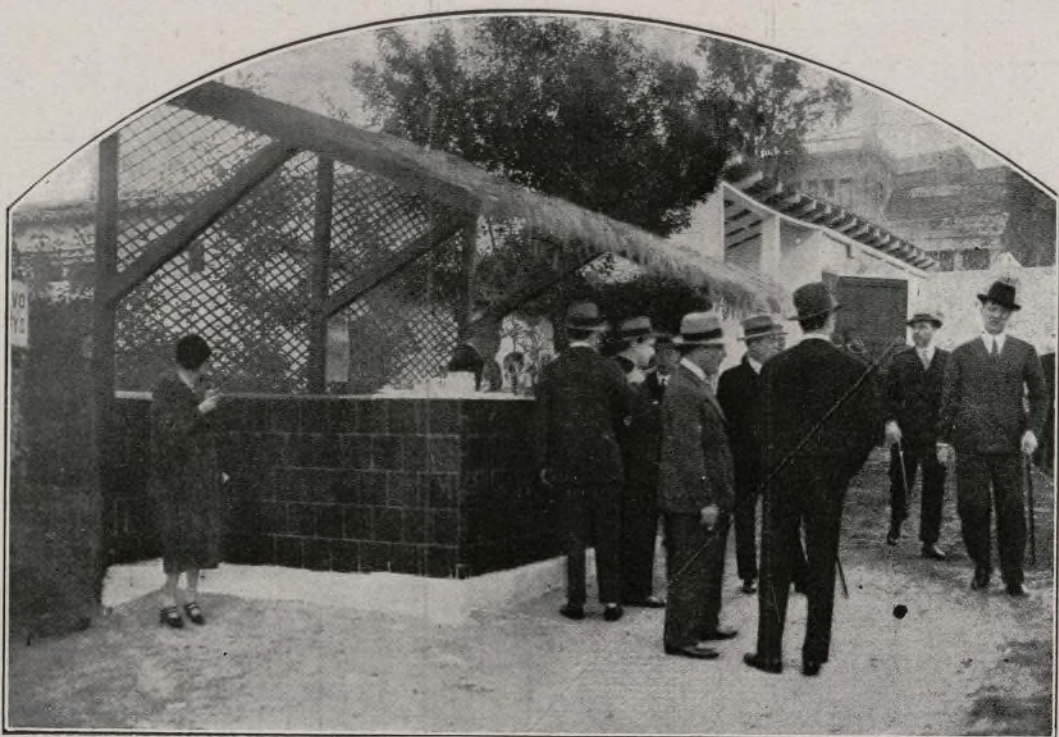
... examinados, uno por uno, los caballos, el buen aficionado se dirige hacia las casetas de las apuestas... Y surgen las vacilaciones, las dudas... Al cabo se resuelve y, con los boletos en el bolsillo, como quedan unos minutos...

EN EL HIPÓDROMO DE LA CASTELLANA...

... se detiene ante el puesto de bebidas...
Un *whisky*, una cerveza, mientras se comenta la carrera anterior o se conjetura sobre el resultado de la siguiente...



... hasta que, uno a uno, bajan los caballos al *stand*, y pasean, llevados de la brida por los mozos, esperando el momento de salir a la pista...

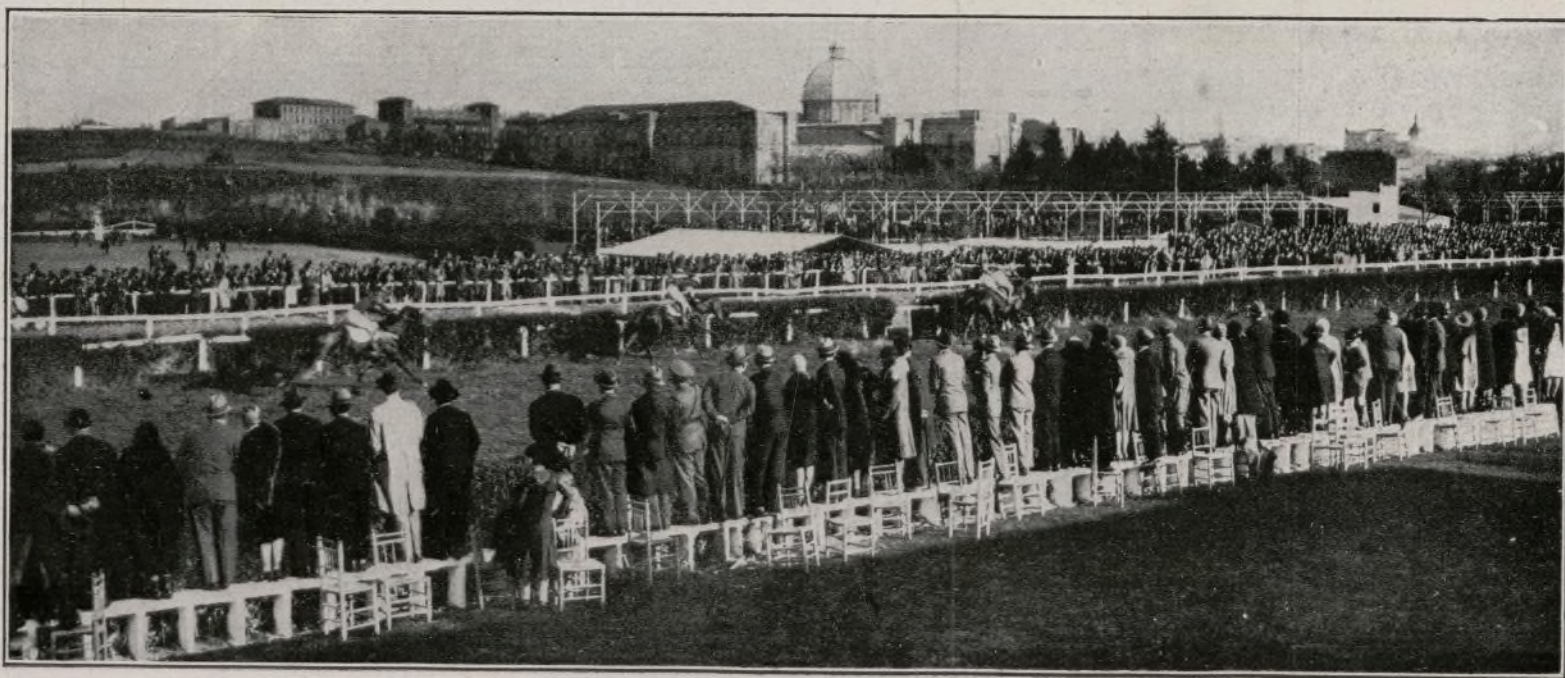


*Información fotográfica
de L. Marín*



... y, llegado el momento, el público toma posiciones en las tribunas, a lo largo de la valla... y todos los ojos siguen el pelotón de caballos comentando sus alternativas; y se recibe con ovaciones al ganador, cuando es favorito, y con protestas y silbidos cuando el favorito no es el ganador...

Z Y X





La marquesa de Villabragima.

Los partidos de polo en el Club de Puerta de Hierro



Aspecto parcial de la tribuna durante uno de los últimos partidos de polo



Una jugada

LA SUPREMA
ELEGANCIA DEL CADILLAC
IMPERA SIEMPRE

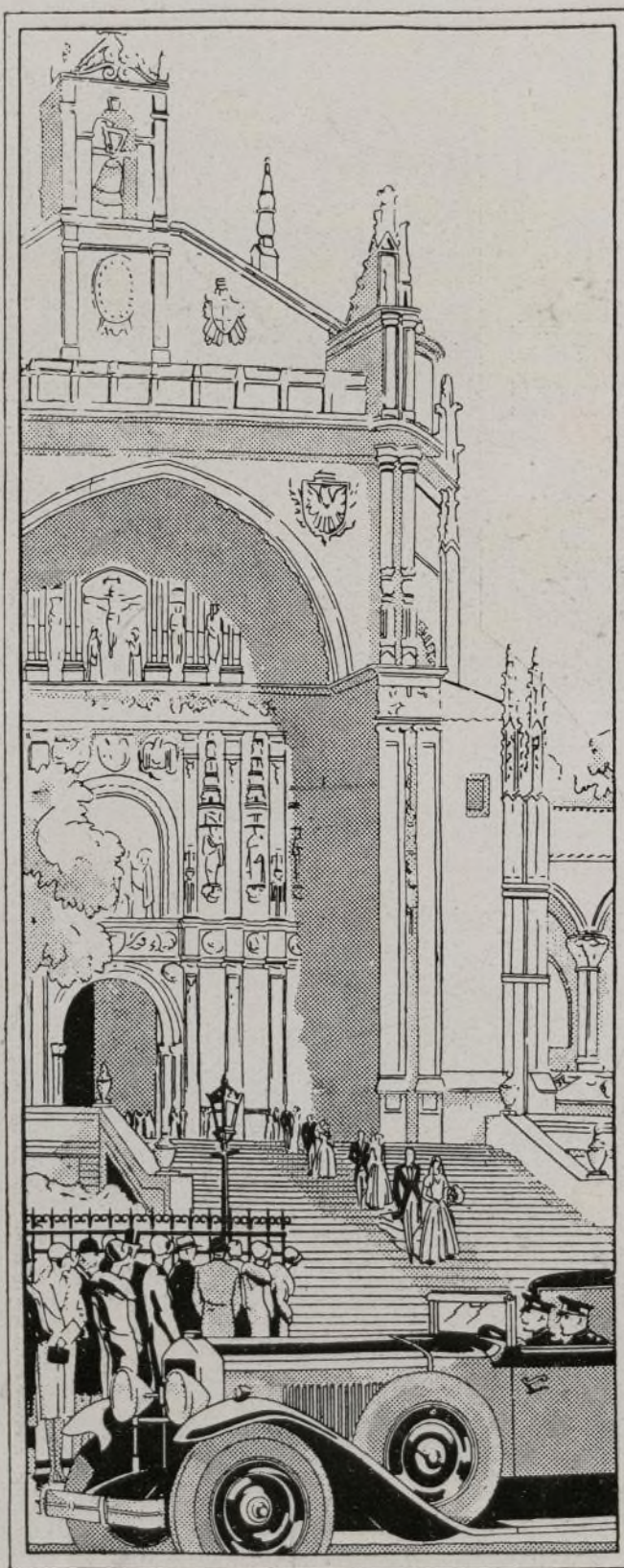
SU belleza de líneas, su aristocrática elegancia, su estilo tan personal, es lo que ha dado al Cadillac la aceptación que goza entre las más distinguidas personas de España y el alto puesto que actualmente disfruta en Europa

En este coche los ingenieros de Cadillac han concentrado lo mejor que puede producirse. A su conocido y famoso motor tipo V 90°, unen los modelos actuales perfecciones como sus nuevos frenos, de funcionamiento rápido y absoluta seguridad; la transmisión de nuevo estilo, que permite los cambios de velocidad sin esfuerzo, sacudidas ni vibraciones, y sus cristales «Security-Plate», claros, perfectos e irrompibles.

Estos puntos esenciales de seguridad y cómoda resistencia solamente pueden encontrarse en los coches Cadillac y La Salle.

*Algunos distinguidos propietarios
de Cadillac*

EL DUQUE DE FERNÁN-NÚÑEZ
EL DUQUE DE SOTOMAYOR
LA MARQUESA VIUDA DE PIDAL
EL MARQUÉS DE PONS
EL CONDE DE IBARRA
EL CONDE DE LOS ANDES



Una boda aristocrática en San Jerónimo el Real de Madrid

CADILLAC Y LA SALLE

Fabricado por General Motors

Los partidos de polo en
el Club de Puerta
de Hierro

El conde
de Güell, su hija,
la señorita Matilde Tacón
y D. Miguel Primo de Rivera



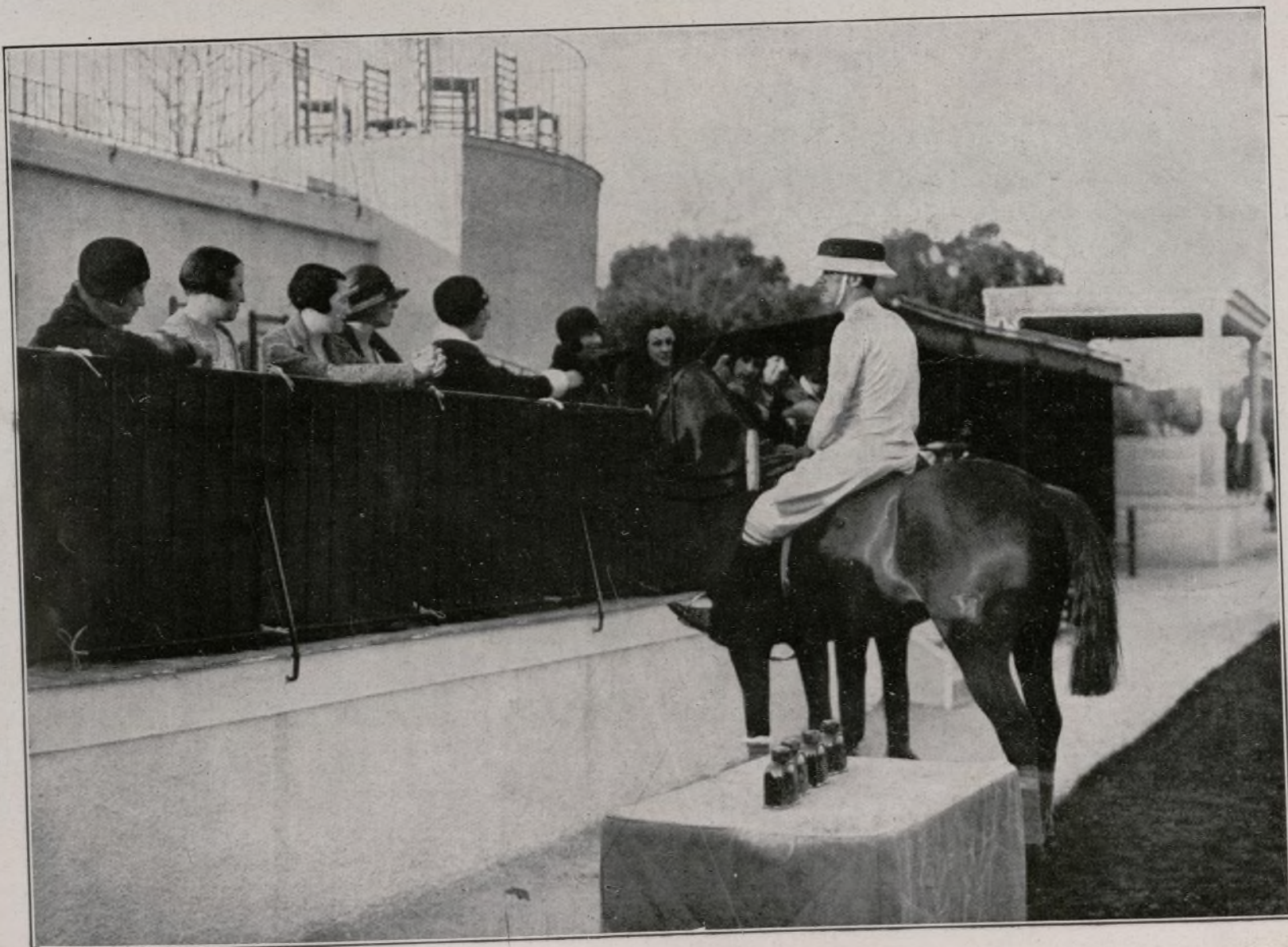
La hora
del almuerzo.
En primer térmi-
no, los duques de
Almenara, los
marqueses de Vi-
llabrágima, la se-
ñorita Blanca
Borbón, el mar-
qués de Orellana y
otros distinguidos
comensales



Ante
el «chalet»,
aristocráticas damas
a la hora del cocktail.



Los duques de Lécera y los marqueses de Portago, charlando de sobremesa.



Durante un descanso: el conde de Velayos, conversando con un grupo de bellas espectadoras.

Fotos Marín.

GRAN

MUNDO



La infanta Isabel Alfonsa, que ha contraído matrimonio con el conde Juan Kanty de Zamoyski.



La familia real y otras distinguidas personalidades, acompañando a los recién casados.

Fotos Marín.

GRAN

MUNDO



En la capilla del palacio del obispo se ha celebrado la boda de la señorita Marichu de la Mora y Maura con D. Tomás Chávarri.



La señorita Cristina Ros y Ros, durante la ceremonia de su enlace matrimonial con D. Luis Antonio de la Rauri y Mercadillo, celebrada en la iglesia de la Concepción, de esta corte.

(Fotos Marín.)



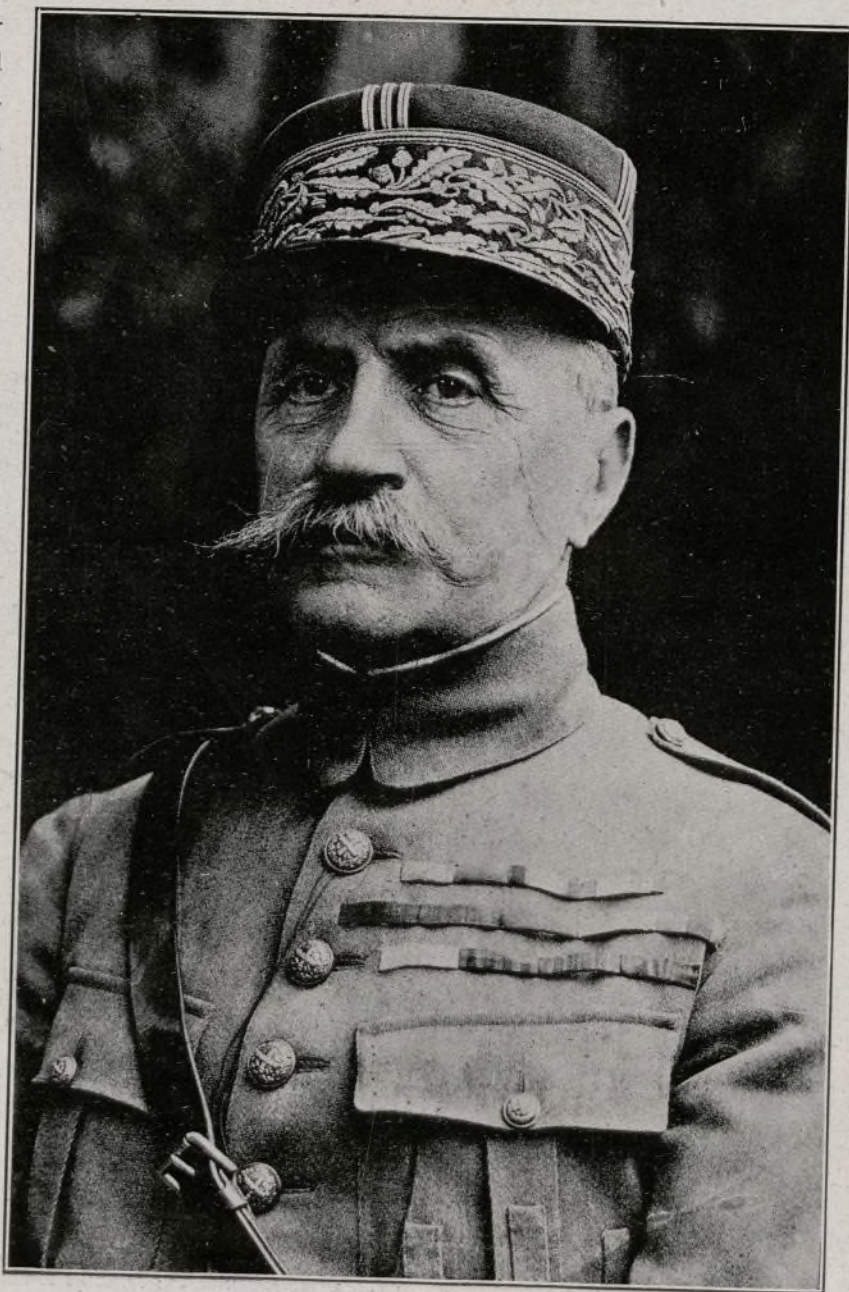
La muerte del mariscal Foch



En los momentos actuales, el pensamiento de toda Francia está absorbido por la impresión horrenda de la muerte del mariscal Foch. Para la opinión francesa, todo se borra ante el hecho brutal, irremediable, de la desaparición del caudillo que ganó la Gran Guerra y aseguró la libertad en el mundo. Para aquellos que no conviven en estos instantes con este pueblo grande en todo, en la alegría como en el dolor, que sabe reír y llorar con igual intensidad, es imposible formarse una idea, siquiera sea aproximada, por la divulgación de la noticia tristísima de esta gran pérdida nacional. Es mucho más que un duelo general del país; es como si en cada hogar francés hubiese muerto el ser más querido; es una manifestación intensa del dolor que brota de todos los pechos al unísono. En todas partes, en todos los momentos no se oye hablar de otra cosa. ¡Ha muerto el salvador de Francia!, se oye exclamar a cada paso. Y se ve bullir a la gente y hablar en voz baja, como si rezase. La misma fisonomía de París ha cambiado en estos días; parece que todo está más callado; las muchedumbres se mueven silenciosas, serios los semblantes,

como bajo el peso de una gran preocupación, de algo que no tiene reparación posible. Todos los franceses se reconcentran en su dolor por la desaparición de su ídolo, de quien era representación viviente de la victoria sobre Alemania. Dijérase que se ha producido una detención en la voluntad de este pueblo ante el trágico acontecimiento.

El Domingo de Ramos fué colocado el cadáver del caudillo, sobre un armón de artillería, bajo el Arco del Triunfo, en la cabecera de la tumba del «Soldado desconocido». Cuatro hacheros de oro coronados por largas llamas azules le encuadraban. El glorioso ataúd fué cubierto con la bandera tricolor, cuyos pliegues caían sin ocultar el cañón que servía a modo de pedestal del efímero monumento; encima se colocó el quepis, la espada y el abrigo que llevaba el mariscal el día de su entrada en Metz. Daban guardia de honor cuatro oficiales superiores, que se relevaban de hora en hora, con la espada desenvainada, y antiguos combatientes. El espectáculo del desfile del público por delante del cadáver duró todo el día y fué de una grandeza tal que sólo se puede comparar al recibimiento tributado a las tropas cuando regresaron victoriosas de los campos de batalla, que también



Uno de los últimos retratos del mariscal Foch.

tuvo por escenario la plaza del Arco de la Estrella. Entonces se desbordó el entusiasmo; ahora, el dolor. Calculo que excederían de setecientas mil las personas, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, desde el potentado al mendicante, que pasaron por delante de los restos del mariscal para rendir el último tributo visible de amor y gratitud.

El sol, oculto desde hacía varios días, lució espléndido ese domingo de las palmas, como si quisiera asociarse también al duelo nacional. El espectáculo era imponente, indescriptible. El sordo rumor de la gente, sus palabras de pesar murmuradas, fueron la última oración general de este pueblo en presencia de su libertador, yacente.

El desfile duró todo el día. Tocóme a mí ir al lado de un viejecito impedido, a quien muchas veces hube de auxiliar para que no cayese cuando avanzaba una oleada de la muchedumbre, el cual me decía: «¡Vea usted si el destino es cruel! Yace ahí inerte nuestro salvador, cuya vida era tan preciosa para Francia, y en cambio yo, que de nada sirvo, que estoy solo en el mundo, porque los tres hijos que tenía ofrendaron sus vidas a la Patria, y lleno de achaques, aun puedo mirar al sol, con mis ochenta y seis años. ¡No es esto una sinrazón, Dios!» El viejecillo terminó sus palabras sollozando. Yo tuve que hacer un esfuerzo para no dejar salir las lágrimas ante aquel dolor sincero de un hombre a quien la guerra privó de sus hijos, y que aun tenía llanto en sus ojos para el vencedor desaparecido. Su amor patrio hacía olvidar el de padre, y advertí en este ejemplo el sentir de todos los que desfilaban con nosotros. Todos, indudablemente, hubiesen dado su vida por salvar la del mariscal.

EL SOLDADO

Cuando, en 1870, terminó con la victoria de las armas alemanas la guerra franco-prusiana, Foch, que se hallaba en el colegio de Saint Clement, de Metz, haciendo los estudios preparatorios de su carrera militar, tuvo el disgusto de perder en aquella lucha sangrienta a uno de sus mejores amigos. Rodeado de todos los

Carta de París

alumnos de curso, hizo esta promesa sagrada, la cual fué repetida a coro como una preza:

«¡Feliz muerto! ¡Envidiamos tu martirio y sabremos vengarte!»

Transcurridos casi cincuenta años, surgió Foch, enarbolando gloriosamente la bandera de su venganza patriótica. Había sabido cumplir con su deber.



Al terminar la gran guerra.

El mariscal era hijo del secretario general de la Prefectura de los Altos Pirineos y vió la luz, el 2 de octubre del 1851, en la ciudad de Tarbes. Iniciados sus estudios en su tierra natal, los continuó en el seminario de Polignac, de donde salió para el colegio de los jesuitas de Saint Etienne. Sin embargo, las aspiraciones del joven Foch tendían a la vida arriesgada de las armas; por ello, una vez vencida la voluntad paterna, ingresó en la Escuela de Saint Clement de Metz, de la cual pasó a la de Aplicación de Fontainebleau. Salió de ella alférez, en 1874, y cinco años después contrajo matrimonio con una ilustre dama de Bretaña, poseedora de un magnífico castillo y de alguna fortuna. En 1909 abandonó la Escuela de Guerra, y fué ascendido a coronel tres años más tarde. Durante sus ocios escribió obras tan magníficas como *Des principes de la guerre*, publicada en 1903, y *De la conduite de*

la guerre, aparecida un año después.

Elevado a jefe del Estado Mayor del V Cuerpo de Ejército en Orléans, fué luego ascendido a general de brigada.

Estalló la guerra europea. A Foch le sorprendió el conflicto en Traounfeunteniou, y salió apresuradamente para Nancy. Poco después se manifestaba un gran jefe de ejército. Los alemanes atacaban con furor. Toda la batalla giraba en torno al 9.º ejército, que

mandaba el que había de ser primer mariscal de Francia. Su fría voluntad y su arte de imbuir a los demás su propia energía le permitió tomar la iniciativa en las operaciones.

En 4 de octubre, el general Joffre envió a Foch al cuartel general de Castelnau con el título de adjunto y con una misión digna de su genio organizador: la de coordinar la acción de todas las tropas francesas, in-



El mariscal Foch en su lecho mortuario.

glesas y belgas extendidas desde Oise al mar. Desde su cuartel general de Doullens y después en Ossel, Foch dirigió la batalla gigantesca en la cual Alemania, movilizando formidables masas humanas, pensaba abrirse el camino de Calais, enseñorearse del Estrecho y atacar a Inglaterra. Foch surgió entonces como un fantasma, para decir al káiser: «¡No irás más allá!»

En abril de 1918 fué encargado el caudillo del mando supremo de las fuerzas militares. Su vasto plan se cumplió exactamente. La segunda victoria del Marne le valió el bastón de mariscal. Desde entonces, hasta el 8 de noviembre, el glorioso soldado, sintiendo a su enemigo desmoralizado, lo acabó de desorganizar con ataques incesantes, hasta terminar con la franca derrota de las tropas alemanas. Acordado el armisticio, díjole a Clemenceau: «Usted que entiende, haga la paz, que yo me encargaré de imponerla.»

EL HOMBRE

Su característica era la sencillez, que se revelaba en todo: en sus ropas, los uniformes de gala le irritaban y, predicando con el ejemplo, siempre se le veía vistiendo el uniforme azul celeste, ordinario. A no ser por las poco perceptibles estrellitas, se le hubiera tomado muchas veces por un simple soldado. También en su mesa sus comidas eran rápidas y sobrias, sin conversación. Como todo hombre de acción, tenía buen apetito; pero, sin embargo, su menú diario lo componían un plato de carne, otro de verdura y una taza de café.

Lo que por encima de todo distinguía al mariscal era su gran elevación de alma. Tenía muy arraigado el sentimiento religioso, y todos los días, sin dejar uno, se retiraba a meditar unos momentos a la iglesia más próxima, aunque estuviese en ruinas. No había nada espectacular en esta acción; era un acto sencillo de verdadera piedad.

Aunque no le ganase ninguna debilidad en el cumplimiento de la misión terrible que se le confiara, no veía en la guerra—por encima de la cual, decía, está la paz—más que una triste necesidad. Con motivo del armisticio, y después, cuando el centenario de Napoleón, pronunció palabras que demostraron cómo sus ideas no eran las de un simple guerrero, sino las de un hombre, o mejor, de un cristiano, que aceptaba las condiciones de nuestro bajo mundo, pero que aspiraba al más allá.

Otro aspecto interesante del gran caudillo se revela en estas palabras suyas:

«¡Ah! Usted no sabe lo que un padre sufre cuando el luto entra en su casa para siempre. Mi hijo ha muerto, y una de mis hijas ha quedado viuda. Volveré a la casa que dejé llena de felicidad un do-

Carta de París

mingo de estío, para encontrar unos pobres huerfanitos que ni siquiera conocieron a su padre. Estoy próximo al crepúsculo de mi vida y creo que he sido un fiel servidor, cuya única esperanza es descansar en la paz de Nuestro Señor. Como yo hay miles y miles de amantísimos padres, ya viejos, que han perdido a todos los que amaban, los hijos en quienes cifraban sus esperanzas; pero no tenemos derecho a la piedad propia. Nuestro país, nuestra amada patria, es lo que importa. Aceptemos el sacrificio. La Humanidad entera está en peligro. La libertad debe triunfar primero. Después podremos llorar.»

¡Qué elevación de sentimiento! ¡Qué nobleza encierran estas palabras!

Inclinémonos ante la tumba de este hombre, que tiene derecho a que todos le amen y le admiren.

TAMBIÉN HA MUERTO EL GENERAL SARRAIL

Con poca diferencia de tiempo, y puede decirse que con mala oportunidad, aunque el momento de la muerte cristiana no cabe elegirlo, ha muerto también el general Sarrail, que era otra de las figuras principales de la gran contienda europea. Y digo con mala oportunidad, porque en otra ocasión su fallecimiento hubiese dado lugar a una gran manifestación pública de pesar, que ahora se ve oscurecida por el duelo nacional producido por el otro acontecimiento trágico que hace palpar el corazón de Francia. Un dolor ahoga otro.

Pocos generales ha habido cuya personalidad haya despertado tantas pasiones como la de Sarrail. Era una figura compleja en la cual se advertían,

al mismo tiempo que gran inteligencia y cualidades notables de militar, tendencias que la política había de explotar de manera turbulenta.

Nació este general, en 1856, en Carcassone e ingresó en Saint Cyr en octubre de 1875. Fué director de la Escuela de Saint-Maixent, y en 1927 ascendió a general. La movilización le sorprendió siendo jefe del VI Cuerpo del Ejército. Con su actuación acertada en la guerra contribuyó grandemente a la victoria del Marne y mereció del generalísimo Joffre un elogio sincero, tanto más valioso cuanto que este caudillo no sentía simpatía por Sarrail.

Pero su gloria se había oscurecido mucho después con motivo de su actuación en Siria, de donde fué relevado porque su política provocó la sublevación de los drusos.

Puede decirse que el general Sarrail hubiese sido un buen soldado si sólo hubiera sido eso: soldado. Pero fué víctima de la ideología llamada republicana que sus amigos propagaron en su nombre con desprecio de los verdaderos principios de la República.

París, marzo

VÍCTOR VALJEAN



El general Sarrail.

La vida

Nota interesantísima de la vida social madrileña, ha sido la ampliación que dió a su comercio la aristocrática casa de Sánchez Rubio, Conde de Peñalver, 14 (esquina a Clavel).

El lujoso establecimiento ha inaugurado en sus entresuelos un salón para señoras, en el cual predominan el buen gusto y la elegancia que le han dado tan justo renombre.

En él se hallan expuestos los



madrileña

últimos modelos de sombreros de señora que acaban de crear las casas de más fama del mundo.

Las fotografías que publicamos reproducen algunos aspectos de la soberbia instalación de Sánchez Rubio: la planta baja, dedicada a la venta de artículos para caballero; la escalera artística y suntuosa, y el nuevo y bellissimo salón que motiva estas líneas.



A LOS LECTORES DE "COSMÓPOLIS"

Terminada la confección de las tapas para encuadernar el segundo semestre de COSMÓPOLIS (julio-diciembre 1928), de una perfecta solidez y sobria elegancia, que armoniza con el selecto contenido del tomo que formarán nuestros coleccionistas, participamos a nuestros lectores que se hallan a la venta en nuestra Redacción y Administración, Alcalá, 44 y 46 (entrada por Marqués de Cubas, 1), al precio de cinco pesetas cada par.

También se hallan a la venta los pocos ejemplares de tapas e índices sobrantes para encuadernar el primer semestre de COSMÓPOLIS. Rogamos a nuestros lectores y corresponsales que, al formalizar sus pedidos, lo hagan a la mayor brevedad posible.

PAPELERÍA

Otra de las notas más salientes del pasado mes, ha sido la apertura de la Papelería «Sevilla», Sevilla, 4 (esquina a Arlabán).

Sus propietarios, Sres. Bielsa y Muñagorri, han puesto a contribución el buen gusto de ebanistas, pintores, decoradores, etcétera, para hacer algo nuevo, elegante, único.



SEVILLA

Esto en cuanto a instalación. Por lo que se refiere a surtido, la nueva Papelería «Sevilla» tiene las últimas creaciones que en los artículos que expende se producen en Europa, predominando las plumas estilográficas de las más reputadas marcas y los más varios modelos.

◆

LAS ACTRICES JÓVENES ANTE EL TEATRO

Isabelita



Barrón

ISABEL Barrón pudiera ser una interesantísima intérprete del teatro de Gabriel D'Annunzio, si en la farándula fuera posible al artista acusar decididamente sus aptitudes, sus posibilidades y su vocación. ¿Acaso nuestras actrices y nuestros actores son dueños de dar a su labor el rumbo que sus inclinaciones o su sensibilidad les señalan? Pero, en España, el único artista que no puede crearse a sí mismo es el teatral. Aquí no se cuenta nunca con

los actores para orientarse por los heterogéneos caminos dramáticos. ¿Qué importa, por ejemplo, que se haya conjuntado una compañía inspirándose en nobles propósitos artísticos, tal vez más dispuesta para la interpretación de lo trágico que de lo cómico, si el éxito de la temporada se logró—en otro teatro y por otro elenco—con una comedia escrita exclusivamente para hacer reír al público? En este caso, lo tradicional, aunque esto sea también lo absurdo,



ISABELITA
BARRÓN



es que el conjunto constituido para interpretar lo dramático haga una brusca transición y se someta, por imperativos del empresario, al otro género escénico dispar e incompatible, creándose así un régimen de promiscuidad que merma estímulos y rompe la coordinación artística de escuelas, indispensable para que la personalidad del actor se afine, se purifique y alcance la vertical ambicionada.

De ahí tantas promesas frustradas, tantas posibilidades destruidas y ese cansancio, ese desamor de los cómicos hacia lo que, naciendo como vocación, suele ir a morir en disciplina profesional.

En este ambiente es muy difícil al artista crear conscientemente, deliberadamente, su propia personalidad. El único recurso que le queda es alzarse contra el ambiente en rebeldía, y ese es pecado que no se perdona fácilmente en la farándula. Ese es el pecado de que a D. Francisco Morano se le acusa, cuando se oye decir que es altanero y orgulloso. Ese mismo pecado es el que no le permitió a Ricardo Calvo disponer en Madrid, con la continuidad a que su categoría le daba derecho, de un teatro en el que el tesoro dramático de nuestros

A. BÁEZ

SASTRE DE NUEVA YORK

Se compromete a satisfacer al más exigente + Lleve mi corte modernísimo + Estilo elegante
Confección perfecta + Corte exclusivo
Usted vestirá y parecerá mejor
sin costarle más + Pruebe
y convénzase

MONTERA, 24 + MADRID

Teléfono 17.987

ISABELITA BARRÓN

a buscar en provincias el escenario que aquí se le negaba, y que también alcanza hoy a Enrique Borrás... El de obstinarse en ser ellos mismos, siempre ellos mismos, cuando los demás no saben apenas quiénes son. El de no abdicar de sus convicciones, no doblegarse, no hacer alarde de flexibilidad que sirva para ocultar lo frágil de su envergadura...

Pero no en todos los casos es posible esta firmeza de ideal llevada a la práctica. De serlo, no hubiéramos visto perderse para siempre en la bruma de lo inaccesible tantas esperanzas.

Nace ahora una nueva ante esta primera actriz de tan expresivo sentido dramático que es Isabelita Barrón, educada espiritualmente en nuestros clásicos, empujada después por su misma inquietud hacia los más puros poemas escénicos contemporáneos, y ya en vuelo sobre lo más moderno y audaz del teatro del mundo. De Calderón de la Barca a Galdós, de Galdós a Benavente, Isabelita Barrón supo encontrar en su talento de actriz el matiz que exigía cada una de sus interpretaciones. Del teatro europeo, su curiosidad se dejó cautivar por Pirandello y Shaw, como por Chejov y Barrie; pero es tal vez en D'Annunzio donde la más joven de nuestras primeras actrices podrá encontrar mejor estrofa para la melodía de su espiritualidad. En la risa y en el llanto, el

clásicos tuviese albergue digno. Ese es el pecado que condenó a Tallaví

rostro de Isabel Barrón encubre a medias una congoja remansada, y hay en sus ojos

presentimientos de angustias que sabrían cambiarse en horrorizada dilatación ante el bárbaro y fuerte y cruel poema d'anunziano, en la emoción violenta, apasionada y viva de la obra del poeta de Italia...

Pero Isabelita Barrón vive encerrada en este laberinto del teatro español en que no negarse a las más puras inspiraciones acusa de petulancia, altanería y vanidad. Y el rostro de heroína d'anunziana ha de subordinar también su expresión a la expresión de otras psicologías menos intelectivas, menos dramáticas, para copiar el gesto desenfadado y frívolo de la *girl* de esta hora americana—aquí, como en América—, que bajo el típico indumento pampero o bajo el vestido de caballista andaluza, como bajo el modelo de París y sus copias, impone el americanismo cinematográfico a que la moda actual rinde vasallaje.

Y habrá que confiar solamente en que todo el sistema teatral español se transforme, o esperar a que un día pueda Isabel Barrón alzarse independientemente con su verdad, la de su alma, la de su rostro y la de su sensibilidad artística...

José ROMERO CUESTA





INSTANTÁNEAS DE BARCELONA



Feria de palmas



A estado varios días en nuestra ciudad, y nos ha obsequiado con admirables conferencias, un gran hombre de ciencia argentino: el decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Buenos Aires, doctor Enrique de Butty. La Diputación provincial, que, bajo la presidencia del conde de Montseny, se afana por honrar la tribuna de su salón de sesiones, llevando a ella lo más esclarecido de la intelectualidad nacional y extranjera, puede estar verdaderamente satisfecha de su labor cultural, que en las conferencias del Sr. Butty han tenido, además, el aspecto interesantísimo de darnos a conocer una de las figuras preeminentes de la Argentina en el campo de las ciencias matemáticas.

—«Hermosa metrópoli internacional, blanca ventana abierta a un paisaje verde; gran ciudad, donde se trabaja y se estudia como en pocas...» He ahí las palabras con que el Sr. Butty ha expresado su impresión sobre Barcelona.

Y Barcelona sabe enorgullecerse de ese juicio merecido al ilustre hombre de ciencia, como debe estar complacida de haber tenido para el sabio argentino aquellas atenciones que, más que en los banquetes con que se procuró obsequiarle, se exteriorizaron en la atención y el aprecio a las enseñanzas que vino a otorgarnos desde la ciudad del Plata.

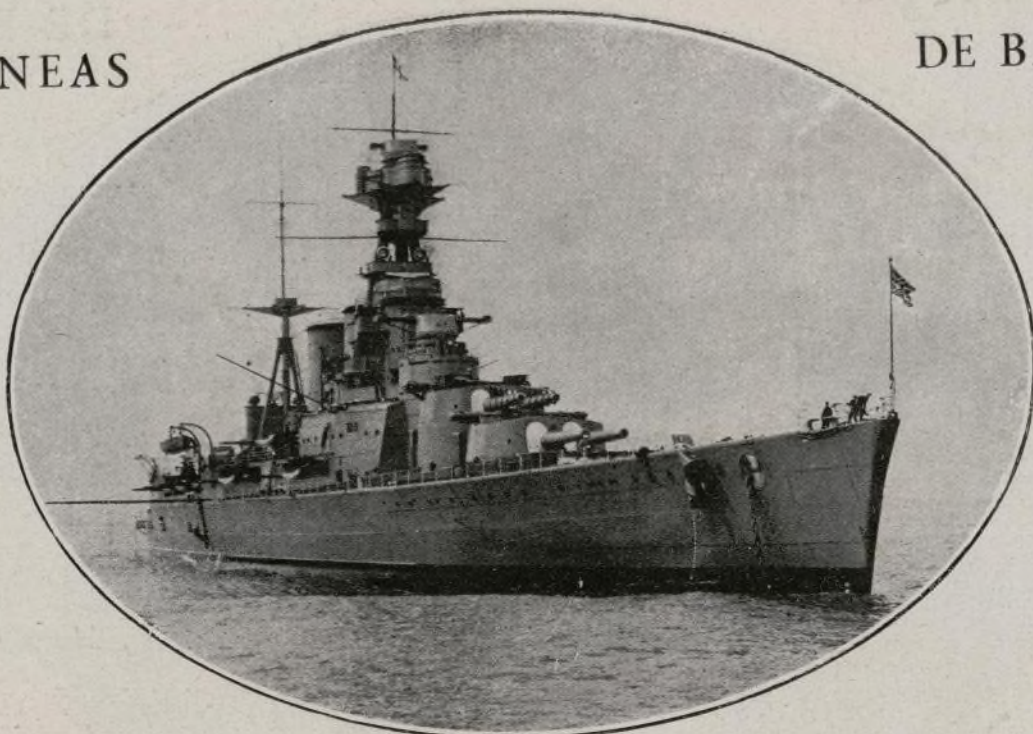
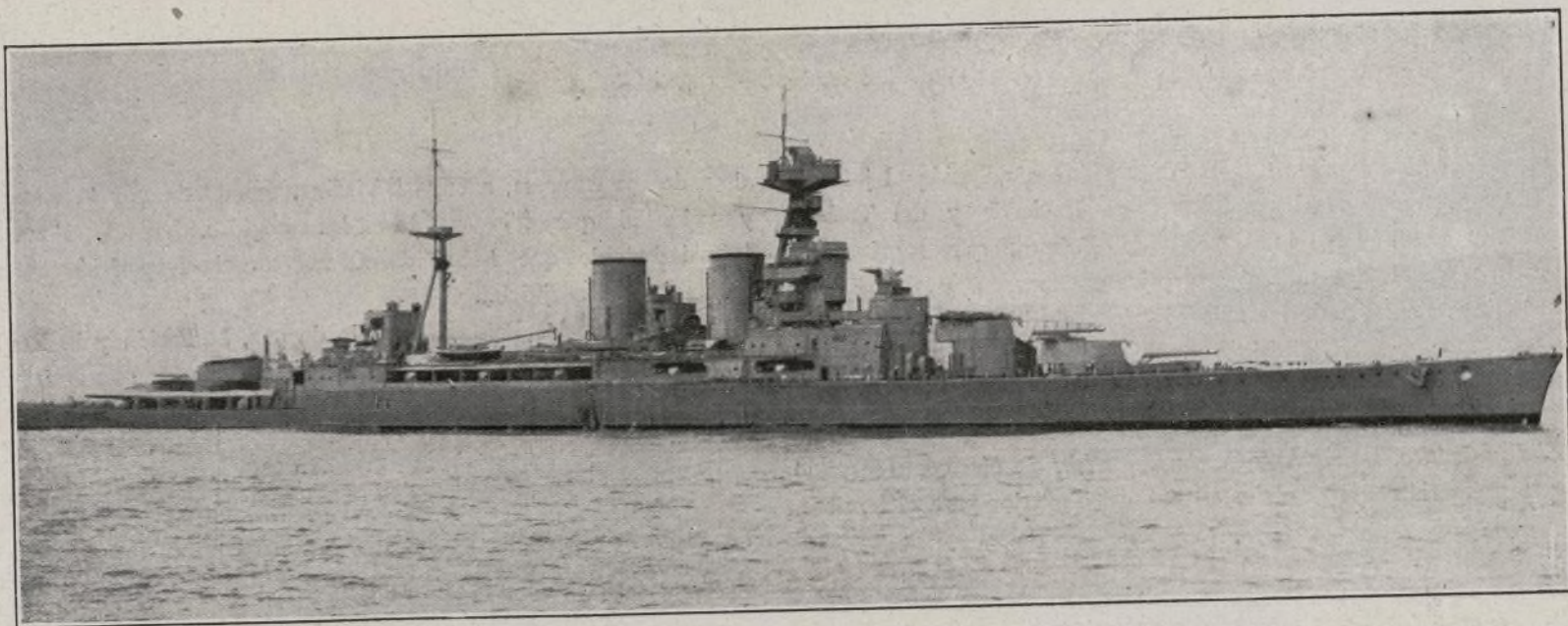
Muchas veces fondearon en nuestras aguas los buques de guerra ingleses. Una vez más nos han visitado los rígidos y admirables marineros británicos, dándonos con sus grandes acorazados—entre ellos el más moderno y grande del mundo— y con sus diminutos y rapidísimos *destroyers* la impresión de su poderío en los mares, y proporcionando a los barceloneses la satisfacción de hacerles ver nuevos testimonios de la simpatía que nos inspiran, con la acogida cordial y con la alegría de festejarles...

La visita de la Real Coral Zamorana, brillantemente dirigida por un ilustre músico, el maestro Aedo, ha dado motivo para que Barcelona aprecie el entusiasmo que en Castilla inspiran las enseñanzas de nuestro Anselmo Clavé, y el acierto que supone la organización coral de Zamora, recibida, agasajada y aplaudida aquí como merece serlo.

En sus conciertos en el Liceo, en colaboración con la Banda municipal de Barcelona, y en el Palacio de la Música Catalana demostraron bien los coristas zamoranos —entre ellos muchas y bellísimas señoritas, cuyas típicas mantas lucieron, espléndidas, por nuestras Ramblas entre la simpatía y admiración de las

INSTANTÁNEAS

DE BARCELONA

*El acorazado inglés más grande del mundo**El barco de guerra mayor del mundo*

barcelonesas— su competencia musical y la belleza de los cantos de Castilla.

Nuestro entusiasmo les acompaña en el laurel y en los lazos que a su bandera prendieron como trofeo de su triunfo el alcalde, barón de Viver, y el presidente de la Diputación de Barcelona, entre vivas y aclamaciones a las regiones y a España.

* * *



Pródigo ha sido marzo en acontecimientos y actos dignos de esta urbe, en plena y febril actividad, preparadora del gran certamen internacional.

Celebró el Colegio Mayor Universitario de Alfonso XIII, en Vallvidrera, el primer aniversario de su fundación; pre-

Colegio Mayor de Alfonso XIII

INSTANTÁNEAS

DE BARCELONA



El profesor argentino Enrique de Bully.

senció Barcelona imponente manifestación de adhesión al jefe del Gobierno, venido con los ministros de Hacienda y del Trabajo para inaugurar el túnel de la calle de Balmes, que suprime los pasos a nivel que tantas desgracias ocasionaron y deja libre y urbanizada una vía de las más céntricas de la ciudad, e igualmente un magnífico edificio para la Delegación de Hacienda... y hasta tuvo ocasión un magno banquete para festejar el desarrollo de la gran empresa que significa la publicación de periódicos como *El Día Gráfico*, *La Noche* y *Gaceta Deportiva*; de oír cómo se pidió y se prometió conceder la medalla del Trabajo para el hombre,

alma de esa empresa, a cuya iniciativa, secundada por la energía y voluntad que sólo cuenta en los escogidos, debe Barcelona el éxito indudable que habrá de obtener con la Exposición Internacional de Montjuich...

La fiesta de las Palmas, símbolo de paz, la Pasión y la Resurrección del Señor, marcan en la última semana de marzo felices auspicios para la prosperidad de Barcelona, Cataluña y España entera...

¡Resurrexit!...

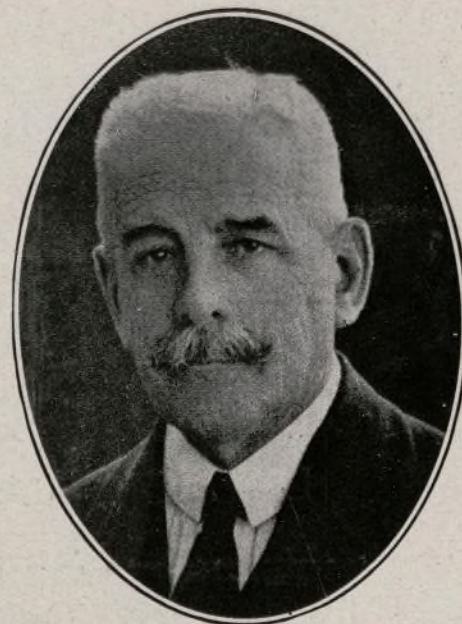
X X X



La Coral de Zamora

Fotos
Sagarra

Durante el pasado mes...



El conde del Grove.

... produjo muy hondo pesar el fallecimiento del pundonoroso caballero conde del Grove, profesor que fué de S. M. el rey Don Alfonso XIII y actualmente lo era de su A. R. el príncipe de Asturias, en cuyos cargos puso siempre sus mayores lealtades y su profundo respeto a las augustas personas.

Figura muy destacada de la aristocracia madrileña, su desaparición ha sido tan sentida como relevantes eran los altos merecimientos de este caballero.

* * *

... fué clausurada la magnífica Exposición de obras con las que los artistas españoles han rendido su admiración a la sugestiva labor literaria de los hermanos Álvarez Quintero.

Pintores y escultores acudieron a los salones de los Amigos del Arte, para llevar la ofrenda de su inspiración jugosa a esta interesante Exposición, en la que vibró plásticamente toda la noble gracia que ha sabido prodigar la musa fácil y reidora de los insignes comediógrafos.

* * *



La Exposición de los Quintero.



... se celebró la inauguración de un nuevo trayecto de nuestro ferrocarril Metropolitano, tendido entre Cuatro Caminos y Tetuán. A dicha fiesta asistieron distinguidas personalidades para celebrar los evidentes progresos de la urbe, que así ve acrecentados sus modernos servicios de locomoción.



*Inauguración del Metro
Cuatro Caminos-Tetuán*

Fotos Marín.

Futbol

LOS GRANDES CLUBS

LA REALIDAD
Y LAS POSIBILIDADES DEL
REAL MADRID

HABLANDO CON
EL MARQUÉS DE BOLARQUE



UN flota en la estancia el humillo blanco del fogonazo de magnesio disparado por Marín. Hemos sorprendido al marqués de Bolarque en plena actividad de su trabajo. Ahora uno y luego otro, van entrando empleados del Banco para poner documentos a su firma. El presidente del Real Madrid nos ruega:
—Un momento, y soy con usted.

Y sigue firmando. Los papeles blancos y verdes, donde se barajan cifras fabulosas, han desaparecido ya sobre su mesa.

—Estoy a sus órdenes
—pone luego el marqués de Bolarque, con esa afectuosidad sincera que es como un título más en sus blasones. Y comenzamos a charlar.

—¿...?

—No lo crea usted. El campo de Chamartín es de exclusiva propiedad del Real Madrid. Para su compra nos ayudaron los Bancos Hipotecario y Urquijo. Al Hipotecario le iremos pagando durante veinticinco años la hipoteca que nos ha hecho, y el Banco Urquijo ha tomado la emisión de obligaciones, que sobre nuestro terreno se hizo. Poco a poco lo iremos amortizando todo, y ese espléndido campo quedará libre de los actuales gravámenes.

—¿...?

—Nos costó en firme novecientas cincuenta mil pesetas con todas las construcciones que posee, esto es, tal como está; a dos pesetas cuarenta y cinco el pie, y tiene en total cuatrocientos mil pies.

—¿...?

—Nuestra organización deportiva es la de un verdadero Club moderno. En nuestro campo se hace hoy fútbol, tenis, *jockey*, natación y pelota vasca. Además contamos con un gran gimnasio, cuya clase dirige persona tan com-



El campo del Real Madrid.

FÚTBOL

petente como Heliodoro Ruiz. Cada una de estas secciones tiene su correspondiente delegado.

—¿...?

—En efecto, todo esto supone un elevado presupuesto de gastos; pero, dando buen deporte, la afición sabe responder y compensar el dispendio hecho. Además, el negocio, el único negocio del Real Madrid con su campo, es el del aumento del valor del terreno en un futuro próximo.

—¿...?

—Unos proyectos tan legítimos como honrados y como deportivos. Cuando el campo actual pueda venderse con ganancia, lo venderemos. Entonces, con

Madrid. Nuestro deber es cumplir los estatutos fundacionales del Club; esto es, hacer *sport* por el mismo *sport*, sinceramente.

—¿...?

—Así lo creo. Hemos llegado a la perfección orgánica en el sistema de directivas; tanto, que algunos Clubs grandes, entre ellos el Barcelona, hablan de imitarnos. Somos seis en el Madrid: Parajes, que es la encarnación de la diplomacia y el buen sentido; Bernabeu, el hombre conocedor, recto y autorizado; Benito Pico y

—No, no queremos malversadores de las buenas ideas. No queremos que nadie explote el nombre del Real



Rubio



Lascano



Triana



Quesada



Cabo



Prast



Peña (J. M.)



Morera



Uribe



Urquiza



Esparza

dinero propio, construiremos otro de entrenamiento y sólo para los del Club, sin público ni taquilla, donde aquellos puedan ejercitarse en toda clase de deportes.

—¿...?

—Confiamos en que el proyecto de ese gran deportista y hombre bueno, el doctor Oller, presidente de la Federación Centro, tenga una espléndida realidad. En la próxima Asamblea de la Federación Centro, el doctor Oller propondrá al Municipio, con el apoyo de todos los Clubs; la construcción de un magnífico Estadio Municipal. Este Estadio será para todas las Sociedades de primera categoría de la región. En él se celebrarían los partidos de campeonato y amistosos que concertasen los Clubs, y éstos, intervenidos por la Federación, irían amortizando al Municipio en cosa de unos años el valor del coste del Estadio. Se señalaría un tanto por ciento prudencial en los ingresos, y así el pueblo de Madrid se encontraría en plazo no muy largo con un Estadio suyo que cumpliera sus aspiraciones deportivas.

—¿...?

—El lugar de emplazamiento sería en La Chopera, del Parque del Retiro. Tiene algo de romanticismo para el deporte este lugar, un hondo poder de evocación, ¿no? En La Chopera nacieron al deporte madrileño algunos de sus más grandes jugadores. Félix Pérez, Valderrama, Quesada... En este Estadio podrían celebrarse los juegos olímpicos de 1936. Madrid los reclamaría para sí. Se aprovecharía para la natación el gran estanque del mismo Retiro.

—¿...?



MANUEL G. DOMINGO

(Fotos Alvaro.)

FÚTBOL INTERNACIONAL



El equipo español que venció en Sevilla al de Portugal



UN viéndolo nos parecía un ensueño. Aquellos once muchachos españoles evolucionando en el Estadio sevillano ¿eran, en efecto, los genuinos representantes de nuestro fútbol nacional? ¿Dónde estaba el juego alocado que había sido durante años como el distintivo de nuestra modalidad deportiva? ¿Dónde aquella furia ciega y desordenada que nos apartaba de la privativa técnica moderna? ¿Dónde aquella desarticulación de líneas que iba relegando a nuestros colores a la valorización ínfima en el concierto mundial?



Rubio, marcando el segundo goal español

(Fotos Serrano)

Aquellos once mozos que lucían sobre sus zamarras el triángulo de la Real Federación Española eran la personificación viva y brillante del fútbol más depurado, de la calidad más suprema, de la tensión del músculo hecho arte, del movimiento elevado a la más alta plasticidad. La forma vieja y caduca había desaparecido para dar paso al modo más quintaesenciado que cabe en una fiesta de atletas. Era como el repentino trasplante de ese fútbol centro-europeo matizado con los más bellos frutos de la inteligencia a la tierra donde sólo podía florecer la ins-

FÚTBOL INTERNACIONAL

piración con sus bondades y sus defectos; pero ornada la creación inteligente con la viveza, el fuego meridional, la honda vehemencia que son como los cuarteles exclusivos de nuestro escudo atlético.

El milagro se ha hecho. Ha bastado la fuerte voluntad de un hombre bueno, de D. José María Mateos, nuestro seleccionador nacional, para que el molde viejo de nuestros fracasos cayera hecho añicos. Ya era mucha furia, muchas individualidades brillantes y mucho respeto a las históricas consagraciones, a costa del progreso y prestigio de nuestro deporte. Maldito sea todo aquel pasado, en el que la claudicación y el temor a las rancias glorias inservibles había estancado el nombre deportivo de España en la vergonzosa zona del descrédito. ¡Hombres nuevos! ¡Hombres nuevos!—reclamaba a gritos la afición entera, y D. José María Mateos se los dió. Que su generosidad sea premiada.



El equipo portugués que fué derrotado por el español

Fortalecía el ánimo la simple contemplación de aquellos cinco hombres que en el ataque español recibían su bautismo de gloria en el campo internacional. Aquéllos eran otros. España aun no estaba borrada como potencia deportiva en el cuadro universal de los países de vanguardia. Todo lo perdido, todo lo abandonado lo recogía para su país ese nuevo equipo español que entre los cármenes sevillanos batía con superioridad incontestable al fuerte conjunto portugués en pleno camino de sus triunfos.

¿Qué mayor homenaje para esos vencedores que ofrecerlos en estampa corrida como el airón de estos trazos informativos dejados sobre el papel cuando aun la mano estaba caliente por la emoción del momento excelso? Vedlos en su natural apostura antes del choque inolvidable. Ni una mirada torva, ni un gesto de duda. Con la sonrisa fácil del que se sabe fuerte y sabe mirar confiado hacia el instante próximo que ha de ser clarín de victoria.

Vencido Portugal, Francia espera.

¡Vencerán!, grita el templado ánimo que supo de todos los fortalecimientos insospechados allá a la vera de los sevillanos cármenes, ante el friso nuevo de once hombres que sabían lo que llevaban en rojo y gualda sobre sus zamarras y en el lado izquierdo, para que se sintiera más próximo al corazón.

RIENZI



Un ataque de la delantera española

(Fotos Serrano)





Un grupo de bellas alpinistas.



Ricardo Arche.



Elena Potestad.

ALPINISMO

MADRID tiene también su Paraíso blanco en las cumbres nevadas del Guadarrama. El esquiador es el que gladia. Fácil, raudo, erguido sobre sus lanzas, la nieve pone como una suavidad de seda bajo su paso.

¡Puerto de Navacerrada, con sus nudillos planos interminables! Escena vestida con los plumones de la pereza universal. Blanco, blanco y blanco hasta la tiranía de lo imantado!

Sobre este mar de espumas, el Real Club Alpino ha celebrado sus campeonatos de fondo para el esquiador. Fué Ricardo Arche el primero que cruzó sus lanzas sobre la meta del triunfo. Pero la nieve es de todos, y la mujer sentó también su derecho. La señorita Elena Potestad, vencedora en la audacia alpina de su sexo, sonríe con gracia de heroína.

¿Cómo puede vivir el triunfo en la mujer si no es con una sonrisa?

El ciclismo en Madrid

El ciclismo cuenta en Madrid con legión de entusiastas que han hecho de este deporte una manía, atrayendo hacia ellos una gran parte de ese núcleo indiferente que vive en todo sin detenerse en nada.

La temporada oficial ha dado ya comienzo. Ha sido con la celebración de una prueba ciclo-pedestre, primera de este género verificada en Madrid, con la que los corredores castellanos han desempolvado sus sandalias de ruta.



Manuel López.

Los participantes de la primera carrera ciclo-pedestre celebrada en Madrid.

Carrera mixta, en la que el atleta ha de alternar el vigor puesto en los pedales con el paso de obstáculos a pie firme, llevando sobre sus espaldas, como mochila en banda, la carga de la máquina inactiva.

Manuel López, el fibroso campeón de Castilla, fué el primero en cruzar la meta de llegada.

Amplio de tórax, férreo de antebrazo, sus piernas son como las bielas del éxito. Es el hombre que cruza por la vida a toda máquina.



VIDA AÉREA



Las
mujeres

y la
aviación

LA vida aérea es quizá la primera y más brillante plasmación científica de este siglo XX, llamado siglo de la civilización. El ala de cáñamo cantada por D'Annunzio en sus *Quizá sí, quizá no* avanza por la escala del progreso con la misma velocidad con que cruzan tras los giros de una hélice las claras transparencias azules.

Veinte años escasos, desde los primeros balbuceos salidos de los «hombres pájaros», han bastado para que el dominio del aire se acasi una cosa lograda. El progreso florece entre mares de sangre, y sangre de mártires y héroes ha sido la semilla derramada para que el avance aviatorio lograra esta floración nueva de hoy, cubierta la tierra por miles de alas brillantes como flores de acero de la ciencia en fructificación.

Donde cayeron unos, otros se levantaron, y la vida sigue, sigue sedienta de nuevos héroes y nuevos mártires.

Donde hubo un aviador hubo un corazón generoso pródigo de

su sangre, y tanto, tanto se avanzó en las tablas magníficas de la emulación, que ya no son sólo ellos los que cabalgan sobre el timón de fondo. La mujer siente también la abnegación de su sexo, fortalecido por las costumbres nuevas, el deseo de nobles hazañas y dominación sobre lo indomitable.

Ved aquí esta estampa, llena de fuerza y exquisitas sugerencias, de la señorita María Luisa Bernaldo de Quirós, la primera mujer que ha alcanzado en España el título de piloto del aire. Flexible, serena, con el reflejo de la entereza en la mirada tranquila y la sonrisa tenue que reta al peligro recogida en las comisuras.

Y a sus pies el galgo amigo, flecha de carne sobre los yerros terrenales. ¡No importa! ¡No importa!, parece decir la intrépida.

«Yo llegaré antes que tú, porque mi pájaro tiene alas de galgo y corazón humano, y frente a él se abre el horizonte inacabable, profundo, amplio y claro como una llamada.»

DEPORTES DE INVIERNO

SOBRE LA NIEVE ENDURECIDA



Thumborg

Lo veis aquí inmóvil, en «posse» serena sobre sus patines? Es el finlandés Thumborg, «el pájaro negro de Davos», que ha conquistado el campeonato europeo de patinaje sobre los quinientos metros.

Contemplad su bonito perfil, sus ancas finas y ágiles, su silueta esbelta. Tiene todo él la proyección estilizada del esquife.

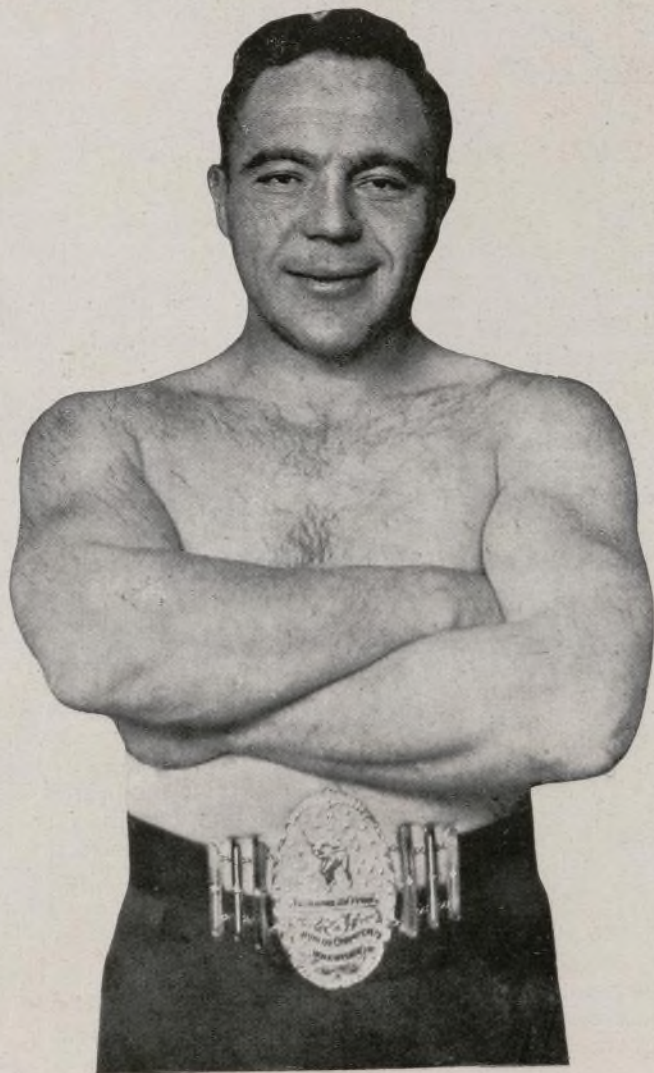
Sobre la nieve endurecida del famoso rincón suizo, Thumborg fué la flecha lanzada tras el vuelo de la victoria. Hay en estos deportes del invierno algo que invita a abrir la

mirada y a extender el músculo sobre las limpias superficies nevadas.

El polvillo impalpable de todo lo sedentario, del vicio y de la civilización vertiginosa va cubriendo las ciudades con una capa de tedio y agotamiento. El pulmón necesita de puros ambientes; la retina, de claras perspectivas, y la juventud nueva se lanza a los campos del invierno, soberanamente blancos y soberanamente bellos, para beber en

ellos el buen sol que ilumina las nieves.

Thumborg, «el pájaro negro de Davos», es la nueva figura del músculo vernal en el deporte de los hielos. Y es el filo tajante de sus patines la quilla llamada a la conquista sobre los mares solidificados en blancuras. Más maravillosos cuanto más tiránicamente blancos.



GRECIA Y ROMA

LA GRACIA Y LA FUERZA

Sobre la grupa el cinturón mundial, Sonnenberg, cruzado de brazos, tiene la sonrisa satisfecha del triunfo recogida en las comisuras. Es el campeón nuevo del brazo rodado y de los volteos aparatosos, del bíceps gigante y del tórax tallado en piedra.

Grecia y Roma, la gracia y la fuerza que animaron las fiestas circenses, son hoy nuestras. Es la herencia de los hombres fuertes.

Abatido en Boston, en pelea de cíclopes, el poderoso Lewis, su vencedor, Sonnenberg, reta al mundo de los luchadores que esperan. El tapiz está puesto. Lucha expectante de grecorromana, con relieves de buril y matices de friso, sólo falta la voz que ordene avanzar.

Fotos Marín.

VISLUMBRES DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA



No es extraño —todo en el mundo halla su explicación correspondiente— que sea Bolivia la República americana menos conocida de España y los españoles. Su situación geográfica, que la confina en la meseta de los Andes, dificultando sobremanera toda clase de comunicaciones, es causa de que el emigrante de nuestra sangre y de nuestra lengua no llegue hasta allá. Y ya se sabe lo que el emigrante influye para mantener bien asentadas esas relaciones sentimentales que son, en primero y último término, razón de todos los conocimientos. El emigrante sueña con la España que abandonó; pero es indudable que desde la nueva tierra donde asienta la planta inquieta y ávida lanza cables que tiran del interés, de la curiosidad, de un amor, no por incipiente menos cierto, hacia la patria nueva, por parte de sus familiares y amigos, en el lejano pueblo natal. Por el gran arco que tiende la emigración sobre el mar, el español se interesa en la vida de la Argentina, del Uruguay o de Cuba. Bolivia, por el contrario, aislada y recóndita, más cerca del cielo que del viejo continente, permanece oculta para quienes no sepan ver y oír a distancia. Hacia el centro de la América del Sur, es como un corazón que no se ve fácilmente, pero que deja oír su hondo latido a los que aciertan a poner su mano extendida, con ademán de auscultar, sobre la Geografía y la Historia del Mundo Nuevo.

* * *

Un decreto —el memorable de 16 de mayo de 1825— prejudgó el nacimiento del nuevo Estado. Libre de los virreinos a que su-

cesivamente había estado sometido en tiempos de la dominación española —el virreinato del Perú y el de Buenos Aires—, el nuevo pueblo tuvo que reforzar su voluntad de emancipación, darse fronteras que no podía buscar en la antigua división colonial, y hasta inventarse un nombre. Otros países americanos se emancipaban de España: el alto Perú, a poco Bolivia, tenía que lograr más: tenía que nacer. Y fué su fortuna encontrar en el general Sucre un formidable parteador. Los togados y universitarios de Chuquisaca, como los insurrectos de La Paz y de Cochabamba, no habrían logrado, en diez, doce, quince años de cruento esfuerzo, otra cosa que un cambio de tutela. De manos de España hubiese pasado el poder sobre la meseta andina y su vertiente oriental, a las del Perú probablemente. Mudanza de dueño, pues. Otro amo y señor, pura y simplemente. Pero Sucre recogió con ejemplar clarividencia el ansia patriótica de los guerrilleros altoperuanos, que le salieron al encuentro, en famosa entrevista, ya consumada la victoria de Ayacucho. El derecho de los pueblos a constituirse según los dictados de su voluntad era dogma que Sucre profesaba, como también Bolívar. Sólo que Bolívar se sentía inquieto ante una excesiva fragmentación de las flamantes nacionalidades. Sucre venció los recelos del Libertador, y éste convocó un Congreso que deliberase y resolviera. Reunióse la Asamblea, y el 6 de agosto bautizó la recién nacida República con el apellido de Simón Bolívar.

Bolivia recuerda a Bolívar, como Colombia a Colón. Son los dos países que izan sus nombres a modo de perdurables recordatorios. Y en verdad que nadie merece memoria tan cierta como el hombre

que descubrió el continente y el que le dotó de conciencia política. «De Colombia soy hijo —pudo decir Bolívar—; pero de Bolivia soy padre...» Lo fué en unión de otro héroe: el ya citado Antonio José de Sucre, guerrero, legislador, diplomático, tribuno, en una de esas impresionantes mezclas que son características de los grandes períodos históricos. Las épocas en que la atmósfera, cargada de fluido pasional, electriza a los hombres, acumulándoles facultades... Bolívar y Sucre: «vidas paralelas» de un nuevo Plutarco.

* * *

Tres millones de habitantes es población muy escasa para cubrir el vasto territorio que se extiende, quiebra, alza y repliega entre el Perú, el Brasil, el Paraguay, la Argentina y Chile. Nótese que en esta enumeración de fronteras falta la significada por el mar; límite que rara vez falta a los pueblos; límite que apenas si lo es. El mar no separa: une. Por lo mismo, tienta a todos los Estados esta móvil valla fronteriza que señala con múltiples dedos de espuma caminos diversos que traen y llevan, en cambio incesante, intereses e ideales.

Bolivia no tiene mar. He aquí su drama histórico. La llamada guerra del Pacífico hizo pasar a Chile la faja de litoral que venía disfrutando desde su nacimiento al concierto de los pueblos independientes. Comenzaba la costa boliviana en Antofagasta, para terminar al sur de Punta Falsa. Luego... La salida al mar de Bolivia quedó supeditada a las vicisitudes del vidrioso pleito Tacna y Arica. De Arica, precisamente, parte el ferrocarril que lleva hasta La Paz. De suerte que el boliviano tiene que pisar tierra extranjera para salir al mar, con sus legítimos deseos de viajero o traficante y exportador. Corrientes de plata y oro se embalsan en los valles de Bolivia, espejeando al cielo impávido y solicitando impacientes la explotación y el beneficio.

La riqueza legendaria de los «Perules», según expresión proverbial entre los españoles, está localizada en gran parte en Bolivia. Como también la de Potosí, materia asimismo de sueños que no tuvieron nada de quiméricos. El mítico y suspirado Eldorado, andaba por allá, indudablemente, para cebo y obsesión de conquistadores y aventureros. Tierra de ofuscantes riquezas inverosímiles... Quienes cuentan y recuentan estas cosas, aseguran que España obtuvo de las minas bolivianas de plata, cuando Dios y la Historia quisieron, más de tres mil millones de pesos, por derechos de quinto.

Las cifras cansan, y, después de todo, no dicen mucho, al que no sabe relacionar datos, valores, aspectos diversos de la vida social y económica. La Estadística, con todos sus humos de exactitud y precisión, es precaria flor de relatividades, y sólo prospera en el invernadero de profusos y recargados cuadros comparativos. Al lector medio, la sola evocación del cerro de Potosí dice más que todos los números movilizados en columnas de honor. Pero junto a la deslumbrante montaña argéntea brotan otros veneros de apariencia más modesta y que asimismo acarrear riqueza: caudales de estaño, cobre, antimonio, bismuto, sal, salitre...

Los fértiles valles adonde llega el cultivo dan enorme y abigarrada variedad de frutos y productos: el maíz, el arroz, el café, la caña de azúcar, la yuca, el plátano, el mani... Los densos bosques del Este, desbordando resinas y esencias olorosas, cierran el abrupto paisaje de Bolivia, rico en colores y en calidades: desde lo árido a lo tierno, desde lo paradisíaco a lo desértico.

Una pintoresca fauna anima los panoramas: la ganadería, naturalmente, cubre los primeros términos. Vastos rebaños, sobre praderas inmensas, pregonan bíblica abundancia en los departamentos de Beni, Santa Cruz, Chuquisaca, Cochabamba, Tarija, Arce, el Gran Chaco... Pero el animal salvaje acentúa de típico, inconfundible modo, la altiplanicie: asiento de la puma, la alpaca, la vicuña, el guanaco, la chinchilla, la llama... Junto a la llama, el «llamero». Esta pareja de animal y amo, de fuerte sabor indígena, es buen emblema plástico de Bolivia. Dejemos que una pluma de allá lo describa: la pluma ágil de un excelente escritor, Alberto Ostría Gutiérrez, que en el *Rosario de leyenda* canta el pasado tradicional de su patria y en *La casa de la abuela* exalta el abolengo español: «La llama es la fiel compañera del aymara, la de los andares de dama. Tiene la timidez de la gacela y la arrogancia descompasada del camello. La llama no conoce rebeldías ni malos humores. Es toda mansedumbre, toda sumisión. Además, toda bondad, toda feminidad. Al cruzar la altiplanicie, se detiene a veces un instante, ma-

jestuosamente, estira el cuello largo y, mirando la inacabable llanura, muerde con brío la paja brava del camino y sigue adelante, coqueteando al sol. La llama reconoce y comprende a su amo, al llamero. Acude presurosa a la voz de éste, y cuando va de viaje obedece sus órdenes como obedecería un niño, porque para ella no se hicieron ni la rienda ni el bocado. En los días de tormenta, cuando ese viento maldito del altiplano se arrastra despavorido arrancando la queja de los pajonales, y vivos relámpagos desgarran el cielo, y la lluvia va formando grandes charcos en la llanura, las llamas —las llamas blancas, overas o negras— se detienen, y acercando sus cuerpos se prestan calor y valor las unas a las otras. Y así esperan. A su lado, espera el indio. Espera. De cuclillas, inmóvil, limpia de arrugas la frente, clava sus ojos en el horizonte. Los ojos de la llama y los ojos del indio miran de la misma manera, hacia el mismo sitio. Ni a la tierra ni al cielo. Miran al infinito.»

El indio... Predomina en la República de Bolivia, constituyendo un problema de varias irradiaciones: política, social, económica, educativa. Los *quichuas* viven en la gran meseta: raza fuerte, de cara a los vientos. Los *yuracares* moran en la penumbra fragante de los bosques. Los *moros* y los *chiquitos*, en las tierras del Este. Hablan el *quichua*, el *aymara*, el *mojá*... Nuestra lengua, para penetrar por entero, lucha, como todos los factores de la cultura, con las dificultades de las comunicaciones y con el obstáculo geográfico.

* * *

Siempre la Geografía... La Geografía pesando sobre Bolivia como una fatalidad muy difícil de remover, entorpeciendo la expansión económica, estorbando la valoración de tesoros casi intactos... Los indios llaman al Potosí el cerro que llora plata: *Kolque-guacaj*. Pero la metáfora adquiere, sin duda, sentido más profundo y patético. Toda la Naturaleza boliviana llora su aislamiento... Mas no faltan al humano, sino raramente, las compensaciones. La geografía que perjudica la *mise en valeur* de las riquezas de Bolivia, la regala, en cambio, pródigamente singularidades y encantos de tanta magnificencia como el lago de Titicaca, situado en el límite con el Perú, a una altura de 3.900 metros sobre el nivel del mar. Alivia con el espejo enormísimo de sus aguas la austera sequedad del silencioso contorno. Todos los viajeros coinciden en el encomio de este imponente cielo, líquido y caído. Cuenta doscientos kilómetros de longitud por ochenta de latitud. ¿Cuántas veces más que el de Ginebra, tan asombroso ya para el europeo...? Pero toda América —ello es sabido— está trazada a escala máxima. El Titicaca dibuja en los mapas un óvalo irregular, en el que se perfilan dos penínsulas: la de Tiquina y la de Copacabana. Costa desigual: aguas que se enturbian, aves que levantan el vuelo hacia el azul, piraguas que bogan perezosas... Guarda el Titicaca, entre otras islas, la de Coatí, que fué consagrada a la Luna por los aborígenes. Piedras milenarias parece que testimonian la presencia allá del templo en que hacían sus ofrendas las vírgenes sacerdotisas... Pero la voz de la Historia no se percibe apenas en el inconmensurable escenario natural. Triunfa la Naturaleza, sin rival posible. «Barrés —recuerda oportunamente Costa du Rels— hubiera intentado, pero en vano, animar tan extraña naturaleza, que apenas el espectro de borrosas y pueriles leyendas hubiera respondido a su llama. Aquí nada está consagrado al amor ni al dolor, nada a lo efímero. Titicaca pertenece al Sol y a la Luna, inamovibles soberanos del infinito...»

* * *

A unos kilómetros de Titicaca, La Paz agrupa su caserío. Ciudad importante, sirve de residencia al Gobierno. La otra capital que interesa en primer lugar a Sucre, la vieja Chuquisaca, que asume la representación histórica y cultural del país que es hoy Bolivia. Su Universidad fué durante mucho tiempo el foco más activo de la América del Sur en cuanto a vida intelectual. Aproximado por mi anhelo y por mi amor, yo siento una extraordinaria simpatía por estas apartadas ciudades de la altanera Bolivia, aplicadas con voluntad indomable a la tarea de fundir en el molde de la espiritualidad moderna esta vieja «raza de bronce», como llama a la suya el gran escritor boliviano Alcides Arguedas, representante, con Ricardo Jaimes Freire, de la más pura y destacada espiritualidad de Bolivia.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

THE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSA...

DEL
TEATRO

ARGENTINO

CREADORES
E

INTERPRETES



A boga que entre nosotros ha alcanzado el arte americano, y especialmente el argentino—que empezó modestamente por el tango—, ha llegado al teatro, y en estos días con tanta fuerza, que se da el caso de que actúen al mismo tiempo en Madrid dos compañías auténticamente rioplatenses.

Parece oportuno, pues, que nos ocupemos de lo que es y lo que representa en la actualidad el teatro argentino.

Y hemos de declarar que, a nuestro juicio, el teatro argentino no existe. Se hace teatro en la Argentina, hay autores que lo cultivan y público aficionado que lo aliente; pero, como está recién nacido, sería un fenómeno, que jamás se produce, que de la infancia se pase de un salto a la madurez; en la Argentina se da el caso de que hay simultáneamente dos teatros: el genuinamente argentino y el arte dramático de caracteres universales que algunos escritores argentinos se han incorporado.

En estos tiempos de fáciles comunicaciones, de intercambio constante al pensamiento, de vida cosmopolita, es difícil hacerse una tradición nacional, es casi imposible sedimentar unos caracteres peculiares, edificar un arte cuya piedra angular sea la íntima expresión de una idiosincrasia racial.

Las naciones viejas se han hecho encerradas en sí mismas, y en transcurso de siglos de aislamiento han forjado con su lengua su pensamiento nacional, su contextura ética y su peculiar forma artística. Han tomado unas de otras, pero incorporándose de tal modo la inspiración recibida que al injertarse y recibir otra savia ha dado por fruto una concepción nueva, una forma propia de caracteres distintos de aquello que sirvió de fuente. Pero los pueblos americanos, en formación aún, llevan un forzado desarrollo, un crecimiento artificial muy distinto de la evolución gradual de las naciones viejas, y en esta fermentación tumultuosa que en ellos se produce, de todas las ideas llegadas de las más diversas naciones no ha podido formarse aún el producto genuino y propio.

Todo resbala, nada penetra, y si devora mucho, poco asimila y le nutre.

Por eso hay dos teatros: el argentino natural, el



Matilde
Rivera

(Foto Martín)

"HE AQUÍ EL TINGLADO DE LA ANTIGUA FARSIA..."



Enrique De Rosas.

sainete o la comedia de costumbres que aun balbucea, pero que es el que en su desarrollo normal puede llegar a ser un teatro propio; y el arte dramático universal, al que los autores argentinos tratan de aportar sus producciones.

Este es el que con más afán tratan de enseñar fuera, y éste es el que aquí conocemos más, porque del otro sólo la compañía de Muíño y Alippi, que pasó por Madrid hace unos años, nos mostró algunos cuadritos simpáticos y entonados, reveladores de la costumbre del país.

Las obras más serias no tienen nada de argentinas, si no es lo que estudiándolas detenidamente puede observarse respecto a su formación.

Son obras a la manera francesa o al estilo español, más inspiradas en el teatro francés que en el nuestro, que hacen el efecto de un niño vestido de hombre. Ingenuo el pensamiento, infantil la arquitectura, de una simpática simplicidad las ideas. Un sencillez y pasado romanticismo las perfuma y contrasta con el traje de última moda con que trata de disimular lo retrasado de su inspiración.

La semilla no da en todas las latitudes frutos idénticos, y el arte, que es madurez, precisa una tierra cansada y trabajada.

¿Por qué los pintores mejicanos tienen en su arte algo de primitivo? Y aprenden como los demás, y tienen idénticos maestros, porque no es lo que se les enseña, sino lo que ellos incorporan. Lo extraño, lo que produce el fenómeno de lo *nuevo viejo*, es que no han ido ellos descubriendo poco a poco y haciendo suyos por grados los adelantos y los progresos, sino que un espíritu infantil

tiene súbitamente a su alcance medios superiores a las facultades de su espíritu, y así se produce el desnivel, que puede compararse al que en el orden material existe entre la civilización refinada de las grandes ciudades americanas con la vida casi primitiva que aun se hace en las tierras apenas abiertas a la colonización.

Son pueblos que no han pasado por el candil y la vela, y gozan de la luz eléctrica; que antes que la diligencia y el ferrocarril tienen el aeroplano, y que sin conocer las lentitudes del propio reciben las noticias por radiotelegrafía.

Hagamos la salvedad de que si puede sostenerse la afirmación rotunda de la inexistencia de un teatro genuinamente argentino, hay que reconocer que en el otro orden del teatro general hay aciertos importantísimos que en otra ocasión oportuna habremos de señalar.

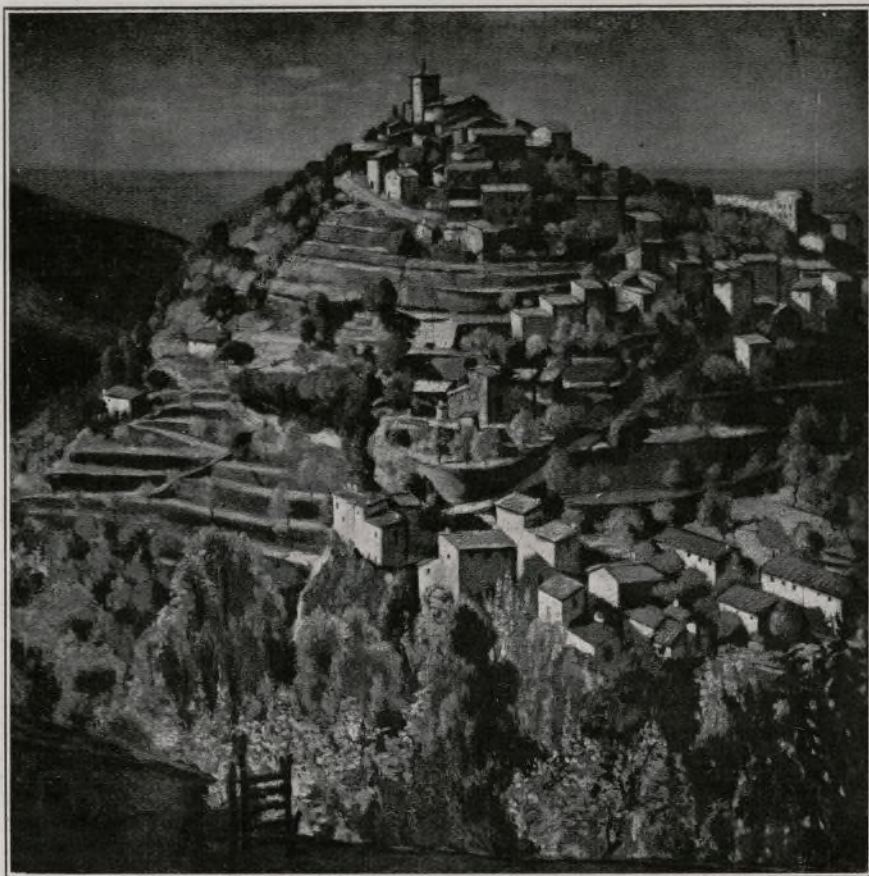
Hay, en cambio, en el teatro argentino admirables intérpretes; intérpretes que dan su argentinismo a obras exóticas, porque ellos son los primeros en encontrar campo estrecho en los límites del repertorio nacional. En ellos, sí, las influencias hispánicas e italianas han producido un arte propio y depurado. Es lo que merece admiración en el teatro argentino, y este apogeo no desdice cuanto llevamos expuesto sobre la formación del arte, porque en la historia humana la interpretación va siempre delante de la creación. El arte imitativo es primero que el arte creador.

José DE LA CUEVA

Fotos Marín.



José Olarra, de la compañía de Camila Quiroga.



«Deya en Mallorca»

EL POEMA DE LA LUZ, DE IGUAL RUIZ

POR

RAIMUNDO

SANDOVALES DE PEAL



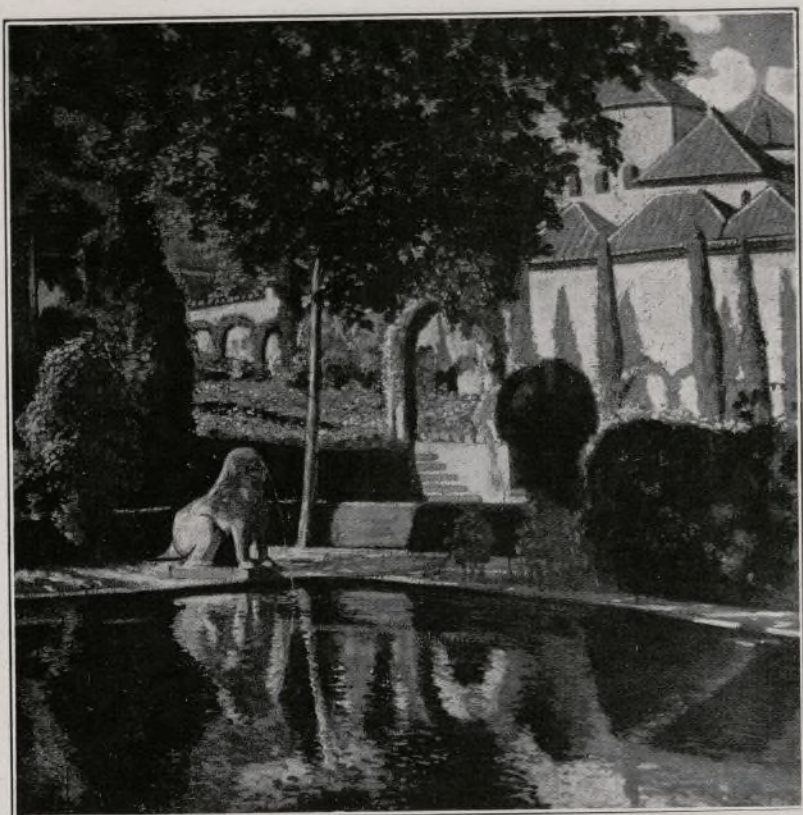
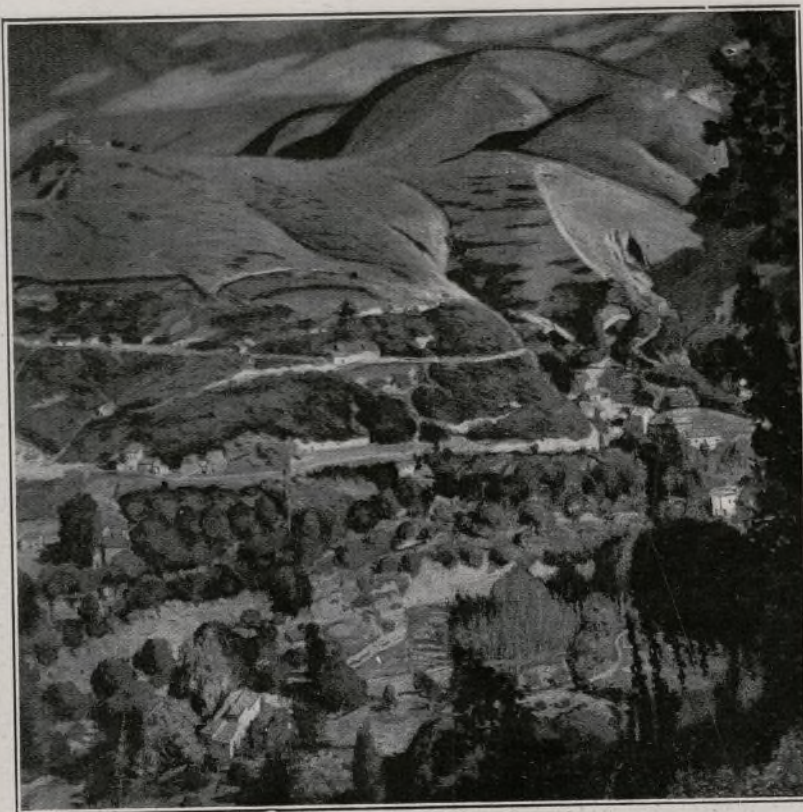
LIGUAL Ruiz, pintor de la gloriosa estirpe valenciana que alumbró nombres tan destacados en la vida del arte, viene a ofrecernos sus lienzos últimos, en los que, sedimentadas ya las anteriores inquietudes turbadoras de su inspiración juvenil, ha sabido poner el ímpetu propio de esa juventud, antes perdida en la persecución de modernismos insinceros.

El pintor se abrazó decididamente a su arte, abandonó recetas de última hora, buscó la sinceridad de su particular optimismo y hallóse al fin con el tono justo de voz para modular su propia canción, la que obedecía tan sólo a las excitaciones de sus complacencias íntimas. Y pudo comprobar que estas modulaciones no carecían de tonos adecuados al sentimiento que se le removía en el alma. Se oyó a sí mismo. Los colores acudían al lienzo como líricas notas de un pentagrama cordial, que le fueran brotando del pecho poco a poco.

Al enfrentarse con la naturaleza libre, fuera del estudio, captó de sus colores, de sus palpitaciones luminosas, los más bellos momentos. Poeta enamorado de la luz, los gró convertirla en protagonista de su inspiración, y a la-



*Güejar
y Sierra
Nevada»*

*Alberca de la Mezquita (Granada)**El Albaicín*

cálidas tierras donde la luz triunfa como lluvia de oro lanzó la flecha de sus artísticas inquietudes.

Verdaderamente que habremos de agradecer al pintor sus preferencias de ahora. Mallorca y Granada le han rendido sus fragantes secretos. Toda la naturaleza—cumbres al sol, vergeles floridos, remansos de las playas evocadoras, sinfonía de la luz que todo lo inunda y lo besa todo—fué sorprendida en horas diferentes: amaneceres cándidos, mediodías sofocantes, tímidos atardeceres... luz, luz y siempre luz, recamando con la magnificencia de un bordado fastuoso las tierras mallorquinas, y los granadinos parajes, ambos de tan histórico abolengo...

Los paisajes de Igual Ruiz cobran fisonomía particular, tienen esqueleto constructivo, armazón resistente, corporeidad casi humana, fuerza y vigor, que los sabios pinceles sorprendieron como si se tratara de un retrato humano. Trozos de vida que así son y así debieran ser.

Igual Ruiz, pensionado

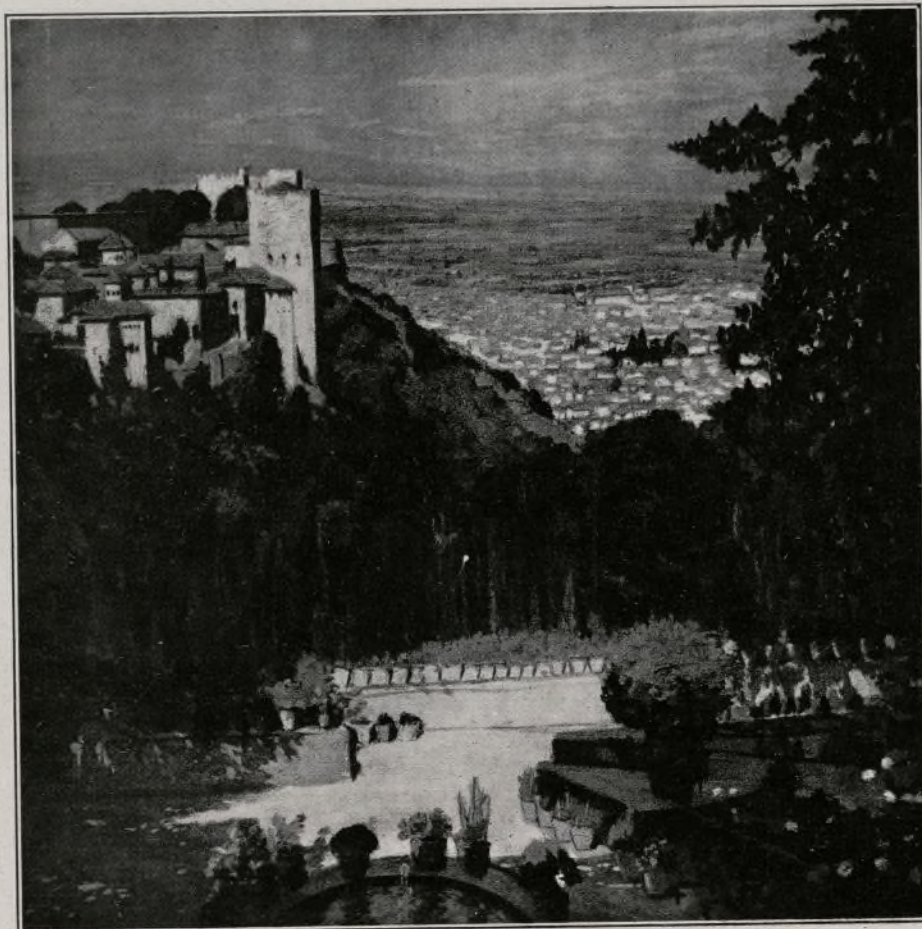
de la madrileña Casa de Velázquez, recorrerá gran parte de Europa con sus cuadros. Próximamente saldrá para Londres. Y en esta hora de españolismo que parece acuciar al mundo de la cultura, sus lienzos llevarán a los ojos de los que no conocen España estos ricos trozos de la España verdadera, que no es tétrica ni borrosa, ni horripilante, que es gloriosamente deslumbradora y ágil, como una canción de pájaros dorados... Canción poemática de sus pinceles inunda con sus trinos, alegres o melancólicos, pero siempre sugeridores, las almas que se paran a contemplar estos lienzos.

Yo los he contemplado bajo la tibia caricia de una limpia mañana, que se asomaba curiosa al ventanal de la estancia, inundada de mil raros objetos de traza antigua, en la que se amontonaban los cuadros, próximos a ser conducidos a la Exposición donde ahora se exhiben.

Luz vieja la que allí había rejuvenecida por el milagro de estos lienzos,

*«Sol en las cumbres» (Mallorca)*

EL POEMA DE LA LUZ



«La Alhambra y Granada»

entre
los que
Igual Ruiz,
como un esfor-
zado animador
de luminarias espi-
rituales, trataba de
poner la justificación
precisa de su arte, de
su técnica de ahora.
Para mí no eran nece-
sarias las aclaraciones;
las telas decían sobra-

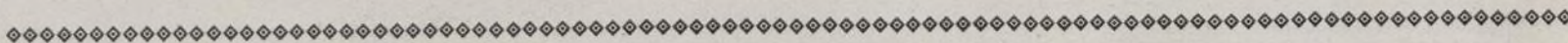
damente, en ideal comunión con mi espíritu, lo que sólo es
posible comprenderlo sin abstracciones ningunas, no intentando
conducirse de otro modo que el peculiar a nuestra sinceridad


mente, las obras del joven pintor levantino llegan a nosotros co-
mo las estrofas de un poema luminoso y sincero, que admirarán
con gusto los finos catadores de arte.

de
todos
los días.

Igual Ruiz
ha encontrado
ya su voz propia
en este panteísmo
exaltado de sus pin-
celes, que saben tejer
oraciones de luz. Y en
estos tiempos arbitra-
rios, en que todo se
falsea tan atrevida-

RAIMUNDO SANDOVALES DE PEAL





MATO JOYERO

MADRID + ARENAL, 9

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido
su trabajo, y...

J. R. E. M. (Ferrol).—No está mal. Pero hemos dicho centenares de veces que las cosas de esta sección no deben tener fecha fija de publicación.

«Atílos».—Correcta la versificación. Ahora, que el asunto es poco interesante para el público.

«Las dos Tóles».—¿Fuerzas?... No. Vulgares.

«Duplex».—La historieta no es nada. Insista.

A. B. (Toledo).—Bien versificado. El tema, sin embargo, está muy hecho. Envíe algo más original.

J. Ch. de L. (Madrid).—¿Otra Anacreónica?... En cuanto a la barcarola, es muy flojita.

S. R. (Madrid).—Ripiosas las dos composiciones. ¡Ah!... Y conste que los cupones hay que mandarlos antes de la aceptación de los originales.

J. C.—Tomamos nota de la firma. El cuento no nos gusta ni tanto así.

«Beatriz».—Ingenuos ambos ensayitos. Y, en literatura, la ingenuidad es todo lo contrario de un mérito. ¿Comprende?

«Zenlay». (Almería).—Sus andanzas juveniles no son ni interesantes ni nuevas.

J. L. E. (Madrid).—Como imitación clásica es discreta. Preferimos, a pesar de todo, algo original.

F. y E. R. (Madrid).—Hay bastantes ripios. Pero, a través de ellos, se adivina que pueden ustedes llegar a hacer buenos versos.

J. L. A. (Santander).—No merecen pasar a la posteridad. A ver si otra vez...

R. E. de la F. (Barcelona).—Es usted un poeta fácil. Pero le conviene leer mucho antes de lanzarse a escribir como profesional.

«Miguel José» (Toledo).—No es digno de usted.

E. G. y G. (Luarca).—Ese ensayo sobre vanguardismo le sobró de la encuesta del «Heraldo», ¿no?

M. S. R. (Real de San Vicente).—Aunque su soneto no podamos decirle que está mal, no nos convence todavía. ¡Se ha dicho tantas veces eso mismo! Esperamos recibir otra cosa suya, seguros de que ha de hacerlo bien.

Ibarrayo (Málaga).—Es usted un poeta demasiado ansioso, y en vista de ello nosotros no le vamos a dar nada por su poesía. Otra vez será, señor poeta.

«Topiquín».—Eso no es un elogio de Sevilla, es hacer honor a su seudónimo. No sirve.

J. M. C. (Carballino).—Esta vez no podemos



CAÍDA DE SOL

*La tarde es toda un incendio
que me envuelve en llamaradas,
y es tan divino el silencio
que soñando el alma, calla.*

*Yo miro absorta el camino
que cual polvoriento brazo
parte, ondulado y amarillo,
en dos mitades el campo.*

*Y bajo las luces magas
todo el camino parece,
en su desnudez callada,
una dormida serpiente.*

FUGACIDAD

*Carro lento que pasas
con la dorada arena
que mojaron las aguas;
en esta calle estrecha
tan tristemente larga,
has puesto las sonrisas
de las costas lejanas.*

CELIA DE ALBORNOZ

Dibujos de A. G. y B.

aceptarle su envío. No rima con el ambiente de COSMÓPOLIS, aunque aquí no nos asustamos de nada.

E. de la F. (Las Palmas).—Siga con su empeño. Nosotros poseemos un cesto magnífico. Alguna vez podremos complacerle. Y en eso del *record* no se envanezca. Los hay persistentes.

M. M. de la C.—«Casa mía» promete mejores frutos. Esperamos insista para poder complacerla.

C. de C. y L. (Málaga).—Vulgar; no sirve.

J. M. C. (Carballino).—Su triple envío de ahora tiene aciertos evidentes, junto a vulgaridades que los invalidan. Pero le admitiremos «Otoño».

L. O. A.—Le admitimos «Realidad». En cuanto al trabajo admitido antes, aguarda turno con los muchos que lo esperan igualmente, y no sabemos fecha fija de su publicación.

A. O. (Cáceres).—Sentimos no poder complacerla; pero como en su prosa hay la vibración de un espíritu sutil, aguardamos otros trabajos suyos, deseosos de honrar esta sección con ellos. El dibujo no nos sirve.

B. G. (Granada).—«Alma de los jardines» y «Otelos» quedan admitidos; «Evocación amorosa» es largo para esta sección.

«José Ramón» (Luarca).—No sirve.

«Aficionada».—No está mal, pero no es lo que nosotros deseamos.

A. F. (Lorca).—Admitido.

C. B. (San Sebastián).—Aunque «La Condesa Isabel» parece próxima familiar de alguna princesita rubeniana, creemos que no hará mal papel en esta revista; entra, pues, en turno. Se tendrán en cuenta sus deseos.

F. B. G. (Madrid).—No sirve.

L. L.—Por su «Madrigal» no apueste usted nada, porque sentiríamos que perdiera lo que se ha jugado en sus versos.

T. M. P. (Linares).—Esperamos nos envíe otra cosa más conseguida, pues en sus versos hay aciertos laudables.

J. M. P. (Vigo).—Queda admitido su «Canto a Galicia».

G. A.—Lo mismo decimos de su «Sentimental» y «Nostalgia».

E. C. de la C. (Lorca).—Entran en turno sus preciosos versos.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la revista: rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: Para la sección «Los escritores nuevos».

Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS»

CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de

Colaboración espontánea

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.ª Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.

2.ª Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección «Hemos recibido su trabajo y...», en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.ª El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 4.ª Cada original debe venir acompañado de un cupón.



Impresiones de un tapiz

Escenas de otros tiempos que este siglo ha borrado,
románticas figuras, pelucas blanqueadas...
Arrobos de entusiasmo, amores de un pasado,
damas de noble estirpe y frentes nacaradas.
Galanes que lucieron en torneos brillantes,
que empuñaron las armas con valor y entereza,
luchando por la patria como buenos amantes,
y que fueron constantes en amor y firmeza.
Zapatitos de raso... pelucas empolvadas,
corpiños apretados, encajes de Bruselas,
trajes de miriñaque, mejillas sonrosadas,
románticos amores de tiernas damiselas.
Bello eco de un pasado que el porvenir esfuma,
traje fino y pomposo do sutil crinolina.
Galanes que al conjuro de una noche de luna
sus amores cantaron en vieja mandolina.
En borrosos tapices ha evocado mi mente
escenas de otro siglo, jirones de un pasado
que, al morir con la época muy silenciosamente,
dejaron su recuerdo en un tapiz bordado.

M.^a de la Concepción Díaz de Rábago
Paseyro.

Dibujo de PERALS

Soneto

*Mi corazón has roto, despiadada,
con el puñal terrible de los celos,
cuando en tus ojos contemplaba cielos,
radiante el sol, espléndida alborada.*

*Me has envuelto en la noche anubarrada
de negra duda, de profundos duelos...
Lograste tus estúpidos anhelos
de reducirme al nada de la nada.*

*Me has trastocado en un cadáver frío;
sin piedad, mi existencia la has deshecho;
me has robado el placer y el albedrío.*

*No indagaré jamás por qué lo has hecho;
pero yo te reclamo, con derecho,
que, aunque inútil, me devuelvas lo que es mío.*

R. M.^a CAPDEVILA

Dibujo de COBOS





De mi dietario emotivo

Aun vive en mi corazón
la calle humilde y perdida.
Sagrario de una ilusión
en el erial de mi vida.
¡Callecita solitaria
del pueblecito distante
donde vi la pasionaria
de tu místico semblante.
En la tarde ya lejana
que por tu calle pasé,
bordabas en tu ventana,
y en el bordado dejé
—presa en las sedas y el oro—
mi alma llena de quimeras
por ver de cerca el tesoro
del lirio de tus ojeras.
Y tras el limpio cristal
de tu ventanita, fuiste
mi novia sentimental
con un amor hondo y triste.
¡Oh, el tibio y sabroso fruto
que nace en el corazón
cuando se vive un minuto
de sonambulización
En las horas perfumadas,
y ya la ciudad dormida,
se sintieron mis pisadas

por tu calleja escondida,
pues busqué, al claro de luna,
la venturosa emoción
de deshojarte, una a una,
las rosas de mi pasión.
¡Cuánto deambulé al acecho
de tu ventana! A su vista,
¡cómo me saltaba el pecho
bajo mi capa de artista!...

...
¿Qué fué de ti, pasajera
del carro de mi ideal?
¿Qué mano urdió la quimera
y cuál mató el madrigal...?
Tú, quizás, sigues bordando
en la calleja escondida;
yo voy solo navegando
sin rumbo cierto en la vida
mas hoy, al pensar en ti
y en tu perdida calleja,
rimo estos versos, y así
nace la ilusión en mí
de volar hacia tu reja.

LUIS CIGÜENO

Dibujo de J. PUEYO.

DÍPTICO

CAÍDA

El prisma de mi mente descompuso la luz
y un policromo manto a mi alma envolvió...
Era azul, rojo y verde... Abandoné mi cruz;
y mi anhelo, en el manto lujoso descansó.

Y, como en los espinos brotaron rojas rosas
al contacto sagrado del buen Padre de Asís,
después de mi reposo sobre las armoniosas
y voluptuosas luces, ¡volvióse el manto gris!

RESURRECCIÓN

Señor; ya me levanto del fango oscuro; ahora
soy tuyo, el desengaño me torna a vuestra fe.
Un vacío desgarró mi carne hora tras hora...
Buscando tu consuelo, ¡oh cruz!, te abrazaré.

Heme aquí erguido y solo. Dejad que siga hiriendo
el dolor a mi alma... A su voz me levanto...
¡Oh Dios! Cuando era niño, te adoraba riendo;
hoy, ya hombre, te ofrezco como plegaria el llanto.

FÉLIX FERNÁNDEZ FOURNIER

Dibujo de JANSEN



Todos los derechos reservados
para todos los países.

Jorge Montemar
«REPORTER-DETECTIVE»

Propiedad
de su autor.

Novela de aventuras, original de
SEE ADCOME

Traducida y adaptada expresamente para COSMÓPOLIS

(CONTINUACIÓN)



¿NO QUERÍAN USTEDES QUE
HABLASE?...

u hijo?... Cada vez bendecía más mi providencial visita a D. Cándido, su irritante risita, la entrada del *botones* con la célebre cuartilla; cuanto contribuyó a que la información del asesinato de miss Evelina Whist me hubiera sido encomendada, siquiera fuese con la piadosa intención de verme fracasar. Las incidencias múltiples y extrañas del interesante caso le harían célebre, si no único, en los anales de la criminalidad, y yo me veía convertido, por capricho de la suerte, en uno de los principales personajes de la alucinante historia.

Era como una incesante gran batuda de sorpresas la que ante mis ojos se venía desarrollando desde horas antes. Cuando el misterio o el asombro parecían culminar en una interrogante o un hecho, otro acto u otra pregunta, superiores en fuerza emotiva, venían a disputarle el primer puesto en nuestra atención. Al *non plus ultra* que nuestras dotes reflexivas trataban, vanamente, de oponer, seguía la inequívoca demostración de que siempre había un más allá desconcertante y próximo.

Pero ¡este...! La revelación de la paternidad del Dr. Whist, en tan dramáticas circunstancias puesta de manifiesto; el conocimiento del parentesco de sangre entre la víctima y el asesino, que elevaba el crimen a fratricidio, era un digno final para la dilatada sucesión

de horrores. El sabio, al anunciar su propósito de confesar todo ante el juez, parecía que iba a poner término a aquella pesadilla vivida; en su relato, difícilmente encontraríamos nada más sensacional que la frase pronunciada ante el cadáver del monstruo.

Acuciada la curiosidad de los tres, supimos, no obstante, disfrazarla. La cruz, Reinal y yo acogimos silenciosamente su manifestación. Con penosa lentitud se incorporó el anciano, sin separar la vista del muerto; volvió a dejar cubierto el rostro con el lienzo que antes le pusieran y se levantó por completo.

—Cuando ustedes gusten, empezamos—dijo.

Me sorprendió la entereza de su actitud, lo firme de la voz al pronunciar aquellas palabras. Le observé con fijeza y aun encontré nuevos motivos para extrañarme. Había desaparecido todo signo de abatimiento, todo síntoma de debilidad. Nuevo Fausto, la tragedia que

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Descubierto el asesino de su hija Evelina, y habiendo declarado el profesor Whist que el monstruoso asesino era su hijo, promete el sabio explicar todos los misterios, incluso el de la desaparición misteriosa de su ayuda de cámara.

batía las alas en su torno acababa por rejuvenecerle. Fuerte, enérgico, viril, se alzó de junto a los restos de aquel hijo que parecía un aborto del infierno. Si no le hubiese tenido a mi lado desde entonces, aseguraría que el hombre que encontramos en la casucha abandonada era otro del que nos dirigía la palabra.

A mis dos acompañantes debió sucederles algo parecido. Y a la fina perspicacia del doctor—¡entonces sí que reconocía en él al sabio de merecida reputación mundial!—no se escapó el desconcierto de todos, pues, con un leve matiz de ironía, preguntó, al cabo de breve pausa:

—¿Qué hacemos, señores?... ¿No querían ustedes que hablase?...

¡VOY A DESCUBRIR TANTOS MISTERIOS!...

Volvimos a la realidad al oírle. A la realidad, que en aquellos momentos era ridícula para nosotros. Cualquiera que observase la escena no hubiera creído que el acusado—o la víctima, más bien—de todo lo sucedido, el hombre azotado cruelmente por la fatalidad, era aquel que se mostraba seguro de sí mismo ante nosotros tres, desconcertados, trémulos.

Don Abel recogió el dardo burlón que el inventor nos disparara:

—Queríamos y queremos—repuso con acritud—. No olvide, doctor, que su conducta extrañísima merecía trato bien distinto del que, por respeto exclusivo a un historial brillante, le hemos dispensado.

—Bien... —habló el doctor—. Así me gusta oírle, señor juez. Ahora es cuando empiezan a volver las cosas a su estado verdadero. Usted es quien debe ser, y yo quien siempre fui.

El juez nos hizo tomar asiento a todos, incluso al declarante. Luego—una vez que el secretario fué avisado y preparó lo preciso para tomar fe de las palabras del anciano—se volvió a éste:

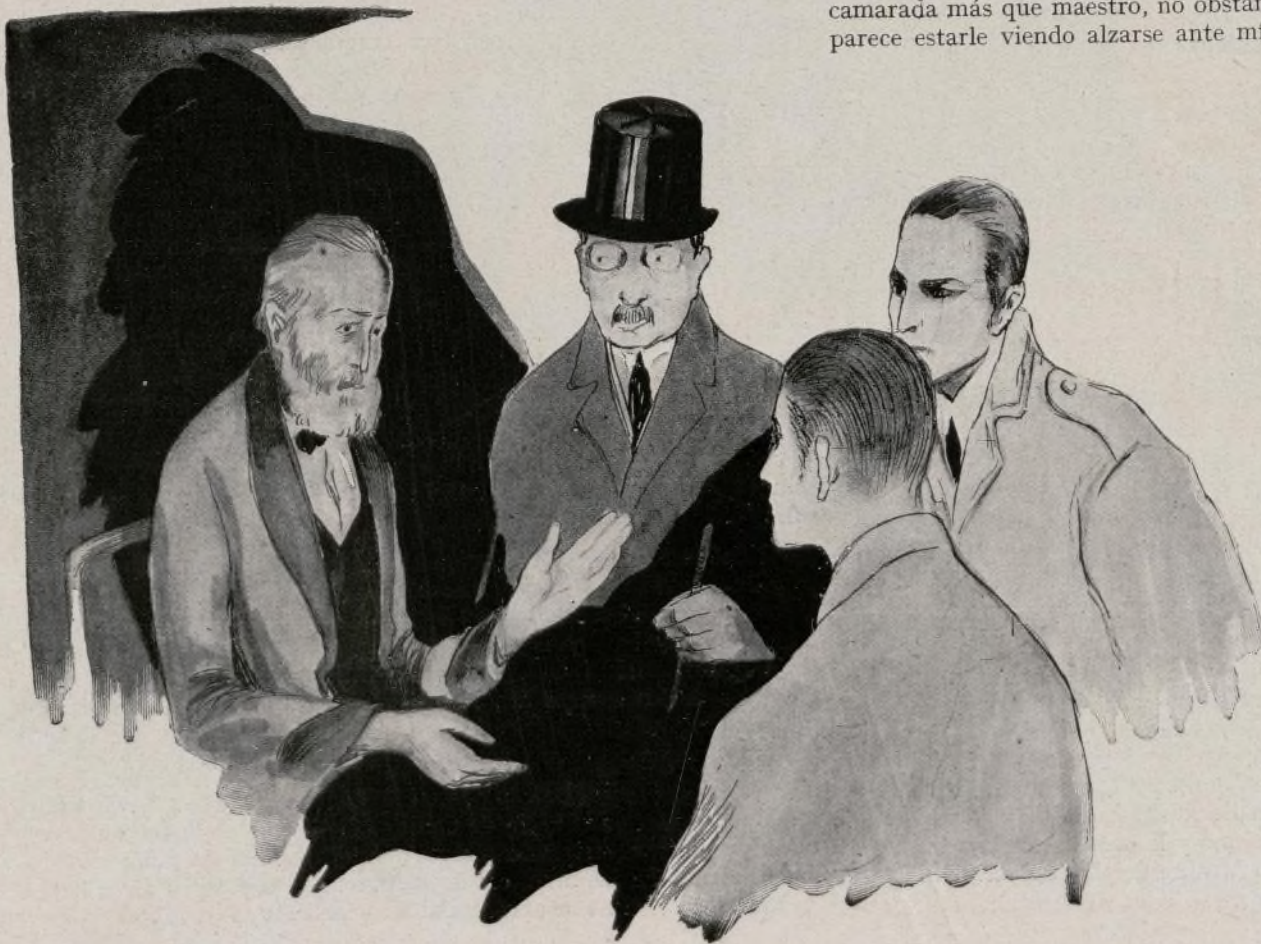
—Cuando guste, doctor, puede empezar—le invitó.

Whist cerró los ojos, como reconcentrando en sí propio toda su atención. Sin abrirlos, preguntó:

—¿Quieren ustedes indicarme qué es lo que primero les interesa saber? A mí me es indiferente el orden a seguir en mi relato. ¡Voy a descubrir tantos misterios!...

ÉL TUVO LA CULPA DE TODO

—Siga el orden que le parezca más cómodo para la mejor comprensión de su historia.



—¡Bien!... Ya que me deja en libertad, señor juez, sea. El cronológico. La estricta sucesión de los años, tal como en la vida, sea la que exponga estos hechos que creí habían de acompañarme, inviolados, hasta la tumba.

Y, como dando por conclusas sus reflexiones, abrió los ojos y paseó una mirada larga y profunda—más intensa sobre las formas inertes de los dos hijos que acababa de perder en tan dramáticas circunstancias—por la estancia. Luego comenzó su relato diciendo:

—Nací en el mes de octubre de 1865; cuento, pues, en la actualidad cincuenta y siete años (1). Hijo único de un médico de Londres, no llegué a conocer a mi madre, que perdió su vida al darme la mía, y crecí junto al autor de mis días, cuidado deficientemente por las manos de una vieja criada, con mejor voluntad que posibilidades físicas.

La profesión de médico, aun en una capital de la importancia de Londres, no era, por aquel entonces, muy remuneradora. Vivíamos con decoro, pero sin lujos ni comodidades exageradas. Con esto quiero significar que pude escoger carrera cuando llegué a edad oportuna, después de una infancia dedicada, por mitad, a los estudios elementales y a los deportes callejeros con mis compañeros de escuela.

Escarmentado en su propia cabeza, no quiso mi padre de ninguna manera que abrazase la misma profesión que él practicaba. Me resistí al principio; pero su voluntad irreductible me opuso enérgica resistencia, y, al cabo, hube de resignarme con estudiar ciencias, no sin gran contrariedad. Hoy pienso que tal vez mi vocación médica no era tan firme como entonces creía, que más bien se trataba de un capricho de mi voluntad infantil, obsesionada por la costumbre de ver cómo cuantos en demanda de sus auxilios acudían trataban a mi padre casi como a un semidiós.

Poco a poco, mi atención fué reclamada por los diversos problemas que el estudio de los elementos físicos y naturales me ofrecían de continuo. Especialmente estos últimos me interesaban en grado extremo. Era aquella la época del apogeo del africanismo, cuando los sabios mundiales se encaminaban por todas las rutas a descubrir los misterios que la flora y la fauna africanas ofrecían, y también a la ignota región revertió mi interés.

Cursaba por libre mis estudios. Un gran amigo de mi padre, Oscar Kherpler—investigador concienzudo, químico y naturalista eminente—, me aleccionaba con su experiencia, y en su laboratorio pasaba yo la mayor y mejor parte de mis jornadas. Era, para mí, camarada más que maestro, no obstante doblarme la edad. ¡Aun me parece estarle viendo alzarse ante mí, blandiendo el mapa o esgrimiendo un tubo de ensayos, cuando discutíamos las posibilidades que nos abría una combinación química o el error de ruta seguida por dos exploradores!... Con cerca de media centuria a costas, Oscar Kherpler apenas si aparentaba más de treinta y cinco años, y en su barba negra, de rabí—él ocultaba su origen judío, por todos conocido—, no brillaba una sola hebra de plata. Me quería tanto como mi padre, con quien cuestionaba frecuentemente cuando se negaba a darme autorización para realizar con él algún viaje de estudios; y cuando, conseguido el permiso, emprendíamos la excursión, tenía para mí atenciones y cuidados exquisitos.

¡Si aquel hombre hubiera podido presumir que con sus propias manos labraba el camino de mi desventura!... Porque él tuvo la culpa de todo.

(1) El asesinato de miss Evelina, como recordarán mis lectores, tuvo lugar en el invierno de 1922. — (Nota del autor.)

«LOS CABALLEROS DE HANNINGTON»

Corría el año de 1885. La afluencia de extranjeros en África era cada día mayor. Con los más diversos fines, al continente negro acudían lo mejor y lo peor de cada país, la nata y la escoria. Hombres de ciencia eminentes, cuyos nombres se pronunciaban con respetuosa admiración en todo el orbe civilizado, y aventureros despreciables que tenían a precio su cabeza y estaban reclamados por la Justicia de diversos países, ponían su planta en las candentes arenas; y los indígenas, que no acertaban a distinguir entre el mercader de carne humana y el investigador abnegado, confundiendo a todos en un mismo odio común al hombre blanco, oponían enconada lucha al avance de las expediciones científicas.

Así, cayó asesinado por las hordas, cerca de Tigré, el explorador Bianchi, en tanto que—con improbables trabajos y peligros—Grenfell, tras de recorrer varios afluentes del Congo y remontar el Uellé hasta el lago Tsad, se unía al antiguo compañero de Wismann, François, para reconocer el Lulongó y el Rukí, en la región del Congo, donde también se hallaban Kund y Tappenbeck realizando interesantes descubrimientos.

Repito que Kherpler y yo seguíamos con el posible detenimiento los descubrimientos de estas expediciones, lo que resultaba bastante dificultoso, habida cuenta de la carencia de datos concretos sobre ellas. Los actos de vandalismo que sufrían los viajeros nos sacudían de horror e indignación, y más de una noche los sueños de mis veinte años se poblaban de matanzas crueles y luchas despiadadas entre negros y blancos.

Una mañana, serían poco más de las diez, me encontraba solo en el laboratorio de Kherpler, cuando entró éste, todo agitado y trémulo. Cuando, pasados unos minutos, pudo serenarse y hablar, me explicó la causa de su estado: acababa de llegar a Londres la noticia de que Smithies y Hannington habían sido también víctimas de los salvajes.

Eran los dos nuevos asesinados obispos protestantes que, con doble intento de misioneros y naturalistas, se encaminaron, con fuerte expedición, a la región de los Lagos. No incurriré en la falsedad de asegurar que el mundo entero, ni siquiera en su gran parte, se conmovió ante la divulgación del acto vandálico, ni que, al ampliarse los datos días después, manifestase el menor interés por ello. Únicamente en los centros científicos se prestó el tema a conferencias y discusiones.

La verdad comprobada de los hechos fué que el obispo Smithies no había sufrido el menor daño. Un tanto apartado del grueso de la expedición, en las orillas del lago llamado Victoria por los europeos y conocido por Ukereve entre los naturales del país, Hannington había sido sorprendido por los indígenas y muerto en unión de los cincuenta hombres que le acompañaban, sin que el fruto de sus investigaciones pudiese ser conocido.

A Kherpler le produjo la más viva indignación todo esto. En reuniones y tertulias predicó poco menos que «la guerra santa científica», y presto tuvo un grupo de exaltados que le hacían coro, entre los cuales—¡claro está!—ocupaba yo el primer puesto. Pretendíamos, simplemente, proseguir la obra que la muerte obligó a interrumpir al buen obispo, penetrar los misterios del lago inexplorado. Y en raro maridaje del romanticismo y la ciencia nos bautizamos a nosotros mismos con el pomposo nombre de «Los caballeros de Hannington».

HUBE DE SALIR DE INGLATERRA COMO UN LADRÓN

No he podido saber nunca cómo logró Kherpler el poderoso auxilio económico necesario para pertrechar debidamente a la expedición. Estoy persuadido, eso sí, de que los medios empleados fueron lícitos y que no había un solo penique gastado que no hubiera llegado a sus manos por deseo expreso de su dueño anterior; pero el caso es que, fuera como fuere, un total de treinta y cinco hombres estábamos preparados en la primavera de 1886 para las peligrosas exploraciones que habían de realizarse en la región de los Lagos.

Estábamos. Porque, desde la iniciación de esta cruzada naturalista, y sin decirnos una palabra para ponernos de acuerdo, yo estaba seguro de que Oscar contaba conmigo, igual que él sabía que yo les acompañaba. Así, cuando una tarde, en su despacho, me tendió un abultado paquete, diciéndome: «Ahí tienes tu equipo», yo sólo pregunté: «¿Cuándo es la marcha?»

Había sido fijada para tres días más tarde. La nave que fletaba por cuenta propia la Misión esperaba en la desembocadura del Támesis, y, entonces, se me planteó el problema de mi partida. ¿Cómo solicitar de mi padre un permiso que estaba seguro de que había de negarme?... Kherpler me indicó que huyese sin decirle nada previamente; una carta enviada desde cualquier puerto, informándole de todo y pidiendo perdón, bastaría luego.

Así lo hice. Desde Pasajes escribí una breve epístola, y en ella justificaba con mi amor a la Ciencia y a la Humanidad el por qué escondido, sin despedirme de nadie, *hube de salir de Inglaterra como un ladrón.*

PRISIONERO DE LOS SALVAJES

La travesía fué poco interesante. Llegamos a Zanzíbar a la par que Allen y sus hombres, que a los pocos días emprendieron el viaje por el Xiré, en que consiguieron llegar hasta Nassa. Y también nosotros dimos comienzo a nuestro caminar por las regiones inexploradas.

Después de Zanzíbar, fué Tavora el último sitio semicivilizado que pudimos hallar. Orientándonos con las deficientes informaciones de los naturales del país, mapas incompletos y el auxilio de la brújula, hacia el lago Victoria nos dirigíamos en jornadas fatigosas, inacabables.

No recuerdo los días de marcha que llevábamos. Tal vez fuera una semana o quizás más, cuando, una noche, desperté inquieto, nervioso. Por más esfuerzos que hice me fué imposible volver a conciliar el sueño y, levantándome, decidí dar un paseo que calmase mi alteración.

Eché a andar, sin rumbo determinado. Y, al ver los primeros resplandores del día nuevo anunciarse por oriente, me detuve y pretendí regresar al campamento. Inútil empeño. La vegetación exuberante me envolvía, y en aquel intrincado laberinto cada vez perdía más la orientación. Grité llamando a mis camaradas, y las altas bóvedas de los espesos árboles apagaron los ecos de mi voz. Para mayor desgracia, no llevaba sobre mí arma alguna con que defenderme o poder disparar para atraer la atención de mis compañeros.

Ya era día claro. Desesperado, impotente para luchar con la fatalidad, me tendí en el suelo de una especie de plazoleta formada por varias palmeras, resignado con mi suerte, dispuesto a fallecer de la más horrible de las muertes: de hambre, si antes algún feroz habitante de la selva no se apresuraba a saciar la suya en mí.



Apenas si había formulado este pensamiento, cuando oí un tenue rumor agitar el follaje a mis espaldas. Me volví, rápido, esperando encontrar un animal espantable, y me hallé ante un atleta bronceo, alto, desnudo totalmente, que me miraba en actitud poco tranquilizadora. No intenté huir ni defenderme; pero, de intentarlo, hubiera sido inútil, pues el rumor se repitió con breves intervalos y me encontré rodeado de diez o doce individuos como el que primeramente atrajo mi atención.

Uno de ellos, el jefe al parecer, me hizo señas de que les siguiera. Obedecí. Y a través de la selva, por senderos impracticables, como no fuese para aquellos hombres-monos, llegué a un pequeño poblado, donde mi llegada fué recibida con inequívocas muestras de alborozo.

La aldea, a lo que en la rápida impresión primera pude contemplar, estaba formada por un grupo de medio centenar de chozas, agrupadas en círculo. A una de ellas—construida con troncos de árboles y tierra—me condujeron, y allí me abandonaron. Mi alojamiento mediría cuatro metros en cuadro y carecía de puerta; pero ante ella, fija la vista en mí, sentóse en cuclillas un negro, armado de arco, flechas y lanza, que bien a las claras me dejaba adivinar lo comprometido de mi situación, haciendo imposible todo intento de fuga.

¡Estaba prisionero de los salvajes!

¡AQUELLA MUJER ERA BLANCA!...

Pasé todo aquel día en la situación de ánimo que es de suponer. Mis estudios sobre las razas pobladoras de África me permitieron apreciar que mis aprehensores pertenecían a la raza de los fellatas o pulbes, la más civilizada y superior del Sudán, que, aunque habitaba principalmente en Senegambia—desde las bocas del Senegal al monte Kong—, en ininterrumpidas incursiones se extendía, de continuo, por el Sur y el Este.

Las visitas de los indígenas me confirmaron plenamente en la opinión que hube de formar contemplando a la estatua de ébano y bronce que vigilaba la puerta. En efecto, yo constituía un interesantísimo espectáculo para la tribu, y como una curiosidad digna de estudio desfilaban por la entrada de mi prisión hombres, mujeres y hasta niños que me observaban detenidamente, aunque ni uno solo de ellos me importunó en lo más mínimo. En realidad, el tono de piel de mis visitantes no era el negro, exactamente; muy oscura la coloración del pigmento, era más bien de un tono moreno, aceitunado, tal como se da en muchos europeos meridionales y hallé, años más tarde, en ciertos gitanos de España.

Cuanto a admirarme acudían, pronunciaban frases de comentario sobre mi situación. Por rara coincidencia, uno de «Los caballeros de Hannington»—experto y erudito filólogo—, durante la larga travesía me había dado rudimentarias lecciones de los principales dialectos africanos, y aunque en la tribu no se hablaba ninguno de ellos en completa pureza, podía entender la mezcla de fulá y bantus en que se expresaban. Y recogiendo palabras sueltas, enhebrando

conceptos truncados, pude llegar a saber que si bien mi vida no corría peligro de momento, el porvenir que se me reservaba no era muy risueño, toda vez que se proponían guardarme como rehén, garantizando mi existencia, en caso preciso, la independencia de la tribu ante nuevas posibles exploraciones de los hombres blancos.

Estaba, pues, seguro de poder conservar juntos piel y alma durante algún tiempo, y de que no fuera mi postrer lecho de reposo el estómago de uno de aquellos salvajes, toda vez que los fellatas no son antropófagos. Pero—nueva espada de Damocles—pendía sobre mi cabeza la amenazante promesa de una muerte violenta en cuanto los primeros europeos pusieran su planta en aquel territorio. Y era bastante probable que este caso no tardase en realizarse, toda vez que Kherpler y demás compañeros, al apercibirse de mi desaparición, no tardarían en ponerse en camino para libertarme, si estaba prisionero, o recuperar mis restos, si había sido asesinado; de todas formas, para traerme la muerte cuando pretendían asegurarme la vida.

Cuando el sol promediaba su carrera, noté extraordinaria animación en la plaza a que se abría mi calabozo. Grupos numerosos iban y venían en encontradas direcciones, atropellándose, deteniendo los unos a los otros. Hasta mi rincón no llegaba el rumor de sus palabras; pero, juzgando por gestos y ademanes, y poniéndome siempre en lo peor, supuse que mis camaradas, «Los caballeros de Hannington», habían decidido dar el asalto en regla a la aldehuela pulbe, y me dispuse a vender cara mi vida, saltando sobre el centinela apenas sonasen los primeros disparos.

El rumor de voces y la animación crecían por momentos. Algunas voces más cercanas—o el eco, tal vez, de muchas lejanas—se fundían en un solo vocablo, que me hizo conocer la razón de aquella nerviosa agitación: el jefe de la tribu, el reyezuelo de aquella tribu, se encaminaba a honrarme con su visita.

Ante la puerta de la cabaña formóse una doble fila de algunos guerreros, con idéntico armamento que mi centinela. Pasando entre ellos, un negrazo hercúleo, de aventajada estatura, el rostro cruzado de diversas rayas multicolores, cubierto el cuerpo con una enorme piel de tigre, cuya

cola, pendiente a su espalda, hacía parecer al así vestido como un gorila deforme, avanzaba a mi encuentro. Junto a él, una mujer de regular talla, con vestidura idéntica y un alto peinado cilíndrico que, al contraluz violento, destacaba con maja prestancia de hembra jarifa.

No entraron en la choza, sino que doblaron a la derecha. Dos guerreros entraron en mi busca y me condujeron al exterior, frente al lugar en que los soberanos me aguardaban. Me miró él con aire displicente; en las pupilas de ella florecía una llama de piedad. Y yo tuve que contenerme para ahogar un grito de asombro y espanto.

¡Aquella mujer era blanca!...

Continuará en el número próximo

LOCUTORIO DE INMORTALES

VISITAS
y
CONFESIONES



Dibujo de Salmerón Pellón

DE
PERSONAJES
FAMOSOS

EL MARQUÉS DE BRADOMÍN



UNA larga avenida de cipreses. En lo alto, lejana, vagabunda y remota, la luna asoma su faz de plata. ¡Aquella faz quimérica de madre abadesa! Yo hallo en el paisaje no sé qué gracia cándida y antigua. En el surtidor canta el agua como un pájaro prisionero.

Hay en la paz callada del aire un presentimiento. Por este camino blanco y primitivo, que tiene la ingenuidad de las viejas estampas religiosas, y en el que han dejado un aroma legendario y una resonancia de romancero las procesiones de aldeanos, han sido conducidas a su último reposo las cinco hermanas primaverales de la primera Sonata. Acaso también la pobre Concha, cruzadas, sobre la escueta belleza exangüe, las manos marfileñas. ¡Aquellas divinas manos de enferma!

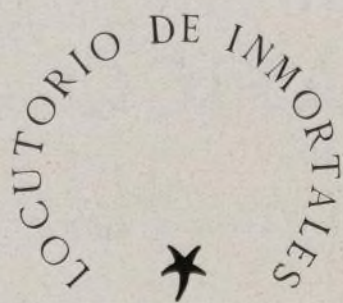
Confieso que, un momento, sentí miedo. A la ventura de mis pasos, rostro a la cándida albura lunar, me parecía que iba hollando

una eternidad recién iniciada. Todo tenía ese sagrado prestigio, misterioso y poético, de aquellos fondos que en su vejez pintó el Ticiano.

De pronto, una nube veló la luna. Quedó el jardín en la penumbra.

El pájaro prisionero que cantaba en la fuente pareció tender el vuelo. ¡Un vuelo negro en la negrura nocturnal! Agoreras y fatídicas, llegaron hasta mí, arrastradas por una ráfaga sutil y henchida, palabras de maleficio. Mi corazón y su desasosiego eran pasto de larvas. ¡Era a hora del abracadabra! En la sombra levantábanse en tropel los recuerdos y las evocaciones, permanentes y unánimes, como las olas de un mar. Sentía en mi alma el eco de la eternidad.

Se iluminaron primero las copas de los árboles. Cayó después sobre el jardín, con no sé qué encanto suave y grave, la caricia de la luz. Y entonces, bajo un arco que, al extremo del camino, tiene cimeros cuatro blasones de piedra, mis ojos aciertan a ver, en el pasmo sagrado de la noche, la hidalga figura de un jinete. El galope de su potro piafante se detuvo en el umbral. Y ¡ay! sus cascos, al dar



contra la losa, que parece la de un sepulcro, no resuenan marciales y valientes con estrépito. ¡Con aquel noble estrépito de las espadas y de los broqueles! Sombra de la sombra, el jinete, aguerrido y bizarro, con su único brazo retiene el rendaje y descabalgua. Besa la luna sus guedejas de plata.

Ante mí, solo en su mundo, caballero de la soledad, soberano en la fantasía, padre y esclavo de las bellas mentiras capaces de renovar la tierra, yergue su figura el marqués de Bradomín, feo, católico y sentimental.

Tiemblan sobre mis labios—abejas de oro—las palabras rubenianas:

«Marqués—como el divino lo eres—, te saludo.»

Ha callado la noche en torno de él. Y ha adquirido un cálido prestigio de paisaje estival. Diríase que allá, en el fin del horizonte, como en el fondo de las dunas y en la falda de arenosas colinas, en la quebrada silueta de algún jacal, va a surgir la Niña Chole con toda la enorme languidez de su pasión, avanzando con aquel andar rítmico y ondulante que recuerda la cautelosa y felina andadura del tigre!

Un momento se ha encendido la noche, con un rápido crepitar de hoguera. Y en aquella hora, cuando ya la nieve de tantos inviernos había caído sobre su cabeza sin deshelarse, vi temblar al marqués de Bradomín.

Pero, al cabo —¡un león en pie!—, se repuso, acariciándose levemente la plateada melena. En el fondo de su alma habían derramado su consuelo unos ojos tristes y aterciopelados. ¡Un consuelo lleno de melancolía!

—Marqués...

—¿Quién me llama?

Temblé entonces yo, y volvería a temblar ahora, frente al misterio de aquella alma que, en la inmortalidad, conservaba—la jactancia rítmica de su voz era delatora—su valentía aventurera...

—¿Cómo vivís en este reino de sombras, acostumbrado a gozar más con la belleza de la leyenda que con la verdad de la historia?

—Este reino, señor, se divide en dos partes: Una, yo; la otra, los demás.

Cruza la noche una ráfaga que parece llegar del final del mundo y que trae una resonancia y un perfume de vitalidad.

El marqués prosigue:

—Hijo de mí mismo, engendré a mi padre, el otro gran manco de vuestra literatura. De él a mí, nadie las mueva.

Ha erguido toda su hidalga prestancia prócer, como si luciese aún el uniforme romántico de la guardia noble de Su Santidad.

—No he de desmentirle—sigue diciendo—. Sus mentiras, ¡oh, mentira salvadora del mundo, gracia de la vida!, son mi verdad. Y como obra de arte son la suya también. Yo siento el orgullo de mi inmortalidad. De nada me arrepiento. Sólo me duele que desaparezca, hasta él, él, que me ha comprendido tanto, mi vieja y gallarda manera de mondar los gajos de la naranja del mundo.

Y hay en su voz la melancolía de un dios antiguo que ve extinguirse su culto.

—Yo tenía este presentimiento sombrío. Sabía además que, en arte también, lo mejor de la santidad son las tentaciones. Mi corazón temblaba en la noche de mi tránsito, mas los ojos de mi padre espiritual no podían verlo. Pero yo sentía sobre mí la mirada y el encanto de unos ojos tristes y aterciopelados. ¡El encanto de aquellos

ojos poblados por los sueños! En la linde de la inmortalidad, cínico, descreído y galante, sentí miedo, ¡aquel miedo de la nada y del apegamiento! Sentí miedo de borrar me, de que mis hermanos futuros me superasen. Y en la noche de mi tránsito, que, por milagro devoto de tantos ojos de mujer que amé tanto, fué una noche primaveral y fragante en la que la quietud del jardín parecía mayor que la quietud del cielo, cumplí mi postrera hazaña. «Creo que primero fué un impulso ardiente, y después una audacia fría y cruel, la audacia que se admira en los labios y en los ojos de aquel retrato que del divino César Borgia pintó el divino Rafael de Sanzio.» Como las almas creyentes con su Dios, me debatí en aquella hora con mi creador. Y de un tajo le cercené un brazo. Ahora, por esta señal externa y aparente, marqués de Bradomín le he consagrado...

Calla un instante. En la lejanía azul palpitan las estrellas. Tiembla en el jardín una voluptuosidad otoñal. El agua canta en la fuente, como un pájaro prisionero.

—Su mutilación es mi ejecutoria. Su brazo figura en uno de los dieciséis cuarteles de mi escudo. Porque he querido perpetuarme; porque soy inmortal. Su brazo y el mío son los dos brazos de un mismo hombre. Su excelsitud literaria está llena de tentaciones como la santidad. Pero si María del Rosario—¡ay aquel tiempo de primavera en la vieja ciudad pontifical!—y la pobre Concha, la de los escrúpulos religiosos y las divinas manos de enferma, y hasta María Antonieta, en la Corte de mi señor Don Carlos, y, en fin, casi todas las mujeres que han pasado por mi vida y por mi alma, llenándola de resonancias, han ignorado que las tentaciones son la gracia y la belleza de la santidad, él, no. Él lo sabe. Mi don Ramón María del Valle Inclán, el otro gran manco, sabe cuánto valen sus tentaciones. Y yo, que lo adivinaba, necesité prenda segura de mi inmortalidad. Y he aquí la razón magnífica—por absurda—de nuestra mutua mutilación. Ahora somos inmortales, por encima, o quizá a causa, de todas las tentaciones.

Vuelve a callar un instante. El silencio está lleno de augurios. El pájaro prisionero se ha dormido al arrullo de su propia voz. Cabecean lentamente los cipreses a la caricia de un aire legendario. Yo hallo en la expectación del momento una solemnidad remota y milenaria.

Y él prosigue con un temblor extraño en su voz:

—Bien es verdad—y él lo sabe—que bastaba para mi inmortalidad ese fondo romántico y quimérico que infundió a mi carácter y que es lo mejor de mí mismo. Acaso nadie sepa todavía que mi mayor orgullo ha sido el fervor con que, viejo, feo, manco y cano, me miraron—con no sé qué mirada ultraterrena y pasional—unos ojos tristes y aterciopelados. Por gracia del marqués de Bradomín, señor—añade—, en el fondo de todas las turbulencias, en el dolor de todas las batallas, en la locura de todas las quimeras, el hombre hallará consuelo evocando la dulce mirada de unos ojos tristes y aterciopelados... Don Ramón llegará a poblar su mundo nuevo con criaturas de epopeya; pero ya para siempre, en el jardín de su arte perfumarán el aire las dos violetas de aquellos ojos. El águila caudal las mira desde el cielo...

—Admirable don Juan... —insinúa.

—No—me interrumpe—. El donjuanismo se divide en dos partes también. Una, yo; la otra, los otros donjuanes. Puede usted creer que soy yo donjuanista por estética (en definitiva, por hacer una frase nada más). El donjuanismo tiene para mí la belleza de las grandes catedrales. Me contentaría con que lo declarasen monumento nacional.

Y sus palabras resuenan marciales, fanfarronas y valientes con aquel estrépito que no lograron los cascos de su potro. ¡El estrépito noble de las espadas y de los broqueles!

RAFAEL MARQUINA

II CONCURSO CINEMATOGRAFICO

De conformidad con lo preceptuado en la base 2.^a de este concurso, insertamos la hoja que cada solucionista debe enviar para optar a los premios establecidos. El plazo de admisión—en virtud de cartas reci-

bidas en tal sentido—se amplía hasta el próximo día 15, a las siete de la tarde; las soluciones y los nombres de los premiados se harán públicos en el número de mayo de COSMÓPOLIS.

Don..... que vive en.....
provincia de..... calle..... número.....

cree que los títulos de las cintas objeto de este concurso son los siguientes:

N.º 1:	N.º 13:
N.º 2:	N.º 14:
N.º 3:	N.º 15:
N.º 4:	N.º 16:
N.º 5:	N.º 17:
N.º 6:	N.º 18:
N.º 7:	N.º 19:
N.º 8:	N.º 20:
N.º 9:	N.º 21:
N.º 10:	N.º 22:
N.º 11:	N.º 23:
N.º 12:	N.º 24:



Una escena de «The Barker», en la que con Betty Compson toman parte Milton Sills y un trío de auténticos javaneses.

CONCURSO DE CUENTOS HUMORÍSTICOS

UNA EMOCIÓN VIOLENTA

Número 79. Lema: «Attree»

El famoso doctor hizo pasar al siguiente enfermo. Pero ¡qué sorpresa! No era un enfermo. Era su íntimo, su buen amigo Rendueles, el de la esposa neurasténica.

—Caramba, Rendueles. Tú por aquí... ¿Te pasa algo?

—No, chico, no vengo para nada mío. Por el momento funciono bien. Vengo a verte por lo de Eloísa.

—Ah, tu mujer. Bien, hombre, bien. ¿Y qué le pasa aún? ¿Sigue en aquel estado de postración de siempre? ¿No reacciona?

—Nada. Siempre igual. Parece que está en la luna o en el limbo. Una indiferencia, una frialdad, una pasividad para todo... Yo creo que se impone algo definitivo. Y a eso vengo, a pedirte que estudies de nuevo el caso, que pongas toda tu ciencia, tan celebrada en todas partes, al servicio de mi mujer, para ver si la normalizamos.

—Desde luego, Rendueles. Pero, mira, éste es mal momento para preparar nada ni ponernos de acuerdo sobre nada. Está la sala de espera llena de enfermos; hoy voy a terminar a las diez de la noche. Mira: yo pasaré por tu casa mañana o pasado, veo a Eloísa y del examen ya deduciré lo que hemos de hacer.

—Ni una palabra más, querido. Y agradecido.

Rendueles se fué.

Una semana después, el famoso doctor y su amigo Rendueles hablan, por la noche, en el Círculo, ante unas tazas de café.

—Ya viste, amigo mío, que hice un reconocimiento profundo. Cerca de dos horas. Pues bien; te lo puedo asegurar: Eloísa no tiene ni lesión ni indicios de nada ni en el estómago, ni en los pulmones ni en el corazón... En fin, nada. Sería inútil darle ningún tratamiento, ni de medicinas, ni de alimentos, ni de aires ni de nada...

—Entonces... —dice, desalentado, Rendueles.

—Entonces... para entonces están los amigos como yo. He pensado mucho sobre Eloísa, sobre su frialdad, indiferencia, pasividad, alejamiento de todo. He estudiado bien el caso. Y he llegado a una conclusión: ella, para salir de ese estado, necesita un sobresalto grande y repentino, un susto, una alarma brusca; en fin, una emoción violenta.

—Pero, ¿cómo?...

—Ya lo tengo resuelto y creo, con ello, ponerla bien y llegar a la normalidad de sus nervios. Verás: mañana, sin falta, a las cinco de la tarde, la llevas a casa. Y esa misma gran sacudida moral se la haré sufrir yo en tu misma presencia.

—¿Pero qué la vas a hacer?

—A hacer, nada. A decir... No te lo debía explicar a ti tampoco; pero como el susto debe ser para ella sola, escucha: la diré que...

Y el doctor habla al oído de Rendueles. Éste acaba riendo a carcajadas.

—Qué bárbaro eres. ¡Pobrecilla, el susto que va a llevar. Y delante de mí. ¡No cabe duda que va a ser una emoción violenta.

Las cinco de la tarde. Entran en el despacho del famoso doctor Rendueles y Eloísa. Ella tiene una dulce carita de ingenua de grandes ojos asombrados... Rendueles se retira discretamente a un rincón, desde donde observa. El doctor hace sentar a Eloísa, y, puesto en pie ante ella, la observa fijamente, ferozmente, fruncidas las cejas. Parece que la quiere hipnotizar. Y de repente empieza a gruñir sordamente.

—¡Ah! ¡Oh! ¡Eh!... ¡Señora! —grita luego violentamente—. Yo no puedo seguir esta farsa, esto es una ignominia; yo no sé representar comedias. Yo no quiero ocuparme de una vil mujer como usted. Porque usted, ¡jah, señora!, usted ¡¡¡engaña a su marido!!!

Rendueles sonríe en su rincón: ese es el truco. Pero al mismo tiempo se sobresalta esperando los efectos de aquellas palabras fulminantes del doctor. Pero se sobresalta más aún, y con él el famoso doctor, cuando Eloísa, con su dulce y suave voz, dice, sin inmutarse y abriendo mucho sus grandes y asombrados ojos de ingenua:

—Ay, doctor. ¿Y cómo lo ha sabido usted?...

GABRIEL GREINER

DEMASIADA PERFECCIÓN

Número 99. Lema: «Malvaloco Fernández»

Le había costado más de seis años de trabajo incesante, de cavilaciones enormes, de estudios profundísimos, de dormir pocas horas y de abstraerse muchas en la ingrata labor. Pero, al fin, el triunfo había coronado su esfuerzo.

El altavoz, aquel altavoz ideal, que él tanto había afeitado en construir, estaba conseguido: exento de ruido metálico, de sonido inarticulado, de acento rígido y desagradable. En resumen: un altavoz que no se parecía en nada a los demás.

Su inventor lo colocó cuidadosamente encima de la mesa de su despacho y estuvo allí durante todos aquellos días de verano que siguieron al de su nacimiento; lanzaba torrentes de voces, que salían de su interior como de una cascada de arpegios. Tenía la alegría saltarina de las cosas inanimadas, y a mí, al oírle dar las campanadas del reloj de Gobernación, se me antojaba como un canario revoltoso y se me pasaban ganas de echar en su interior algún terroncito de azúcar.

Hasta que, con la aparición de los primeros fríos, el altavoz sufrió un rudo quebranto. Su voz clara, potente y fresca, disminuyó hasta extinguirse acaso. Se hizo más mecánica, más igual y, por ende, menos armoniosa.

¿A qué era debido aquello?

El inventor lo desmontó una y mil veces, mirándolo cuidadosamente. Pero no pudo dar con la avería, con aquel «algo» en que radicaba el descenso de voz del aparato.

Consultó con las revistas técnicas, preguntó a amigos entendidos y hasta dirigióse por carta a un ingeniero checoslovaco, reconocido como el mayor prestigio de la radiotelegrafía. Pero no pudo conseguir que el aparato sonase como antes.

Hasta que un día, cuando mi amigo estaba pensando ya en el suicidio como una idea liberadora, recibió la visita de un médico ilustre. Era uno de esos galenos modernos e inteligentes, que llevan gafas de concha y tienen publicado un libro de ensayos.

Y cuando éste oyó cómo sonaba el altavoz, se fué hacia él y lo examinó detenidamente. Acto continuo rogó al inventor:

—¿Quiere usted darme una cuchara?...

Introdujo el mango por la boca del aparato y apretó de pronto hacia abajo. —Hace usted mal—dijo, terminada la operación—en tenerle encima de esta mesa... Aquí hay calefacción y cada vez que abre los balcones le da la corriente.

—¿Según eso?

—Según eso debo felicitarle. Su altavoz, más que altavoz, es una verdadera garganta humana, y, por lo tanto, es lógico que padezca las mismas enfermedades que ella.

—Entonces... ¿el tratamiento?

—Igual, exactamente igual. Por lo pronto, que guarde cama y haga unas gárgaras. Y, ya puestos en cura, no le vendrían mal unos toquecitos de glicerina fenicada. Voy a extenderle la receta.

—Pero... ¿qué es lo que tiene?

—¡Anginas!

El inventor cogió su aparato y lo metió en el lecho. Lo tuvo allí cerca de tres días, suda que te suda, obligándole a hacer las gárgaras que le había recetado el galeno. Y cuando consideró que la afección ya estaría curada lo puso de nuevo encima de la mesa de su despacho; pero colocado esta vez de tal modo que no recibiera la corriente dañina.

Y el aparato volvió a ser lo que había sido. Volvió a tener sonido dulce, claro y armonioso.

Y su inventor fué de nuevo un hombre feliz.

MANUEL LÁZARO

En el próximo número de mayo insertaremos los trabajos «Conquistador» y «¿La culpa fué?»

En nuestro número de febrero dimos cuenta del fallo que el Consejo de Redacción de COSMÓPOLIS emitió en este concurso, convocado en el mes de noviembre de 1928, y a continuación publicamos el tercero y el cuarto de los seis originales aceptados, entre los cuales—de acuerdo con lo dispuesto en la base 7.^a—adjudicarán nuestros lectores, por votación, el premio único de QUINIENTAS PESETAS.

s e c c i o n



recreativa



Recortad convenientemente los diversos miembros de Cachimbi, colocadlos en sus lugares respectivos, articuladlos con un alambre y disponed los hilos de la manera que se indica en el primer grabado . . . veréis qué bien baila Cachimbi el charlestón de moda.

LAS GAFAS DE PAPÁ

(CHISTE MALO)



—¿Por qué te pones las gafas negras para tocar el piano?
—Porque me molesta el re—sol...

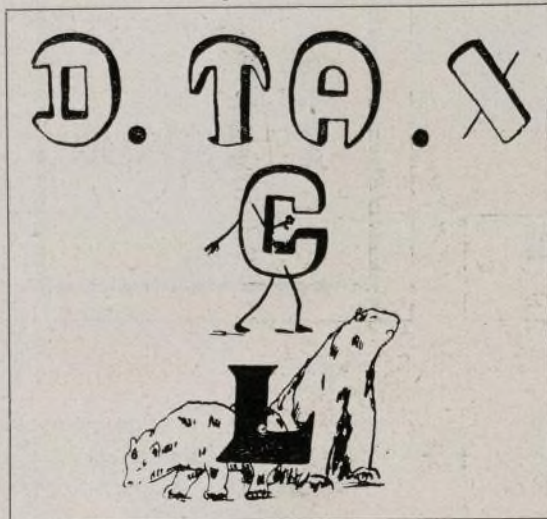
(Dibujo de SERNY)

8.º CERTAMEN
ABRIL Y MAYO,
INTEGRADO POR LOS
PASATEDIOS 298 AL 311

SECCION CRYPTOGRAFICA

POR
FRAMARCÓN

N.º 298. CONDENA



Solución:

N.º 299. ¿QUÉ TE PARECEN LAS TALLAS?



Solución:

BASES

1.º PREMIOS.—Como de costumbre, serán ocho y consistirán:

1.º Juego de tocador compuesto de dos frascos para esencia, polvera, jabonera, caja para crema, frasco para cepillos y otro para horquillas, de cristal y PLATA MENESES, todo en su elegante estuche, 102 pesetas.

2.º Hermoso trípode, centro de mesa, con flores artificiales, PLATA MENESES, 73 pesetas.

3.º Elegante frutero de cristal y PLATA MENESES, 55 pesetas.

4.º Computera con asa, cristal y PLATA MENESES, estilo Luis XVI, 45 pesetas.

5.º Vistoso juego de abrochadores y polvera de PLATA MENESES, en su estuche, 25 pesetas.

N.º 300. SILÁBICO FRAMARCONISTA GEOMÉTRICO



Solución:

Estos premios serán adjudicados a igual número de concursantes cuyos pliegos contengan el total o mayor número de soluciones exactas; siéndolo por sorteo en caso de empate o igualdad de condiciones.

SUSCRIPCIONES. Los SEXTO, SÉPTIMO y OCTAVO premios, o de consolación, consistirán en otras tantas suscripciones semestrales a esta revista, que serán sorteadas entre todos nuestros concursantes, excepción hecha de aquellos que hubieren resultado favorecidos con alguno de los cinco primeros premios.

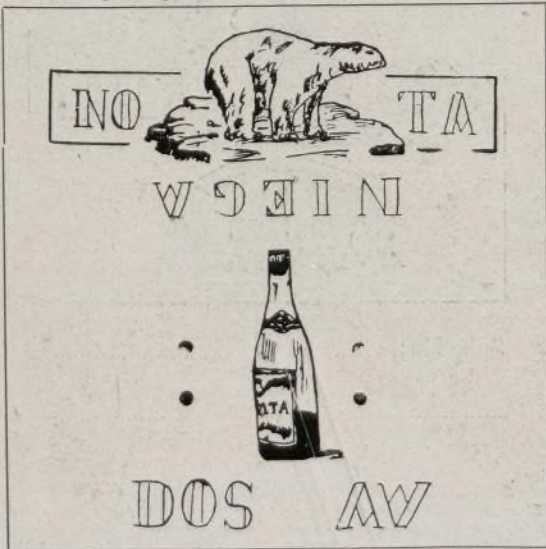
Estas suscripciones serán enviadas a domicilio y surtirán efecto durante los meses de julio a diciembre, ambos inclusive.

2.ª—ENVÍO DE SOLUCIONES.—El plazo de admisión expirará el 31 de mayo, a las doce de la noche; se relacionarán en medio pliego precisamente, escrito por una sola cara en sentido no apaisado, cuidándose de dejar a la izquierda un margen no inferior a dos centímetros que permita su fácil cosido y ordenado acoplamiento y archivo una vez conocido el resultado del certamen. En el sobre y en su parte superior se consignará: CONCURSO CRIPTOGRAFICO.

Los dos indispensables CUPONES, hechas las salvedades que en ellos se indican, habrán de acompañarse a dichos pliegos, uno pegado por su parte B bajo la fecha y en lugar de la firma, y suelto el otro para ser utilizado como pa- peleta en los sorteos, condición ésta que también alcanza a los suscriptores.

Un solo pliego no podrá referirse a más de un concursante, con lo que se evitarán olvidos e involuciones desven- tajosas para todos.

N.º 301. ¿EXAMINÁRONSE TODAS?



Solución:

3.ª—SORTEO.—Será público y tendrá lugar en nuestra redacción el día 6 de junio, a las cinco de la tarde; conocido el resultado, se participará por correo a los agraciados el premio que les haya correspondido; medio éste de llevar a efecto su extracción sin demora alguna ni esperar al nú- mero de julio, en que habrá de publicarse el resultado del concurso y adjudicación de premios.

IMPORTANTE.—Para tranquilidad de nuestros con- cursantes y en evitación de juicios desfavorables a la se- riedad que caracteriza todos nuestros actos, durante el sorteo, los pliegos numerados correlativamente, y la relación- extracto de los mismos estarán, para su examen y consulta, a disposición de los señores que acudan a presenciar dicho acto.

4.ª—RESULTADO DEL CERTAMEN.—Será publi- cado, juntamente con la lista de soluciones, en el nú- mero de julio y serán incluidas entre éstas cuantas de conformidad con el enunciado u orientación de los problemas hayan sido facilitadas y admitidas.

5.ª—CORRESPONDENCIA O CONSUL- TORIO.—Toda ella será dirigida a nombre de FRAMARCÓN y a nuestra redacción precisamente, consignando en la parte superior del sobre la indicación de URGENTE.

IMPORTANTE.—Causas aje- nas a mi voluntad me obligan a dejar en suspenso para lo sucesivo el envío de tra- bajos criptográficos por los señores favoreci- dos en estos cer- támenes.

FRAMARCÓN

"COSMOPOLIS"
CONCURSO CRIPTOGRAFICO
Dos de estos CUPONES habrán de acompañarse al pliego de soluciones, uno, totalmente pe- gado por su parte B en lugar de la firma, y suelto el otro. (Véase la base 2.ª del concurso)

B

N.º 302.
CARTA CHARADÍSTICA

Inolvidable Luis: Me encuentro muy apenada a consecuencia de haberseme muerto SEGUNDA QUINTA-PRIMERA, aquella que atendía por QUINTA-TERCERA y que con sus graznidos armonizaba nuestros interrumpidos «concilios» amorosos al pie del lago; el padre SEGUNDA-CUARTA, que, como sabes, es un reputado epidermista, se ha ofrecido a disecármela tan luego regrese de TODO, adonde marchó ayer.

Tengo hecho propósito de llevar TERCERA-PRIMERA; cuando estés de vuelta te expondré PRIMERA-CUARTA a PRIMERA-CUARTA las causas que me inducen a tomar tan seria determinación; ahora que no por ello me creas CUARTA-CUARTA ni juzgues será causa de dejar de quererte como hasta aquí; continuaré siendo tuya por encima de todo.

Ansía verte y abrazarte tu siempre fiel
CHOLÍN

Solución:

N.º 305. ¿Y TU CUÑADA?

ENERO
13
MARTES

Solución:

N.º 309. CHARADA FRAMARCONISTA

SIN 1.ª, Cuadrúpedo.
SIN 2.ª, Mamífero.
SIN 3.ª, Habité.
TODO: COLOR

Solución:

CONSULTORIO

Concepción Porriño (El Ferrol).—Sí, mi distinguida consultante; son exactas cuantas soluciones me cita en su cariñosa carta, la que por el éxtasis que me produjo su delicado perfume me hace presumir se trata de una bella e inteligente señorita. Habré acertado?

P. J. Garnio (Valladolid).—También son exactas las soluciones a los pasatedios que me indica; ello me demuestra cuán «grande» es usted en cuestiones de la criptomania; por ello es muy de lamentar siga usted el curso de mi sección por puro pasatiempo, cuando es probable que acudiendo a estos certámenes hubiera ya hallado justa compensación a su labor intelectual; ánimese, pues, y mande pliego.

M. Simarro (Astorga).—Sí, señor; esta sección se viene publicando sin interrupción y con lisonjero éxito desde la aparición de la revista, diciembre de 1927; los números publicados que no posee puede interesarlos de nuestra gerencia, en la seguridad de que le serán enviados.

J. Castillo (Navarra).—No, señor; no es ése

CONCURSANTE

NOMBRE: D.
PUEBLO:
PROVINCIA:
CALLE:
N.º:
A

N.º 303.
(SOBRE) NOMBRE, DOS APELLIDOS, DESTINO

(SALAMANCA)

SEÑORA DOÑA

 **TELAS RO**

Solución:

N.º 306. ¿CÓMO ACABÓ LA JUERGA?
(REMITIDO POR D. G. MESQUIDA)

LETRA ENRE PR 501
NOTAS GOMA

Solución:

N.º 307. ¿QUÉ TAL JUAN EN EL PARTIDO?

A S.E.N.C. E

SO

Solución:

N.º 310. NO SE PUEDE PASAR

ESPAÑA

500 NOTAS



A JULIO NOTA A

Solución:

N.º 304.
LA ESPOSA DE LUIS VIII

EX NOTA
GENTE GENTE

TA PAUSADO

Solución:

N.º 308. REMEDIO

PASES
BARATOS

Solución:

N.º 311. CHARADA FRAMARCONISTA

1.ª, DOS.
1.ª—2.ª, CANTIDAD.
1.ª—2.ª—3.ª, PROFESIÓN.

Solución:

CONSULTORIO

el camino a seguir; atégase al enunciado u orientación del pasatedio, y si repara un poco en su contenido, no le será difícil resolverlo; desde luego puedo anticiparle, como vía de ayuda, que termina en OS.

Cosme Herrera (Granada).—No, señor; no hubo error (sin hache, ¡eh!, sin hache) por parte mía, ni de nadie por supuesto, al citar a PARÍS COMO CAPITAL DE ITALIA en el pasatedio n.º 15, publicado en el número del mes de octubre, número que dice usted puso la casualidad en sus manos.

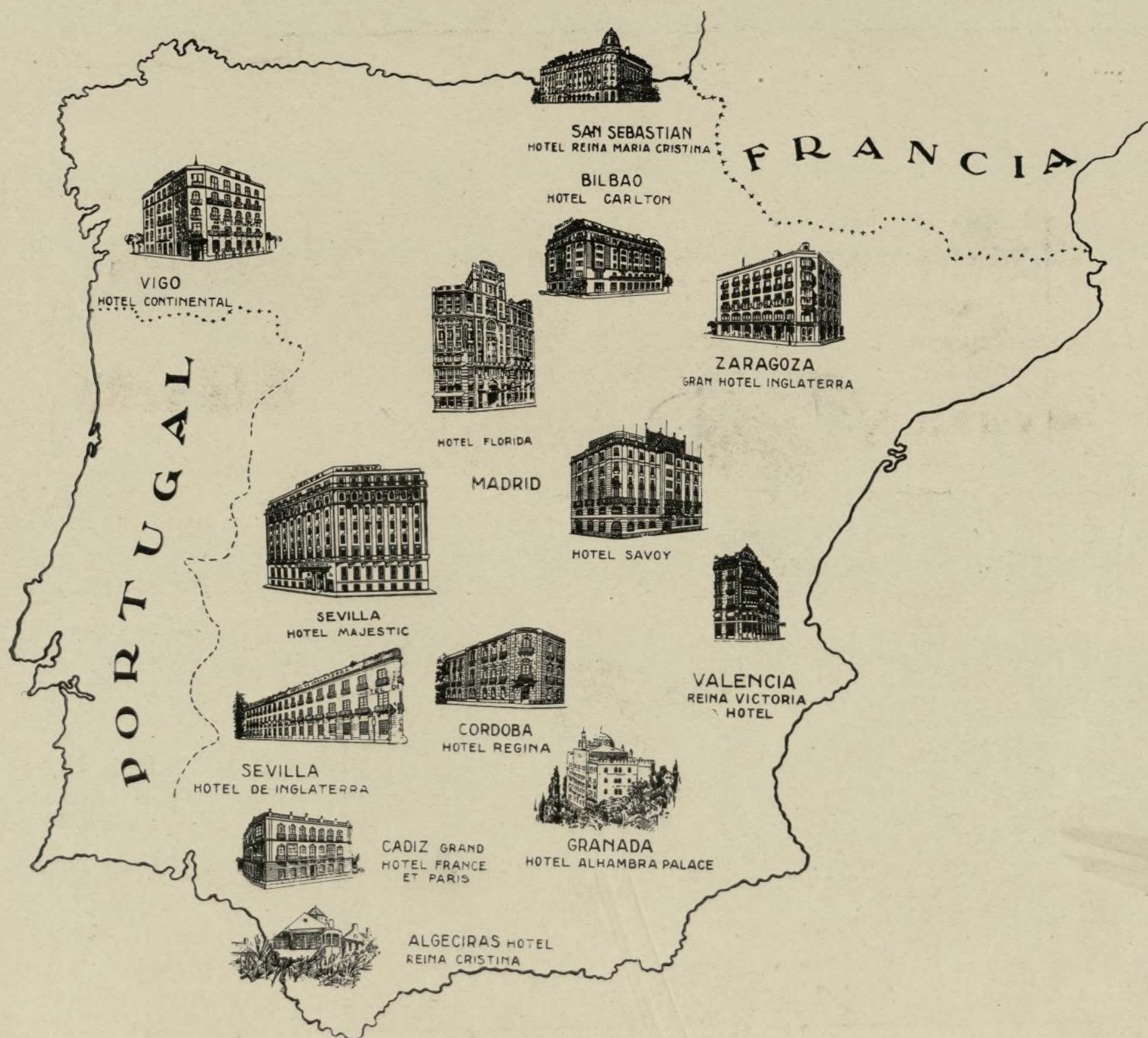
Pues bien; como en su carta me dice «su horror precisa una pronta aclaración», ve ahí—como dicen por aquí los madrileños—el que me apresure a hacer esto público, por si nuestros concursantes quisieran tributarle algún homenaje en justa compensación a su importante descubrimiento.

Vea la solución a este problema, en el número de diciembre, y vendrá usted, en consecuencia, a salir de dudas; cómo se conoce que no es usted pasatedista criptográfico.

Avelino Revuelta (Madrid).—Desde un principio abrigué la esperanza de que algunos de ustedes llevara a la realidad la impresión de su tarjeta criptográfica valiéndose para ello de las por mí publicadas en los números de enero y febrero últimos; usted es ya el sexto que anuncia tal impresión; esto me satisface grandemente, pues ello pone de manifiesto la buena acogida dispensada a mis trabajos.

LOS MEJORES HOTELES

DE ESPAÑA





CONFECCIÓN Y GRABADOS DE A. DURÁ, DIRECTOR ARTÍSTICO DE ESTA REVISTA

ALDUS, S. A., ARTES GRÁFICAS, SANTANDER

Ayuntamiento de Madrid